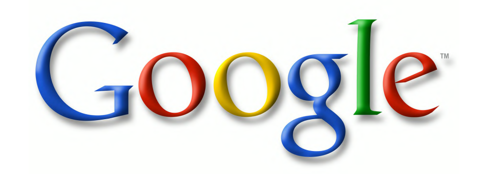
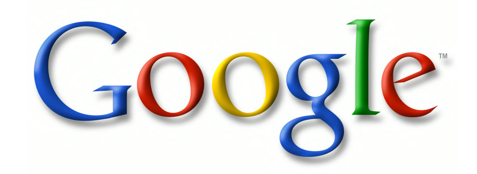
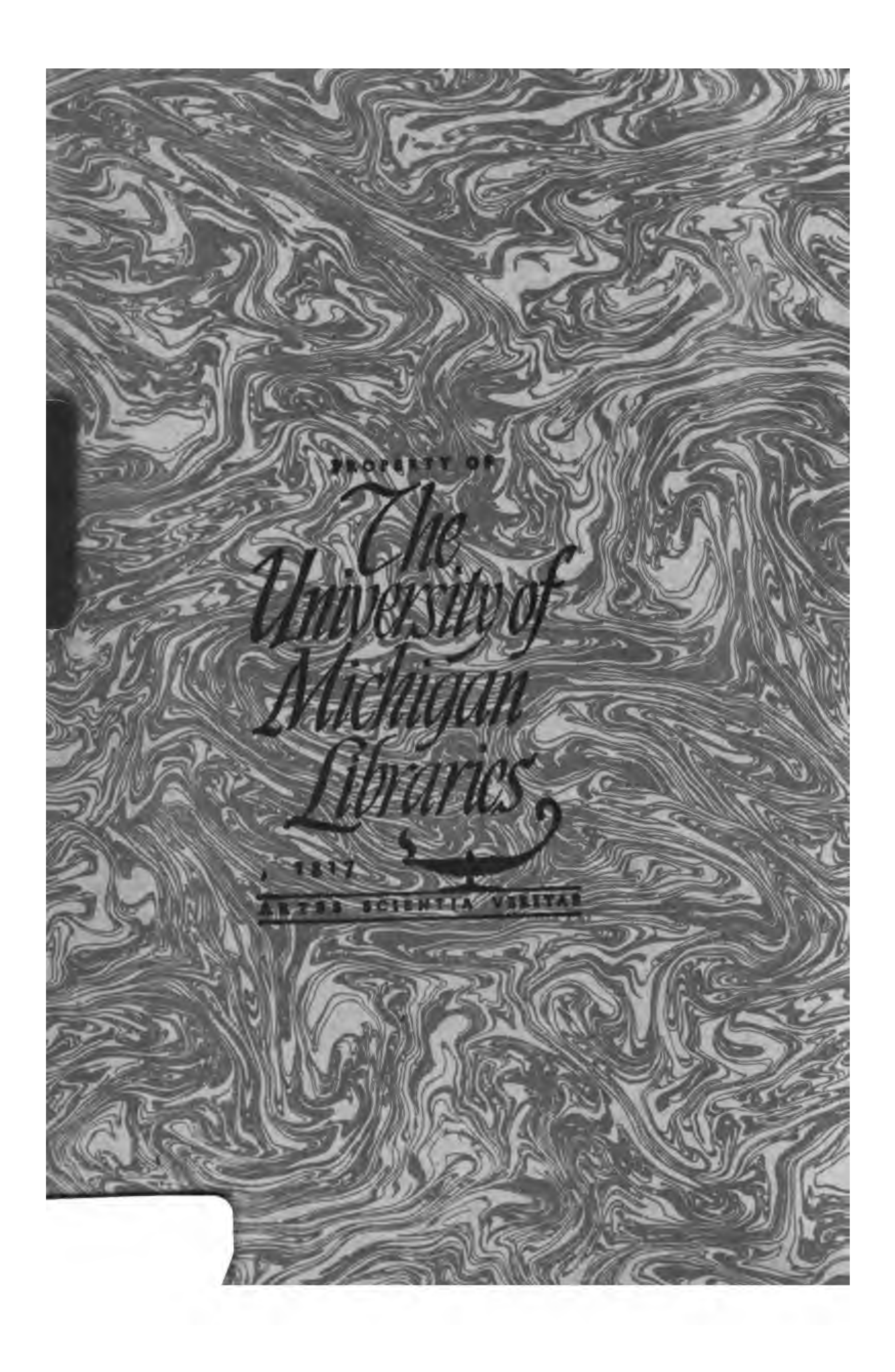

Google




PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS



LIRA YUCATECA

TOMO I



MÉRIDA DE YUCATÁN

M. Yenro & Compañía, Editores.

1896

LIRA YUCATECA

TOMO I



MÉRIDA DE YUCATÁN

M. Venro & Compañía, Editores.

1896

A La Ilustración Española y Americana
Los Editores.

LIRA YUCATECA

DOS PALABRAS.

VENCIENDO no pocas dificultades, hemos conseguido, al fin, ofrecer al público la presente obra que encierra un ramillete de flores poéticas delicadas de la literatura local. Nada hubiéramos conseguido sin la valiosa cooperación de los autores que figuran en ella, pues publicadas las más de sus composiciones en las hojas volantes de los periódicos, difícil, si no imposible tarea, hubiera sido para nosotros recogerlas, compilarlas y hacer la discreta selección que se necesitaba para este volumen. El trabajo quedó obviado con la invitación que hicimos previamente para que los mismos que habían de formar esta colección eligieran sus producciones, haciéndolo nosotros tan solo con la de aquellos que ya no existen y que constituyen la primera parte del tomo.

No todos los que han conseguido entre nosotros, justo aplauso en el cultivo del lenguaje de las musas,

figuran sinembargo aquí, pues nos hemos obligado á conformarnos por hoy con los componentes del presente tomo, resueltos á dar á luz uno más en que figuren los reputados Peón Contreras, Rubio Alpuche, Cisneros Cámara, Milk, y otros, si el público nos estimula á ello.

El orden en que aparecen los autores, no obedece á propósito alguno especial, pues las composiciones fueron imprimiéndose conforme llegaban á nuestro poder.

Para los lectores de Yucatán, no son desconocidos los inconvenientes con que lucha aquí una empresa como la que representa este libro; inconvenientes que retrasaron la aparición de LA LIRA, que al fin ve la luz cuando han descendido al sepulcro dos aplaudidos vates de los que contribuyeron con sus producciones á formarla: Pablo Peniche y Eucario Villamil.

Confiamos en que nuestros esfuerzos no serán estériles y en que la acogida de las personas ilustradas será la que corresponde á los verdaderos amantes de las letras patrias.

Los Editores.

EXCMO. SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

ODA

A LA INDEPENDENCIA.

Ite (ait) egregias animas quæ sanguine nobis
Hanc patriam peperere suo, decorate supremis
Muneribus.

VIRG. ENEID L. XI.

RENUEVA, oh musa el victorioso aliento
con que, fiel de la patria al amor santo,
el fin glorioso de tu acerbo llanto
audaz predije en inspirado acento:
cuando más orgulloso
y con mentidos triunfos más ufano,
el ibero sañoso
tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,
que al Anáhuac vencido
contó por siempre á su coyunda uncido.
"Al miserable esclavo (cruel decía)
que independencia ciego apellidando,
de rebelión el pabellón nefando
alzó una vez en algazara impía,
de nuevo en las cadenas
con más rigor á su cerviz atadas,
aumentemos las penas,
que á su última progenie prolongadas,
en digno cautiverio
por siglos aseguren nuestro imperio."

"¿Qué sirvió en los Dolores, vil cortijo,
que el aleve pastor el grito diera
de libertad, que dócil repitiera
la insana chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto
de sacrílega audacia estimulado,
á nuestra vista yerto
en el campo quedó, y escarmentado
su criminal caudillo,
rindió ya el cuello al vengador cuchillo."
"Cual al romper las Pléyadas lluviosas
el seno de las nubes encendidas,
del mar las olas antes adormidas
súbito el austro altera tempestosas,
de la caterva osada
así los restos nuestra voz espanta,
que resuena indignada,
y recuerda, si altiva se levanta,
el respeto profundo
que inspiró de Vespucio al rico mundo."
"¡Ay del que hoy más los sediciosos labios
de libertad al nombre lisonjero
abriese, pretextando novelero,
mentidos males, fútiles agravios!
Del cadalso oprobioso
veloz descenderá á la tumba fría,
y ejemplar provechoso
al rebelde será, que en su porfía
desconociere el yugo
que al invicto español echarle plugo."
"Así los hijos de Vandalia ruda
fieros clamaran cuando el héroe augusto
cedió de la fortuna al golpe injusto;
y el brazo fuerte que la empresa escuda,
faltando á sus campeones,
del terror y la muerte precedidos,
feroces escuadrones

talan impunes campos florecidos,
y al desierto sombrío
consagran de la paz el nombre pío.
No será, empero, que el benigno cielo,
cómplice fácil de opresión sangrienta,
niegue á la patria en tan cruel tormenta
una tierna mirada de consuelo.
Ante el trono clemente,
sin cesar sube el encendido ruego,
el quejido doliente
de aquel prelado, que inflamado en fuego
de caridad divina,
la América indefensa patrocina.
"Padre amoroso, dice, que á tu hechura,
como el don más sublime concediste,
la noble libertad con que quisiste
de tu gloria ensalzarla hasta la altura,
¿no ves á un orbe entero
gemir, privado de excelencia tanta,
bajo el dominio fiero
del execrable pueblo que decanta,
asesinando al hombre,
dar honor á tu excelso y dulce nombre?"
"¡Cuanto ¡ay! en su maldad ya se gozara
cuando por permisión inescrutable,
de tu justo decreto y adorable,
de sangre en la conquista se bañara,
sacrílego arbolando
la enseña de tu cruz en burla impía,
cuando más profanando
tu religión con negra hipocresía,
para gloria del cielo
cubrió de excesos el indiano suelo!
"De entonces su poder ¡cómo ha pesado
sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,
creciendo siempre en crímenes mayores,
el primero á tu vista han aumentado!

La astucia seductora
en auxilio han unido á su violencia:
moral corrompedora
predican con su bárbara insolencia,
y por divinas leyes
proclaman los caprichos de sus reyes."

"Allí se vé con asombroso espanto
cual traición castigado el patriotismo,
en delito erigido el heroismo
que al hombre eleva y engrandece tanto.
¿Qué más? en duda horrenda
se consulta el oráculo sagrado
por saber si la prenda
de la razón al indio se ha otorgado,
y miéntras Roma calla,
entre las bestias confundido se halla."

"¿Y qué cuando llegado se creía
de redención el suspirado instante,
permites, justo Dios, que ufana cante
nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
el generoso Hidalgo ha perecido:
el término postrero
ver no le fué de la obra concedido;
mas otros campeones
suscita que rediman las naciones."

Dijo, y Morelos siente enardecido
el noble pecho en belicoso aliento;
la victoria en su enseña toma asiento,
y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida
de los héroes, su número recrece,
como tal vez herida
de la segur, la encina reverdece,
y más vigor recibe
y con más pompa y más verdor revive.

Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
con títulos supremos arrebata,
y el laurel más glorioso á su sien ata,
guerrero invicto, vencedor benigno?
El que en Iguala dijo:
libre la patria sea, y fuélo luego:
que el estrago prolijo
atajó y de la guerra el voraz fuego,
y con dulce clemencia
en el trono asentó la Independencia.
¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!
Honor eterno á los varones claros
que el camino supieron prepararos
¡oh Iturbide inmortal! á la victoria.
Sus nombres antes fueron
cubiertos de luz pura, esplenderosa;
mas nuestros ojos vieron
brillar el tuyo, como en noche hermosa
entre estrellas sin cuento
á la luna en el alto firmamento.
¡Sombras ilustres, que con cruento riego
de libertad la planta fecundásteis,
y sus frutos dulcísimos legásteis
al suelo patrio, ardiendo en sacro fuego!
Recibid hoy benignas,
de su fiel gratitud prendas sinceras
en alabanzas dignas,
más que el mármol y el bronce duraderas,
con que vuestra memoria
coloca en el alcázar de la gloria.

COMPOSICION

LEIDA EN LA APERTURA DE LA CÁTEDRA DE DERECHO TEÓRICO-PRÁCTICO DE MÉXICO.

..............Fuit haec sapienta quondam
Publica privatis secernere, sacra profanis........
Oppida moliri, leges incidere ligno.
Sic honor et nomen divinis vatibus atque
Carminibus venit......

HORAT. ART. POET.

CUANDO igual con los tigres y leones
por ásperas montañas discurría
feroz el hombre, á maquinal instinto
su razón como esclava sometida,

¿Quién revivió en su espíritu la antorcha
que con su luz le descubrió propicia
los dones que las leyes reservaban
á su fraterna unión y social vida?

Fué la voz penetrante, irresistible,
con que habló á sus sentidos la poesía,
nudosos troncos y peñascos duros
fácil moviendo á su encantada vista.

Entonces de los muros protectores
se alzó el abrigo al son de dulce lira;
nació la sociedad, y el hombre en ella
el horror olvidó de sus guaridas.

Con la fecunda esteva el almo seno
á la tierra industrioso solicita,
y de dorados frutos coronadas
al punto ve sus útiles fatigas.

Las ingeniosas artes en mil formas
á la inerte materia luego animan,
y en alas del comercio se difunden
por el orbe las nuevas maravillas.

¡Cuán frágiles, si en ellas no imprimiese
el sello augusto de sanción divina
el sagrado carácter que aterrada
reverencia y acata la malicia!

Al violento despojo en vano anhela
con brutal fuerza ó seductora intriga:
igual la ley al débil é ignorante
su luz ó su poder les comunica.

Mas como en ordenados escuadrones,
cuyo valor aumenta la pericia,
de los Estados la común defensa,
y el reposo común se funda y cifra.

Así en cuerpos ilustres la custodia
de privados derechos firme estriba,
y á tan altos deberes su importancia
y honor debe la noble abogacía.

Bajo sus alas tutelares halla
escudo la inocencia á su justicia,
y el malvado opresor tiembla aterrado,
cuando de su elocuencia el rayo vibra.

Triunfos gloriosos que en su archivo eterno
la vividora fama fiel registra,
sin que consuma su feliz memoria
del edaz tiempo la roedora lima.

Así indelebles los divinos nombres
de Tulio y de Demóstenes aún brillan,
y brillarán, mientras el justo aprecio
á la virtud y ciencia no se extinga.

¡Oh jóvenes amables, que á su ejemplo
seguís la senda que á la gloria guía!
Venid: á vuestro anhelo abre la patria
puras fuentes de próvida doctrina.

Venid; ya se revelan los misterios
que del pueblo mantienen la armonía;
y sus pasiones desarmadas muestran
el poder de la ley, á ella sumisas.

Vereis cual las diversas potestades
del Estado á un fin único conspiran,
y el artificio que en unión concorde
en su balanza fiel las equilibra.

Una al rumor de públicos debates
reglas sagradas é inviolables dicta,
sin que el ardor de la contienda turbe
á la razón su claridad tranquila.

Depositaria augusta, otra á los pueblos
la soberana voluntad intima,
y sus destinos con acierto rige,
en límites precisos contenida.

Otra más circunspecta, los derechos
y deberes del súbdito investiga
desde elevado escaño, donde á todos
de la impasible ley la norma aplica.

Su voz sonó; mas antes del consejo
de profesor profundo fué instruida,
que del error las nieblas disipando,
á la oculta verdad abrió las vías.

¡Ministerio sublime! ¡cuántas prendas
de sólida instrucción, virtud purísima
en tus inmaculados sacerdotes
deben verse asociadas y reunidas!

No de mi humilde canto el débil tono
hoy las dará ensalzadas ni descritas;
que tan difícil y encumbrado empeño
pide númen mayor, más docta lira.

A tí, sabia Academia, en grandes obras,
más que en palabras estudiadas, rica,
á tí alabanzas de memoria eterna
en concierto uniforme son debidas.

Este noble concurso te las rinde,
como oblación que al mérito dedica;
y tus tareas que á la patria ilustran,
aplaude agradecido, absorto admira.

SEBASTOPOL.

¡Miradla allí! Sobre el revuelto Ponto
levanta altiva la soberbia frente
la bélica ciudad;
cual águila altanera
se cierne en las regiones del oriente
y vé del sol la fúlgida lumbrera
con regia majestad.

En su vasto recinto
ceñido de baluartes y torreones
existe un pueblo leal,
que con ánimo fuerte, nunca extinto,
al pie de sus cañones,
desafiando al poder de las naciones
se ostenta colosal.

En vano con indómita fiereza
el águila francesa
mella su pico contra el muro pardo,
y altivo ruge al divisar la presa
de Inglaterra el leopardo.
En vano, en vano con feliz fortuna
la raza del Profeta
levanta la abatida media luna
y á su enemigo reta;
en vano de Cerdeña los soldados
á la lid general son convocados.
Nada la aterra; su valor no cede,

su armígera cabeza no se humilla,
que do reina el honor, caber no puede
en la gloria de un pueblo la mancilla.

. . . .

Mas. . . .¡ay! ¿qué triste, pavorosa escena
la vista hiere, el corazón helando?. . . .
¿No mirais? De la atmósfera serena
la cóncava región se va enlutando. . . . . .
¿No escuchais? En el aire va mecido
un lejano y horrísono estampido. . . . . .
¿Será la tempestad?. . . . . . ¿Será la tierra
que principia á fundirse con la nada
al mandato de Dios? No, que es la guerra
con toda su grandeza aterradora,
hasta la Rusia con ardor llevada
por la pujante hueste sitiadora.
Ya el fuerte Malakoff relampaguea
y el cañón enemigo fiero estalla,
y entre torrentes de humo
la mortífera bomba el aire hiende
y vuela en mil pedazos; la metralla
cual rápido turbión diluvia muerte
en medio del furor de la batalla
ánimo dando al corazón del fuerte.

Ninguno es vencedor; por anchas grietas
mana de sangre generosa un río,
y miembros palpitantes, destrozados
vuelan por el vacío,
única tumba digna y merecida
de los fuertes soldados
que en honor de su patria, dan la vida.

La destrucción con funeral sonrisa
por el sangriento campo se pasea,
y rebosando la asquerosa boca

del hirviente licor emponzoñado,
que ya á su negro paladar provoca,
se aleja con presteza
de aquel sitio de luto y de tristeza.

La lucha se acabó; del moribundo
tan sólo se perciben los clamores
entre un silencio sepulcral, profundo,
y el sol al despertar, muéstrale al mundo
un cuadro de matanzas y de horrores.

- -

¡Cayó Sebastopol! Sus altas torres
que asaltaban erguidas los espacios,
hundieron en el polvo la cabeza;
su muralla y bastiones,
sus soberbios palacios,
sus máquinas de guerra
heridas al fragor de los cañones
de Francia y de Inglaterra,
convirtiéronse en ruinas, en pavesa.
¡Recuerdos nada más de su grandeza!

¡Cayó Sebastopol! Sobre su frente
marchitóse el laurel de la victoria
sin mengua del valor; rompió sus sienes
la planta del francés y del británo;
mas la espléndida gloria
adquirida en defensa tan valiente,
siempre suya será; no lidió en vano.

¡Pueblos! mirad con entusiasmo santo
ese padrón de honor esclarecido.
Allí habeis de aprender. Que nobles pechos
alientan sólo con tan altos hechos,
y que cabe la gloria en el vencido.

Y tú, ciudad soberbia,
del despotismo y la opresión baluarte,
acepta la tristísima elegía
que sobre tus escombros humeantes
eleva á tu desgracia el arpa mía.

SEDAN.

Gloria y conquista ¡oh Francia valerosa!
te arrastran ¡ay! á la sangrienta arena,
donde aún vaga la sombra de Turena
y el Rhin desliza su corriente undosa.

La nación, hoy potente y orgullosa,
ayer vencida y humillada en Jena,
á los campos de Alsacia y de Lorena
viene á encontrarte de venganza ansiosa......

¡Terrible batallar!.... Tu gloria en vano
quiere vencer á la fortuna impía....
Caiste en Sedán....¡desfalleció tu mano!....

¡Levántate y acabe tu agonía!
Que si á París, por Jena, fué el prusiano,
á Berlín, por Sedán, irás un día.

NAPOLEON III.

Rival del genio á quien llevó el destino
á morir solitario en una roca;
tribuno audaz que libertad invoca
y hasta el trono imperial se abre camino.

Tus legiones cual raudo torbellino
humillan de los czares la ira loca,
y allá en Italia la opresión derroca
el fragor de Magenta y Solferino.

La fuerte Albión te mira con recelo;
tu gloria iguala á tu poder terrible.
Descorre, oh César, de la historia el velo,

y contempla en su página infalible,
que es la ambición de dominar el orbe
vorágine fatal que el trono absorve.

EL CELAJE.

Ya del sol estival el postrer rayo
se apaga entre los mares de Occidente,
y en lánguido desmayo
la brisa de la tarde, tristemente
va tendiendo en el éter cristalino
que la luz moribunda ya no dora,
la gasa del crepúsculo incolora.

En tanto que el arroyo turbulento,
arrastrando sus cándidas espumas,
remeda melancólico lamento
que vaga entre las brumas.
¡Ultimo adiós del espirante día
al sepultarse en la tiniebla fría!

Del bosque los cantores
hacen cesar los trinos acordados,
lenguaje embriagador de sus amores,
y las campestres flores
exhalando perfumes regalados,
entreabren ya su pudoroso broche
á tos húmedos besos de la noche.

Ya en el espacio brilla
la clara faz de la argentada luna,
que con decoro y majestad sencilla,
de amor y de fortuna
celeste mensajera,

en su carro de nubes reclinada
surgiendo va por la azulada esfera
de mil chispas de plata salpicada.

Del templo la campana
con acento solemne y misterioso,
á la virtud cristiana
reclama una oración por el reposo
de los que en polvo inerte
nos marcan el camino de la muerte!

A su toque pausado
que en la ciudad resuena y en la aldea,
el hombre fatigado
de la ímproba tarea,
busca en el blando lecho
un sueño bienhechor y sosegado
que tranquilice su agitado pecho.

Todo en silencio duerme
bajo la luz de la eternal pupila
que en la luna magnífica cintila,
y sólo turban la creación inerme,
los suspiros del céfiro atrevido
que se revuelve en la floresta hojosa,
del agorero pájaro el graznido
y del cenzontle la canción sabrosa......

Mirad bajo la bóveda del cielo,
cuya clara, sublime trasparencia
es el espejo en que contempla el suelo
de Dios la omnipotencia!
Mirad bogando en su anchuroso espacio
de la luna á los rayos de topacio,
ese ténue celaje,
copo de nieve y plata

que en la mansa laguna se retrata
y en misterioso viaje
el aire de la noche lentamente
conduce á las regiones del poniente.

¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¡Quién sabe!
¡Quién comprende el destino
del esquife lijero y peregrino
de trasparente vela,
que á los halagos de la brisa suave
sin brújula y piloto,
por un golfo sin playas, raudo vuela
desdeñando la cólera del noto!

¿Acaso ese celaje vaporoso
es del cañón el abrasado aliento
que en medio del combate fragoroso
y en las alas del viento,
cual incienso de gloria
va á anunciar á los cielos la victoria?

¿Es un triste suspiro evaporado
de un pobre corazón enamorado
que en el silencio evoca
la dulce imagen del ingrato dueño,
y en su dorado ensueño
juzga ablandar su corazón de roca?

¿Es el calor de un beso que la brisa
recogió de la boca de una hermosa
más fresca que la rosa,
y fundido en la atmósfera indecisa
por el espacio vaga
cual recuerdo de amor que el alma halaga?

¿Es ¡ay! el blanco lino
emblema fiel de virginal pureza,
que infame libertino,

en loco y miserable devaneo,
arrancó de su frente á la belleza
de su insaciable vanidad trofeo;
y el profanado velo
á la pobre mujer dejó en la tierra
y errante va por la región del cielo?

¿Es el ala brillante y protectora
del ángel de la guarda, que á toda hora
cubre á mi tierno é inocente niño,
velando sin cesar sus sueños de oro
y enjugando su lloro,
como lo hiciera el maternal cariño
de la dulce mitad del alma mía,
mi esperanza, mi amor y mi poesía......?

......No sé lo que eres tú, blanco celaje;
sólo sé que vapor, suspiro, beso,
cendal de vírgen ó ala de querube,
mi alma te sigue en tu nocturno viaje,
y por seguirte hasta el empíreo sube.

¡Párate! ¡baja....! ¡pósate en mi frente
como una inspiración casta y divina
que en mi cítara vibre dulcemente!
Envuelve con tu gasa peregrina
mi pensamiento ardiente:
¡sublímalo contigo hasta tu altura
lejos del polvo de la tierra impura!

LUIS XVI.

Un grito audaz estremeció la Francia
y el pueblo que durmiera en abandono,
alzó su frente hasta tocar el trono,
pidiendo libertad con arrogancia.

Ni la virtud, ni el sexo, ni la infancia
respetó vil el popular encono;
el monarca la ley llamó en su abono
y al Temple fué desde la regia estancia.

Mirad al mártir ya sobre el tablado,
¡nunca más grande que al sonar la muerte!
de mansedumbre y de virtud dechado,

entregar al verdugo el cuello fuerte;
oid á la religión en tanto duelo;
¡Vástago de San Luis! ¡volad al cielo!

CRISTOBAL COLON.

Vedle sobre el alcázar de su nave
brillando el genio en la serena frente,
cuál fija la mirada en Occidente
siempre esperando, silencioso y grave.

Gime en las lonas vientecillo suave,
mientras reunida la marina gente,
de su jefe murmura, ya impaciente,
por descifrar del porvenir la clave.

Súbito la pupila se dilata
del audaz genovés; su fé no yerra;
señala un punto en ademán triunfante;

la ansiedad en los rostros se retrata;
álzase el grito universal de *¡tierra!*
y arrójanse á los piés del Almirante!

LA TEMPESTAD.

I.

¡Cuán hermoso y espléndido está el día!
¡Qué magica armonía
en las obras del Padre Omnipotente!
El sol en la mitad de su carrera,
bajo un cielo azulado
que no empaña la nube pasajera,
lanza á plomo su rayo incandescente
sobre el mar, la ciudad y el verde prado;
y su luz difundida
despierta en la creación calor y vida.

El ave en la espesura,
buscando abrigo y deliciosa sombra
donde más suave el céfiro murmura,
fabrica el grato nido,
arrullando á su dulce compañera
con un canto de amor nunca aprendido.

La rústica manada,
haciendo despertar con sus mugidos
los ecos de la selva enmarañada,
los renuevos más tiernos y nutridos
pace del verde soto,
y de su sed apaga los ardores
en fuentes naturales

que retratan, á un tiempo, en sus cristales,
cielo, follaje, pájaros y flores.

Alegre el labrador, la faena ruda
que contra el hambre á su familia escuda,
prosigue sin descanso
bajo el rayo solar: su frente moja
un copioso sudor, que el aire manso,
robando del follaje la frescura,
viene presto á enjugar; mientras tranquilo,
al contemplar la atmósfera serena,
ambiciona tan sólo la ventura
de volver por la tarde al grato asilo
donde la voz del corazón resuena.

Allá en el mar, la nave
al fuerte impulso de la blanca vela
que hincha la brisa suave,
hiende confiada las inquietas olas
de oro y azul; la borbollante estela,
que abre gimiendo la ferrada quilla
mira desde la popa el marinero
con expresión sencilla;
y al ver despues el cielo trasparente,
sentidas barcarolas
con entusiasmo ensaya,
que en el aire se mecen dulcemente,
llamando así la suspirada playa.

En la ciudad soberbia,
qué grata la existencia
corre en tan bello y apacible día,
si la buena conciencia
es fuente de placer y de alegría!
El artesano en su trabajo canta
al compás del escoplo y del martillo;
el poeta á Dios su inspiración levanta;

y el purísimo brillo
que el almo sol desde el zenit derrama,
para todo lo grande el pecho inflama.

II.

¡Silencio! ¿No escuchais? Lejano ruido,
que sordo se prolonga en el espacio
por los ecos del valle repetido,
viene del pecho á perturbar la calma
en esos dulces, plácidos momentos
en que extasiada el alma
admira de natura los portentos.

¡Mirad! En el confín del horizonte,
sobre el azul del cielo
que sólo limitaba
la línea circular del verde monte,
cual aplomado velo
preséntase una nube
fatídica y sombría,
que sin cesar avanza, crece y sube,
hasta que opaca el luminar del día.
Los céfiros livianos
que besaban el cáliz de las flores,
suspirando en el bosque cortesanos
huyeron ya: los vientos silbadores
nuncios de la borrasca,
con impulso veloz, los diques rotos
de sus antros ignotos,
cual salvaje corcel que el freno tasca
en revuelto tropel se precipitan,
y tierra y mar en su furor agitan.

Espesos nubarrones
que guerreros fantásticos semejan
avanzan en cerrados escuadrones

por oriente y ocaso: la batalla
va presto á comenzar: el trueno estalla
en los lóbregos senos del nublado
horrísono y tremendo;
la tempestad su carro arrebatado
por cuádriga invisible,
hace girar con vaporoso estruendo
que la región del aire señorea,
y al agitar su látigo terrible
en el cielo el relámpago serpea.

Vierten las densas nubes sus raudales
en la tierra sedienta
que las plantas refresca y alimenta;
los límpidos cristales
de la fuente sonora
se convierten en turbios aguazales;
el humilde arroyuelo
que corrió con dulcísimo murmullo
cinta de plata en el florido suelo,
ya no cabe en sus fértiles orillas;
y arrastrando en sus aguas desbordadas
arbustos y pintadas florecillas,
va formando blanquísimas cascadas,
hasta que vuelto bramador torrente
ciego se abisma en la fatal pendiente.

El cedro fuerte y secular que al cielo
eleva enhiesto las copadas ramas,
desafiando á los vientos orgulloso,
se doblega cual mimbre, al poderoso
soplar del huracán; estremecido
del alta coronilla
á la enterrada raíz, como el atleta
que al sentirse oprimir por fuertes lazos
combate sin cesar y no se humilla
al contrario poder, el árbol lucha

con la tormenta fiera
que arrebata sus ramas á pedazos,
hasta que el tronco destrozado cruje,
y un titánico empuje
lo arranca, al fin, del secular asiento
y, cual pluma ligera,
vagan sus restos á merced del viento.

La mísera cabaña
donde tiene su hogar el campesino,
ya no resiste á la potente saña
del raudo torbellino.

Vuela en pedazos el humilde techo,
se desploman las frágiles paredes,
la lluvia azota el resguardado lecho;
y la infeliz familia, con angustia,
de rodillas murmura
una plegaria al Cielo,
mientres el padre con la frente mustia,
transido el corazón de amargo duelo,
contempla en su tristura
cómo la espiga próvida y lozana
el irritado vendaval destroza,
sin esperar si encontrará mañana
un pan para sus hijos y otra choza.

Del templo augusto la calada torre
que domina el espacio;
el marmóreo y espléndido palacio
donde goza el magnate la existencia,
del viento la vehemencia
no puede derribar; mas la tormenta,
como el soplo de Dios, lo mismo alcanza
al tallado artesón; que al techo humilde.
La nube cenicienta
rasga el profundo y abrasado seno;

brilla en el éter ráfaga azulada
que asolación, pavor y muerte trae;
treme la tierra al estridor del trueno;
y la torre soberbia
por el rayo cimbrada,
pierde el nivel, y se estremece y cae.

En el piélago azul....¡qué horrible amago
el de la tempestad cuando se cierne
sobre su inmenso y reposado espejo!
¡Qué aterrador estrago
cuando las ondas que rizaba apenas,
con murmurante dejo
de la brisa sutil aliento blando,
al abatirse el huracán bramando
rompen, como el cautivo, las cadenas
que les puso el Creador, y en su locura
quieren tocar las nubes tempestuosas
con sus crestas movibles y espumosas!

¿Qué fué de aquella nave
que á desplegadas lonas
y al alegre cantar del marinero
buscaba el rumbo de apartadas zonas......?
¡Miradla allí!......rasgado su velamen,
tronchado el mastelero;
sin gobierno el timón, la fiera saña
resistiendo del viento y de las aguas......
Ya resbala su quilla en hondo abismo,
ya sube con esfuerzo una montaña......
¡Vano luchar!....Escúchase un crujido,
estalla el mar por la cubierta rota,
rasga los aires mísero gemido
que se pierde en el trueno que retumba,
ábrese al fin la inmensurable tumba,
y un instante después....ya nada flota!

III.

¡Sublime tempestad! Cuando te miro
dominar con tu aliento incontrastable,
tierra, cielos y piélago insondable,
extático te admiro;
y un sentimiento de temor profundo
mezclado de grandeza,
que á un tiempo el corazón alza y humilla,
me hace bajar, creyendo, la cabeza,
me hace doblar, orando, la rodilla!

¡Sí! porque en tu hondo aterrador bramido
me parece escuchar la voz tronante
del Señor ofendido;
en la rápida luz de tus relámpagos
contemplo su pupila centellante;
en la fuerza inaudita
con que destruyes árboles y torres,
cabañas y palacios,
la potencia infinita
que gobierna la tierra y los espacios;
y al ver, en fin, cuando tu furia estalla
los rostros demudados
con mortal palidez, y los terrores
de los hombres que al crímen entregados
tiemblan hoy de la cólera del cielo,
que olvidaban ayer en su malicia,
se acata y teme la eternal justicia....!

¡Mas....cesa, por piedad! Si ya cumpliste,
obediente y terrible mensajera,
el ignoto mandato que te diera
la cólera de Dios, benigna apaga
las fraguas celestiales
en que el rayo se forja: el viento enfrena,
ataja de la lluvia los raudales,

sosiega el mar, recoge el ancha cauda
de tus nieblas, la atmósfera serena;
y volviéndote rauda
al alcázar excelso y diamantino
donde Aquel, de los mundos soberano,
te aprisiona en el hueco de su mano,
torne á brillar del día,
bajo un cielo azulado y cristalino,
el astro esplendoroso;
vuelva la tierra al natural reposo
y recobre su plácida alegría!



D. JOAQUIN CASTILLO PERAZA.

AL POPOCATEPETL.

Gigante audaz cuya soberbia frente
se oculta hermosa en el azul del cielo,
y cuya planta formidable el suelo
comprime inmoble en actitud potente;

Tú que allá un tiempo á la española gente
diste al hollar sobre tu cima el hielo,
mineral eficaz que en su desvelo
anhelaba afanosa y diligente;

¿Por qué al *yankee* ambicioso no arrojaste
en no lejano y vergonzoso día
las lavas que en tu cráter fermentaste?

¿Por qué en defensa de la patria mía
sobre el fuerte invasor no desplomaste
tu inmensa mole con fiereza impía?

México, 1857.

DIOS.

Quién me manda cantar? quién en mi mano
pone de nuevo la olvidada lira?
Qué benéfico genio á mi alma inspira
el profético idioma de David?

Sublime inspiración! ya que de nuevo
vuelves benigna á iluminar mi mente,
da á mi labio mortal voz elocuente,
dame tu augusta entonación feliz.

Canté ya del amor las ilusiones,
las glorias de la patria y su quebranto,
y por mi madre ante su tumba el llanto
he vertido al compás de mi laud.

Ahora quiero elevar himnos de gloria
al Autor de la luz y el firmament;
ahora quiero elevar mi pensamiento
aun más allá de la región azul.

Espíritu veraz que el orbe inunda
sin que un ápice falte á su alma esencia,
y acude por do quier su omnipotencia
como alumbra do quier la luz del sol;

Fanal perenne, postrimer abrigo
que el incrédulo busca en la agonía,

como el piloto en tempestad bravía
busca abrigo en el puerto salvador.

Increado Ser cuya potente mano,
fulmina el rayo, el huracán agita,
y si férvido el mar se precipita
señala á su torrente el *hasta aquí.*

Ser inmutable á cuyo nombre solo
su cetro el rey y el labrador su azada,
rinden humildes con la faz turbada
de hinojos ambos sobre el polvo vil.

Artífice eternal cuya obra excelsa
sabio ninguno á comprender alcanza,
pues por do quiera que en su afán se lanza,
contempla el hombre su inmortal poder.

En el seno profundo de los mares,
en la cima glacial de las montañas,
de la tierra en las lóbregas entrañas
y del diáfano espacio por do quier......

¿Qué más puedo decir? Qué ser humano
comprenderá su omnipotencia suma?
Ante su inmensa majestad se abruma
mustia la frente y se repliega en sí.

¿Qué es ¡ay! el hombre, miserable oruga
que se arrastra servil bajo su planta,
y ante ÉL en vano su poder decanta,
ostenta en vano su grandeza vil?

Enmudece mi voz! vano deseo
el que agita mi ardiente fantasía,
al osar levantar el habla mía
en cántico sublime hasta Jehová:

Águila altiva se remonta al cielo;
mas extraviada en el espacio inmenso,
viene humilde en su rápido descenso
nuevamente á la tierra á reposar.

Mérida, 1861.

LAS RUINAS DE UXMAL.

Mirad, mirad! Entre la selva umbría
parece que se esconde
cual pavoroso espectro, aquel conjunto
de tétricos palacios en ruina,
que ha tiempo......muy remoto,
fué la hermosa mansión de un pueblo ignoto.

La noche de los tiempos, nebulosa,
envuelve con sus sombras
su origen misterioso y tradiciones,
y en vano intenta con afán asíduo
el sabio en su desvelo,
descorrer de su historia el denso velo.

Seguid conmigo hasta el umbral ya roto
de esos regios alcázares,
que aún en su misma destrucción revelan
la antigua majestad de sus señores,
y al través de la yedra,
un emblema hallaréis en cada piedra.

Silencio por doquier! Ni un ser humano
habita estas mansiones
que tras la serie de los siglos fueran
la corte acaso de soberbios reyes,
cual Menfis y Palmira,
cuya grandeza hasta el presente admira.

Ni una huella tan sólo se distingue
de antiguos moradores;
mas ah! ¡qué mucho, si el recuerdo apenas
el arqueólogo busca inútilmente,
ávido de impaciencia,
en los profundos antros de la ciencia!

Callad, callad....! En tan solemne escena
un eco dolorido
parecióme escuchar......¿Será que acude
el genio tutelar de estas mansiones
al rumor de mi planta,
ó es que su augusta soledad me espanta?

¡Silencio por doquier! Quimera vana,
febriles ilusiones
de la mente anhelosa y exaltada!
Al contemplar, sin comprender siquiera,
á qué pueblo, ni á qué edades
pertenecen tan raras heredades!

Tal vez aquí, donde el rugido fiero
se escucha retumbante
del tigre audaz, á quien el hombre acosa,
disipaban su vida en los festines
altivos potentados,
de ventura y amor enagenados.

Sin duda aquí, donde el rigor del tiempo
con fuerza irresistible,
y la incuria del hombre aniquilaron
de tan magna ciudad los nobles timbres,
se desplegó algún día
de una raza orgullosa la hidalguía.

Acaso aquí donde el reptil rastrero
entre el silvestre musgo

se desliza medroso y fugitivo,
formidables legiones acudieron,
que convocó imponente
clarín guerrero desde Ocaso á Oriente.

Quizás, quizás en voluptuosas danzas
y cánticos y orgías,
gentiles damas y mancebos nobles
celebraban los triunfos y proezas
de un pueblo esclarecido,
cuyo recuerdo se absorvió el olvido.

Así Pompeya y Herculano un día
en báquica algazara
y espléndidos festines y saraos,
escándalo del orbe se ostentaron,
y la soberbia Atenas,
de quienes nombre se conserva apenas.

Ah! que la triste condición humana
á perecer sujeta,
nunca la acción del tiempo eludir puede;
todo lo acaba al fin, todo sucumbe,
nada para él estable;
todo arrasa su curso imperturbable!

¡Sólo el Rey de los reyes soberano,
á cuya voz potente
se sosiega la mar embravecida
y enmudecen las roncas tempestades,
Él sólo, sin segundo,
sobrevive á las glorias de este mundo!

Salve, no obstante, silenciosas ruinas
de espléndidos palacios!

Salve otra vez, y permitid que osado,
en vuestros viejos y cuarteados muros
estampe yo mi nombre,
indigna cifra de eternal renombre!

A TEKAX.

DÉSPUES DE LA ÚLTIMA IRRUPCIÓN DE LOS BÁRBAROS DE ORIENTE.

Qué silenciosa estás, cuando otros días,
en júbilo y orgías
pasabas tu existencia regalada!
¿Por qué tan triste ahora,
ciudad encantadora,
á mi vista te muestras tan cambiada?

Tú, en otro tiempo, la mansión florida
do la hermosura unida
al placer, al amor y á la esperanza
se hallaban donde quiera,
brindando lisonjera
á vivir y gozar la alegre danza;

Tú, en cuyo suelo de eternal verdura
la rica agricultura,
al través de tus llanos y montañas
buscaba diligente
el fruto providente
de la tierra feraz en sus entrañas;

Tú, cuyo clima embalsamado y suave,
donde cantora el ave
saludaba la luz del nuevo día,

y cuyo cielo claro,
formaron el más raro
espléndido vergel en armonía......

¿Por qué, dime, te muestras ahora mustia
y en dolorosa angustia
al pié de esa colina reclinada,
te miro cual criatura
que en honda desventura
llora su amor primero abandonada?

Ah....! comprendo: la hueste formidable
del bárbaro implacable
que á destrucción y llanto te condena,
vino en aciago día
tu esperanza risueña y alegría
á perturbar con su furor de hiena!

Trocóse, sí, tu bienestar gozoso
en llanto doloroso,
y de tus hijos que de amor radiantes
formaban tu delicia,
apenas hay noticia
de que ahora vagan por el bosque errantes.

Ya no es, ya no es el labrador tranquilo
quien en tí busca asilo
ni pingüe recompensa á su tarea,
sino, fusil al hombro,
soldados que en su asombro
miran lagos de sangre que aún humea.

No es ya el melífluo ruiseñor canoro,
con el cenzontle en coro,
quien celebra la luz de la alborada,
sino el graznido fiero
del buho carnicero
que se cierne en la torre abandonada......

¡Qué espectáculo aquel tan horroroso
cuando logró alevoso
tus guardias sorprender, pérfido el *maya*
y en su coraje ciego
te confundió en el fuego,
rápido y destructor, tan vil canalla!

¡Qué inusitada confusión y espanto
cuando copioso el llanto
y la sangre á torrentes se vertía,
y el niño y el anciano
clamaban allí en vano!......
—Oh! ¡Qué cuadro infernal el de aquel día!

¡Y cómo es triste contemplar tu estado,
jardín embalsamado
ha cuatro lustros, de la Sierra hermosa!
¿Do está la grata escena
que en noches de verbena
presentabas alegre y bulliciosa?

Silencio y soledad! vasta ruina
do apenas se adivina
lo que fué tu grandeza en días mejores:
hoy triste y solitaria,
cual tumba funeraria,
eres teatro fatal de cien horrores!

No más, no más! Mi corazón herido
yace desfallecido
al recuerdo ominoso de tu historia:
en vano ansiosa el alma
busca quietud y calma,
replegando al pasado la memoria.

Empero acaso providente el cielo
deponga el negro duelo
á que le plugo condenarte airado,

y acaso no remoto
esté ya el día ignoto
por término á tus males señalado.

¡Dios de inmensa bondad, eterno y santo,
enjuga el triste llanto
de todo un pueblo que tu amor implora!
No siga tanto estrago,
y cese el fiero amago
de la hueste enemiga asoladora.

Rásguese el paño funeral de duelo,
torne al nativo suelo
la amedrentada población que huyera,
y exenta de pesares
acuda á tus altares
sus preces á elevar hasta tu esfera!

A LA MEMORIA

DEL JOVEN FACULTATIVO

DON GREGORIO O. BUENFIL.

Hoy hace un año que la parca impía
el hálito apagó de tu existencia,
cual súbito huracán en su violencia
derriba el árbol de la selva umbría.

Empero tu memoria todavía
intacta se conserva, cual la esencia
de delicada flor, cuya presencia
lució tan solo al resplandor de un día.

Duerme el sueño del justo, mientras tanto
tus padres mustios y afligida esposa
derraman sin cesar copioso llanto,

y desde el borde de tu humilde losa
piden á Dios, omnipotente y santo,
tu eterna paz en su mansión dichosa!

LA GUERRA DE CASTAS

AL SR. GENERAL DE DIVISIÓN

DON IGNACIO R. ALATORRE.

Como lejano trueno que presagia
desecha tempestad, se oyó en oriente
del indígena cruel y sanguinario
el grito aterrador de infausta guerra,
que súbito y violento
hizo en su base estremecer la tierra.
Astuto y diligente
á la lucha se apresta sin tardanza,
y desde el bosque umbrío,
como lobos hambrientos sus legiones,
ardiendo en ira vengativo lanza.

Tosco estandarte por el aire ondea,
y con sangre inocente en él cifrado,
el lema de exterminio se distingue
á la siniestra luz de roja tea.
Nada es bastante á reprimir el odio
que á las razas distintas le profesa,
y así al anciano como al niño inmola
con satánico alarde de fiereza.

Desolación horrible,
llanto y luto doquier amaga al suelo,
y el ángel de la muerte condolido,
sus alas cierne en la región del cielo!
De Marte en tanto resonó la trompa
convocando á la lid, y presurosos,
la diestra armada, concurrir se vieron
los hijos de la patria generosos.
De Montejo, cual dignos descendientes,
en tan ardua ocasión no desmintieron
que sacrosanto y puro
en sus pechos aún late el patriotismo.
No! que á fuer de valor y de constancia
hartas pruebas darán de su heroismo,
cual las dieron sus émulos un día
en los campos gloriosos de Numancia!

"Pronto á la lid," exclaman, y al redoble
del tambor y el clarín que el aire atruena,
sobre la turba infiel se precipitan,
de noble indignación el alma llena.
La lucha se empeñó: ronco estampido
hiende el espacio y con horror retumba,
y en el bosque, en el llano y la montaña
repercute el fragor de la pelea
con triste estruendo y confusión extraña.

Todo, empero, es en vano! Cual torrente
que impetuosas sus aguas se desbordan
anegando los valles comarcanos,
formidable se arroja de repente
compacta y poderosa
sobre la escasa fuerza que combate,
esa turba de vándalos insanos;
y cual tigre que ruge enfurecido
al devorar su presa,
así ruge tambien de saña henchido,
el maya osado al coronar su empresa.

Dueño es de todo ya! Villas, ciudades,
cuantiosas heredades
que emporio fueron envidiable un día
del comercio y la industria,
todo en cenizas sin piedad convierte;
profana el templo con su planta impía,
de angustiosa beldad que errante vaga
con impúdico gozo se apodera,
y entregado á la holganza y á la orgía,
su ley pregona por doquier inícuo
de eterna destrucción, de horrible muerte.

Mas conseguir no aguarde
imperar absoluto cual creyera
en la vasta extensión del patrio suelo:
ya de nuevo se aprestan los valientes
que al azar de un momento vacilaron,
y al tremolar airados su bandera,
el pecho ardiendo de coraje y celo,
ante su pié juraron
primero sucumbir desesperados
que entregarse al salvaje maniatados.

No más desvastación! Ya no más ruina!
¿Qué se opone al esfuerzo irresistible
del que luchando por la causa santa
de patria y religión, sereno afronta
el peligro eminente en el combate?
Nada en verdad le abate!
Ya la señal se escucha
que da el clarín de renovar la lucha,
ya impacientes relinchan los corceles,
ya las armas se esgrimen, ya disparan,
ya rueda estrépitosa la cureña,
el estampido del cañón retumba,
y el proyectil mortífero que arroja,
entre el humo y el polvo confundidos
cien combatientes del infiel derrumba!

Proteje, oh Dios! la generosa causa
de esos dignos patricios esforzados,
no del afán del oro compelidos,
ni de ambición bastarda sustentados!
Luzca el iris de paz resplandeciente
en el diáfano azul del limpio espacio,
y antes de hundir el sol la roja frente
en su lecho de grana y de topacio,
plegue á la fama enaltecer su gloria
con el lauro inmortal de la victoria......

Vosotros que en la lucha sucumbísteis,
víctimas nobles de la patria mía,
y alcanzásteis el premio inmarcesible
en el empíreo santo,
recibid en las notas de mi canto
su eterna gratitud que allá os envía!

AL EX-CONVENTO DE S. FRANCISCO

Y

CIUDADELA DE SAN BENITO.

Miradle allí! Cual majestuosa nave
desarbolada por airado noto,
que á la desierta playa sin piloto
lanzó rugiente embravecido el mar,
se destaca en su glacis gigantesco
aquel recinto de elevados muros,
que del tiempo la acción y embates duros
han venido por tierra á derribar.

Mansión un día do cristianas preces
se elevaban á Dios en holocausto,
con pompa augusta y religioso fausto
en más de un templo que existiera ahí;
de Marte fiero las altivas cohortes
con planta airada profanar osaron,
é imperiosas sus reales acamparon
al redoble del parche y del clarín.

¡Achaque triste de la suerte humana
que ni al curso del tiempo imperturbable,
ni á su garra de hierro formidable
cautelosa se puede sustraer,
se ha visto así, con indecible asombro,

cual humo leve que disipa el viento,
extinguirse el magnífico convento
y hasta su último monje perecer!

Hoy convertido en prematuras ruinas
en el centro de un pueblo bullicioso,
tal semeja el contraste lastimoso
de un mendigo en espléndido salón......
Miradle allí! Cual pavoroso espectro
entre las sombras de la noche umbría,
le presenta la ardiente fantasía
contagiando de miedo el corazón.

Empero yo, de tan augusto asilo
la destrucción con interés contemplo,
cual provechoso y elocuente ejemplo
de que es todo en la vida una ficción:
así en el curso de los breves días,
á risueñas y alegres ilusiones
se suceden amargas decepciones
y no vuelve la dicha que pasó.

Ya no existe siquiera quien abogue
por su hermoso pasado esclarecido,
ni quien venga, cual Mario condolido,
sobre sus tristes ruinas á llorar.
Todo acabó! De su fugaz grandeza
subsiste apenas el recuerdo vago,
y las huellas terribles del estrago
que imprimieran los años al pasar......!

Más de una vez el sepulcral silencio
de oscura noche interrumpir se oyera
al estruendo de un muro que cayera
ó el fragmento de un alto chapitel,
y á tal estruendo levantarse súbitas
despavoridas en confuso vuelo,

aves que huyendo de la luz del cielo
á su sombra anidaran por doquier.

Y triste luego, en la truncada torre
de oculto buho aterrador graznido,
espirar á lo lejos confundido
con el eco de horrible imprecación;
ó ya el pausado y receloso alerta
de insomnes centinelas avanzados,
que en las celdas y claustros desolados
observaran sus sombras con pavor.

En tanto allí, que miserable reo
mal avenido y resignado apenas
al siniestro rumor de sus cadenas
el estrépito hiciera despertar,
cree un instante, de pavor transido
escuchar de su víctima las quejas,
y pugna asaz de su prisión las rejas
con frenético empeño destrozar......!
....
....

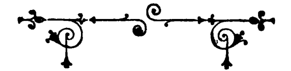
Todo acabó! De su pasado ilustre
sólo queda al presente una memoria......
Triste recuerdo que la patria historia
en sus páginas negras consignó!
¡Así perece cuanto el hombre crea,
así termina la grandeza humana
y se disipa la ambición mundana
cual la luz del relámpago veloz....!

Salud, recinto de la paz un día,
albergue religioso abandonado,
por el curso del tiempo acelerado
sumergido en las sombras del horror;
yo os saludo sumiso y respetuoso

cual se acata al anciano, cuya frente
cana ya y mustia se inclinó doliente
bajo el tremendo peso del dolor!

Adios! asilo bienhechor y grato,
mansión feliz de celestial consuelo
do sus plegarias elevó hasta el cielo
monje contrito desde el santo altar;
guarda en el polvo de tus vastas ruinas,
siquiera los despojos deleznables
de los ilustres hombres venerables
que supieron tus glorias sustentar.

Guárdalos, ay! con sigiloso empeño
de esos escombros en lo más profundo,
que otro es ya el fin que se propone el mundo
y otra la marcha que le impulsa ya;
guárdalos, sí, que en su avidez el hombre
no se detiene ya ni ante la tumba:
lo que erigiera *ayer, hoy* lo derrumba,
y *mañana* al olvido entregará!



D. BERNARDO PONCE Y FONT.

A CRISTOBAL COLON.

I.

No hay grandeza, Colón, cual tu grandeza,
ni humana gloria se igualó á tu gloria:
no buscaste el laurel de la victoria
y él ciñó para siempre tu cabeza;
no quisiste el poder ni la nobleza,
y el genio te otorgó su ejecutoria;
no ambicionaste el lauro de la historia
y su libro mejor contigo empieza.
Fijos los ojos, con amor profundo,
siempre en Jesús, tu místico modelo,
si un pensamiento, para el bien fecundo,
tu mente concibió, no fué tu anhelo
alzarte grande ante la faz del mundo;
sí conquistar un mundo para el cielo.

II.

Una noche quizás, cuando el planeta
de la argentada luz se sumergía
del proceloso mar en la onda fría,
la inspiración sentiste del profeta.
Y sabio nauta, soñador, poeta,
tu genio poderoso concebía,
germen de luz que allá resplandecía
en el abismo de tu mente inquieta.
Y fijas tus miradas hácia donde
se une el mar con el alto firmamento,
viste crecer en luz tu pensamiento,
y anheloso exclamaste: "allí se esconde;"
y al mirar su secreto sorprendido,
el orbe se detuvo estremecido.

III.

Y te lanzas al mar: tus carabelas
van henchidas de gentes españolas,
y el pabellón glorioso que enarbolas
en mundos nuevos desplegar anhelas.
Hinchan los vientos prósperos tus velas,
que van rizando las soberbias olas,
y el estandarte de la cruz tremolas
cuando á tu gente animas y consuelas.
Alza la rebelión su adusta frente;
crece tu fé; tu genio soberano
la rebelión domina, y de repente,
del fondo del Atlántico profundo,
se levanta ante tí, resplandeciente,
sol de tu gloria, el anhelado mundo.

IV.

Allí la tierra está: la que es tu gloria,
testimonio eternal de tu talento,
hija feliz del alto pensamiento
que el ángel te inspiró de la victoria.
Emblema que en el libro de la historia
señala el triunfo de tu audaz intento,
inmenso pedestal del monumento
que la tierra dedica á tu memoria.
¡Salve, Colón, espíritu fecundo,
loco inmortal que en místico delirio
hallar soñaste el ignorado mundo!
Si España te premió con el martirio,
hoy España y el mundo te coronan
y tu renombre sin igual pregonan!

A PEDRO I. PEREZ.

El cielo tropical prestó fulgores
á tu mirada límpida y ardiente,
fúlgida aureola á tu espaciosa frente
do el genio concentró sus resplandores.

Dióte la selva mágicos rumores,
su voz el trueno, su gemir la fuente,
y un ángel del Señor, resplandeciente,
el arpa de oro en que cantaste amores.

Y pulsaste el laud del sentimiento;
brilló tu genio, como el sol fecundo,
y cantaste, poeta, y de tu acento
el eco dulce, armónico y profundo,
en el mundo vibró del pensamiento
y una corona arrebataste al mundo.

Mérida—1892.

ROSA MISTICA.

Rosa en el campo de David brotada,
del jardín de los cielos desprendida,
tú embalsamaste el aura de la vida
por el negro pecado envenenada.

Rosa que fuiste reina proclamada
de las rosas de Sión, y enaltecida
hasta el trono de Dios, estás circuida
de soles y de estrellas coronada.

De tu aroma divino se llenaron
cielo y tierra, y tu cándida hermosura
símbolo es fiel de nítida pureza.

Y la tierra y los cielos te aclamaron
de las flores, la flor más bella y pura,
rosa gentil de mística belleza.

Mérida—1887.

DE VERACRUZ A MÉXICO.

POESIA DESCRIPTIVA.

Ya la luz de la mañana
vaga y tímida alborea,
y en disipar se recrea
la blanca niebla liviana.
Se escucha de la campana
la voz pausada y sonora,
y la gran locomotora
ya ruge, tiembla y se agita,
y ráuda se precipita
por la vía que devora.

Del monte tras la cortina
se oculta, al fin, Veracruz,
y va creciendo la luz
sobre la enhiesta colina.
En la montaña vecina
un mar de nubes se mece......
Tras ella luego aparece,
entre mares de arrebol,
la encendida faz del sol,
y á su luz el mundo crece.
....
....

¿Es un sueño ó es verdad?
¿Es acaso devaneo
ó es ilusión que el deseo
disfrazó de realidad?
¡Qué imponente majestad!
¡Qué regia naturaleza!
Brilla en ella tu grandeza
¡oh Señor! arrobadora,
y en ella el alma te adora,
y en ella te mira y reza.

Baja del sol el torrente
de los rayos tembladores,
y la luz en mil colores
pinta un cuadro sorprendente.
Mares de oro reluciente,
Lagos de zafir y gualda,
océanos de esmeralda,
de púrpura y de topacio,
apenas tienen espacio
de los montes en la falda.

¡Qué hermosura! qué portento
de creación jamás soñada!
¡Qué realidad ignorada
por el audaz pensamiento!
¿Qué bardo en el ardimiento
de sublime inspiración,
pudo gozar tu visión
¡oh mundo, cuya belleza
hace pensar que en tí empieza
del mismo Dios la mansión?

¿Qué pintor lograra tanto
que fiel pudiera copiarte
y á sus lienzos trasladarte
con tus bellezas y encanto?

¿Qué cielo tiene tu manto,
que del sol los rayos doran
y ricas tintas coloran,
¡oh espléndido cielo azul?
¿Qué tul se parece al tul
de las nubes que en tí moran?

Rueda en sus rieles de acero
esta audaz locomotora,
que las distancias devora,
y yo detenerla quiero.
Todo es aquí pasajero:
fijarlo ansío un instante,
y miro absorto, anhelante,
cómo indeciso y fugaz,
va huyendo siempre hácia atrás,
y yo siempre hácia adelante.

Siento la vista turbada,
indeciso el pensamiento,
y arder el cerebro siento
como en ígnea llamarada.
Esa bóveda azulada,
ese espacio me enloquece,
que ante mí se ensancha y crece
como espléndido palacio......
Mi alma se lanza al espacio
y allá en el éter se mece.

¡Qué avidez y qué locura!
Cierro un momento los ojos,
de tanto mirar ya rojos
esta espléndida hermosura.
Y entre la densa negrura
que un instante me rodea,
millares de mundos crea

la ardorosa fantasía,
y allá en la región vacía
su muchedumbre pasea.

Torno á mirar....¡cosa extraña!
ya no veo....¡ciego estoy!
¿Ciego? no, corriendo voy
al través de la montaña.
Rota fué la dura entraña
de este gigante de roca,
cuya frente al cielo toca,
por un genio soberano;
y á arribar voy pronto al llano
por su oscura y ancha boca.

El llano extenso ya miro
cercado por altos montes.
¡Qué espléndidos horizontes!
¡Qué panoramas admiro!
Do quiera la vista giro
sin dejar de contemplar
éste que parece un mar
de inconcebible belleza:
ó aquí el Paraíso empieza,
ó voy el cielo á escalar.

Sobre el viaducto atrevido,
que en piés inmensos descansa,
la máquina se avalanza
como león perseguido.
Cruge el hierro extremecido,
que en los rieles se golpea,
y lanza la chimenea
su cabellera que sube
á confundirse en la nube
que en la montaña rastrea.

Roncos bramidos lanzando,
su carrera audaz y rauda
modera y su larga cauda
ya despacio va arrastrando.
Y á la alta cumbre trepando,
que sobre cumbres se extiende,
un mar infinito hiende
de nubes y de celajes......
¡Son divinos cortinajes
que el cielo, á su paso, prende!

Baja luego majestuosa,
y entra en el túnel oscuro,
con paso firme y seguro,
con la altivez de una hermosa.
¡Allí está la portentosa
obra del genio: es el puente
de Metlac, férrea serpiente,
que sobre montes descansa,
y sobre honda sima lanza
su media luna esplendente.

De espanto y admiración
un grito del pecho arranca,
ya la profunda barranca,
ya del hombre la creación.
¡Qué inefable sensación!
¡Qué dulce encanto, Dios mío!
A mis piés el hondo río,
sobre mí los altos montes,
más allá los horizontes,
y do quier tu poderío!

Huye este cuadro grandioso,
que en el vacío se mece,
y pronto desaparece
cual ensueño vaporoso.

Luego el valle delicioso
de Orizaba se presenta
que mil primores ostenta.
¡Cuánta luz y cuántas flores!
Del Pico los resplandores
tanto primor acrecienta.

Huye el valle de Orizaba
y con él su manso río,
la ciudad, su caserío
que la montaña ocultaba.
Mas luciendo continuaba
Citlaltepec su belleza,
su gallarda gentileza
y su extensa y ancha falda,
que ha bordado de esmeralda
con afán naturaleza.

Sube rugiendo otra vez
el férreo mónstruo de fuego;
se detiene, y sigue luego
corriendo con avidez.
Pasa pronto la estrechez
de otro túnel y otro puente,
y sube y sube rugiente
á las cumbres de Maltrata,
desde donde se retrata
un panorama esplendente.

Del valle en el ancho seno,
como búcaro de flores,
duerme su sueño de amores
de Maltrata el pueblo ameno.
De templos y casas lleno,
se le ve desde la altura,
como un pueblo en miniatura
que regio altar embellece;

y á intervalos desparece
tras la revuelta espesura.

Boca del Monte, Esperanza,
muestran luego la aspereza
de agreste naturaleza
en cuanto la vista alcanza.
La mirada allí se lanza
desde las cumbres que airosas
suben al cielo orgullosas,
hasta al barranco profundo,
por donde suben al mundo
las tinieblas pavorosas.

¡Allí está la Malintzín,
como estátua que en la altura
de una inmensa sepultura
llega del cielo al confín!
Malintzi, ¡mujer al fin!
perla indiana peregrina,
por el nombre de Marina
trocó su expresivo nombre,
quizás por amor á un hombre
y no á nuestra fe divina!

Recoge con majestad
regia el manto que la cubre,
y en sus faldas se descubre
de Huamantla la ciudad.
Ruge allí la tempestad,
y á la luz fosforescente
que cual Océano hirviente
sombrío el cielo derrama,
es más bello el panorama,
más grandioso y sorprendente.

Rasga el rayo la cortina
de los cielos anublados;

los espacios inflamados
se miran de luz divina.
Hasta la cumbre vecina
ya alcanza la claridad
que llena la inmensidad;
y á sus fúlgidos reflejos,
se adivina allá muy lejos
la insondable eternidad.

. . . .
. . . .
. . . .

Tiende su fúnebre manto
al fin la noche importuna,
y la ausencia de la luna
causa pesar y quebranto.
¡Huyó lejos el encanto
y ausentóse la alegría!
Ya no admiro, ¡oh patria mía!
de tus galas el portento,
y anegada el alma siento
en letal melancolía.

Mucho tiempo ya ha pasado,
y aún grabada está en la mente
tu hermosura sorprendente,
tu encanto nunca soñado.
Pretendo hoy, loco y osado,
mis canciones entonarte,
y en mis versos retratarte......
¡Vano esfuerzo que me abruma!
¡Rompo ya la tosca pluma
que no ha podido pintarte!

Mérida, 1889.

¡IMPOSIBLE!

Yo quisiera, mujer, que tu mirada
fuera de fuego abrasador, ardiente,
y quisiera mirar sobre tu frente
el resplandor de su ígnea llamarada.

Quisiera que tu voz enamorada
ecos lanzara de tu amor vehemente,
como lanza á los aires, impaciente,
sus mugidoras voces la cascada.

Quisiera yo tu corazón de fuego;
que tu alma fuera abrasadora llama
y toda tú volcán inextinguible.

¡Con qué inmenso placer corriera ciego
este amante infeliz, que tanto te ama,
á abrasarse y morir......¡Es imposible!

JULIO CÉSAR.

En consorcio feliz al genio aduna
valor y audacia: al templo de la gloria,
por la senda florida de la historia,
en sus alas le lleva la fortuna.

Su genio resplandece en la tribuna,
y una corona arranca á la oratoria;
en la guerra le guía la victoria,
y es su fama inmortal como ninguna.

De su rival la estrella fulgurante
á la luz de la suya palidece,
y hasta el trono se acerca vacilante.

El mundo es suyo.....absorto le obedece....
Brilla el puñal de Bruto, y el gigante
en brazos de la gloria se adormece.

Mérida—1879.



D. OVIDIO ZORRILLA.

EL ABANICO DE SANDALO.

ELEGIA I.

A LA MEMORIA DE LELIA.

I.

Tras los supremos deleites,
tras el bien que ambicionamos,
dice el mundo que el olvido
agita veloz sus pasos;
que la ventura es un sueño,
y es un fantasma el engaño
que en cada sonrisa oculta
un raudal de acerbo llanto.
Cruel es el mundo á fe mía,
mas no me alcanzan sus fallos;
muy lejos siempre del mundo
menosprecié lo mundano.
Herido de honda tristeza
caminé siempre al acaso,
sin más norte que el recuerdo
de mis recuerdos más caros.
Héme aquí junto á la tumba,
junto al recinto sagrado
que no á mis ojos te esconde
ni me abisma en sus arcanos.
Héme aquí, niña, de hinojos
ante el lúgubre epitafio

18

que con tu nombre me arranca
el corazón á pedazos.
Sólo estoy! quiero distante
de la ambición y el sarcasmo,
apurar de las congojas
el triste cáliz amargo.
Quiero pensar en que un día
me hallé dichoso á tu lado,
y á tus prendas y á tu historia
quiero erigir un santuario.

II.

Cuando las sombras invaden
los horizontes, dejando
de sus ocultas moradas
los tristes, fúnebres antros;
y el astro rey abandona
con majestuoso aparato
nuestro hemisferio, y se eclipsa
entre celajes dorados;
en esas horas solemnes
en que á la mente el pasado
y el porvenir se aglomeran,
y sin querer suspiramos;
en esas horas sin nombre
de ansiedad y de quebranto
en que es cruel toda memoria,
todo recuerdo es infausto;
se cierne en mi pensamiento
tu eterna imagen, y en llanto
baño las cifras doradas
de tu abanico de sándalo.

III.

Prenda feliz....! ¡cuántas veces
entre tus cándidas manos

blandamente se agitaba
sobre mi rostro abrasado!
¡Cuántas veces interpuesto
del sol ardiente á los rayos,
veló tu faz hechicera
ó la ocultó al vulgo falso!
Ay! aun mi idea importuna
la noche me finge, cuando
por vez primera bendije
su perfume regalado.
Aun aquel cielo contemplo
sereno, límpido, claro,
y oigo el rumor delicioso
de aquellas brisas de Mayo.
¿Recuerdas? ¡qué de ilusiones,
qué de paraísos forjamos
en las regiones divinas
de lo imposible extraviados!
¡Qué de plácidas quimeras
tan grato ensueño arrullaron,
qué de inefables deliquios
vertió en nuestra alma á su paso!
Pero voló aquella noche,
perdióse entre sombra y llanto;
y quedé solo en el mundo
con tu abanico de sándalo.

IV.

Sí! tú al partir, cariñosa
me lo enviaste, y nunca ingrato,
si el corazón es un ara
sobre el corazón lo guardo.
¿Podrá esta ausencia importuna,
que se goza en separarnos,
de la amistad más sincera
romper los estrechos lazos?

¿Podrá de la muerte airada
la negra, pérfida mano
arrancar á mi memoria
tu recuerdo idolatrado?
¡Oh mi bien! mi dulce amiga,
mi sola ilusión, mi encanto,
¿qué bastara á separarte
de mi mente un breve rato?
Brilla tras lóbrega noche
risueña el alba; los campos
de suave color matiza
lluvia hermosa de topacio;
alegres gorjean las aves;
voluptuoso y perfumado
el céfiro peregrino,
por entre juncos y cardos,
en alas del eco esparce
rumor delicioso y vago;
sonríe naturaleza,
la está el cielo contemplando!
Todo amor respira ¡ay triste!
mientras que abatido y pálido,
muerta al gozo mi esperanza,
beso con trémulos labios
las adorables reliquias
de tu abanico de sándalo.

V.

Y si la luna apacible
reina en el cielo, y sus rayos
bañan mi frente marchita
al peso del desencanto;
si su lumbre bienhechora
da esplendor al terso lago
y á la cándida belleza
de los lirios y los nardos;

si sobre el césped mullido
desfallezco fatigado,
y piadoso al fin el sueño
vela un instante mis párpados;
mi alma, la pobre mártir,
las prisiones quebrantando
que al poste vil la sujetan
de lo posible y lo humano,
á lo infinito se lanza
de un espacio en otro espacio;
y en la confusión perdida
de nebulosas y de astros,
siempre huyendo de la tierra,
al cielo simpre volando,
entre el delirio y el sueño,
tras inefable letargo,
en la visión se extasía
de su dulce bien amado.
Transfigurada, radiante,
en los purísimos lampos
de luz celeste inundada
y eterno hossana entonando,
vuelve absorta á contemplarte
junto al sólo sér increado,
embalsamando la gloria
con tu abánico de sándalo!

EN EL ALBUM DE ELMIRA.

ELEGIA II.

Llega tu álbum á mí cuando he perdido
la fe que al poeta la ilusión inspira;
llega tu álbum á mí cuando mi lira
sólo sabe gemir.

No soy el trovador de los amores,
no soy el bardo que soñó encantadas
voluptuosas visiones, coronadas
de mirto y alelí.

No soy el ruiseñor que en bellos días
saludó con sus trinos á la aurora;
soy el ave funesta que á deshora
presagia la aflicción.

Mi canto es un sarcasmo á la existencia,
nace de un corazón mustio y helado;
es un triste consuelo que he implorado
al genio del dolor.

¿Y podrá complacerte mientras duermes
en brazos de inefable arrobamiento,
siendo augurio fatal del sufrimiento
que en pos lleva el placer?

¿Cómo anhelar la purpurina rosa,
emblema de un afecto apasionado,
entreabrirse al arrullo destemplado
de lúgubre ciprés?

No, cara amiga, mis sentidos versos
no pueden fascinar á los dichosos;
revelan mis acentos pavorosos
la dicha que perdí.

Perdona si no vierto otro perfume
de este santuario en la sagrada pira;
llega tu álbum á mí cuando mi lira
sólo sabe gemir.

SIN ESPERANZA

ELEGIA III.

Otra vez..... otra vez la lumbre pura
brilla del sol, en la azulada esfera;
sonríen los campos de verdor cubiertos
y las aves con júbilo gorjean.

Otra vez tras la noche húmeda y fría
la rubia aurora el horizonte alegra,
y del terral los soplos regalados
mi frente mustia sollozando besan.

¡Raro contraste! la feliz mañana
de los bienes del cielo mensajera,
á mí, no más á mí, réprobo y solo
vuelto al ocaso caminando encuentra.

¿Qué importa que á la luz las sombras sigan
y á la escarcha el calor, naturaleza,
si al corazón que el desencanto ha herido
sólo martirio y amarguras quedan?

¿Qué importa que voluble y caprichosa
el yermo estéril en verjel conviertas,
y donde zarzas marchitó el invierno
mire lirios nacer la primavera?

¿Por qué la dicha que pasó no vuelve?
¿por qué no vuelven las hermosas creencias
que el alma ardiente con ternura guarda,
que el alma triste con pesar recuerda?

¿Por qué los sueños que el delirio forja,
las ilusiones que el encanto crea,
á no volver inexorables huyen
si en dolorosa soledad nos dejan?

¿Por qué al mortal á quien en fiera angustia
sus puertas de oro la esperanza cierra,
no abre la tumba compasiva el seno,
ni el sol piadoso sus fulgores niega?

¡Ay! yo mil veces el bullicio huyendo
y el ajeno placer, vine á estas selvas
y me negó sus sombras la espesura
y sus abrojos me negó la tierra.

Mil veces vine desolado y mustio
á estas ocultas, ignoradas breñas,
y hallé murmullos y armoniosos trinos
que la ansiedad del desdichado aumentan.

Del mar soberbio las revueltas ondas
busqué mil veces, las hallé serenas;
pedí la tempestad al éter claro
y ostentó más radiantes sus estrellas!

¿Cuándo será que en apartada ruina,
de luto y sombras y pavor cubierta,
pueda pasar en sepulcral reposo
los turbios días que á mi vida quedan?

¿Cuándo será que en impasible calma,
menospreciando la ventura ajena,
mezclarme pueda en la estruendosa orgía
de este mundo de amor que me rodea!

Jamás....jamás....! sobre mi frente escrito
dejó el genio del mal fiero anatema;
debo morir porque la muerte es dulce,
ó regar con mis lágrimas la tierra.

Adios, felicidad......! tu eterna imagen
doquier me sigue tentadora y bella;
en todas partes tus sonrisas miro,
pero á mi triste corazón no llegas!

A LIDIA

ELEGIA IV.

Adios, mi dulce amiga;
del infortunio en alas,
al fin mi adversa suerte
de tus amantes brazos me separa.

Adios....! aún la memoria
de mi pasión infausta,
borrar pueda la ausencia
y tu alma virgen á la paz renazca.

Pueda voluble el tiempo
en fáciles mudanzas,
de tus amantes cuitas
la hiel trocar en venturosa calma.

Yo solo ¡ay triste! apure
de esta honda angustia el ansia,
y delirando guarde
en mi mente tu imagen adorada.

Yo solo del olvido
huya la dicha vana,
y siempre á tu recuerdo
tributo sean mis acerbas lágrimas.

Y cuando de mi vida
en la pendiente ingrata,
rendido á mis dolores
bajo su peso imponderable caiga;

cuando el ciprés funesto,
en triste lontananza,
á mis cansados ojos
la sombra ofrezca de sus mustias ramas;

no tema, no!....sereno
á la feliz morada
camine, do la muerte
con blando ceño á lo inmortal me llama.

Promesas misteriosas
me finja la esperanza;
y bendiciendo muera
de mi imposible amor la dulce causa!

A LA BRISA.

ELEGIA V.

En tanto que renuncio
mentidas amistades,
y busco en el retiro
la paz del corazón, la dicha estable;

en tanto que del yugo
de míseros afanes,
ya libre el alma mía
en forjar ilusiones se complace;

¡oh brisa! no importuna
hasta mi faz levantes
el polvo que mañana
encubrirá por fuerza mi cadáver!

No agites irascible
las ramas de los sauces,
en cuyos pardos troncos
grabé mil tiernos y sentidos ayes!

No lú gubres zumbidos
arrebatada lances,
que el trino melodioso
del escondido ruiseñor apaguen;

ni enturbies á tu paso,
los diáfanos cristales
del lago sonoroso,
que retrata las flores de este valle.

Halaguen apacibles
tus ráfagas fugaces,
mis sienes abrasadas
de las pasiones al horrible embate.

Discurre por mi frente
y mi cabello esparce,
que al triste son muy gratos
tus cariñosos besos por la tarde.

Y lánguida y sentida
murmura en el ramaje,
en tanto que me entrego
á mil cavilaciones inefables;

ó ciérnete amorosa
en la palmera, y dale
con soplos lisonjeros,
á su forma gentil mayor donaire.

De allí de esas regiones
que con tu vuelo invades,
regiones turbulentas
de criminal licencia y bacanales;

de allí de esas orgías,
do en insensato alarde
á la virtud se oprime,
y al vicio infando se levanta altares;

de allí do la inocencia,
del dolo á las falaces

insinuaciones cede,
y al negro abismo de la culpa cae;

ningún recuerdo amargo
me traigas, que dilate
las lúgubres memorias
de mi pasado lleno de ansiedades.

Así, mi dulce amiga,
mi compañera amante,
mitigarás piadosa
el rigor de mi suerte inexorable.

Tu aliento, que entre flores
en blando giro esparces,
aspiraré gozoso,
y olvidaré extasiado mis pesares.

A tu rumor que ¡oh brisa!
cual música complace,
mi espíritu abatido
sentiré dulcemente reanimarse;

y ensalzaré tu nombre
en estas soledades,
y dormiré á tu arrullo
el sueño sepulcral imperturbable!

ELEGIA VI.

Á LA MEMORIA DE MI AMIGO DIEGO BENCOMO.

Al fin, mi caro amigo,
tras lidia tormentosa,
descansas sosegado
de los llorosos sauces á la sombra.

Al fin tras la borrasca,
sereno el mar, sus ondas
el apacible y dulce
azul hermoso de los cielos toman.

Al fin la peregrina
ave canseda, ansiosa
el vuelo fatigado,
sobre el florido manantial acorta.

¡Feliz, pues ya tu espíritu
su sed devoradora,
calmó en la fuente augusta
que del Paraíso descendió hasta el Gólgota!

Sí, que el Pastor divino
las hubo en guarda todas,
y fuiste tú su oveja,
y no habrá de perderse ni una sola!

Y pues del error triste
y la maldad odiosa,
los antros miserables
dejaste por tu bien eu feliz hora;

pues no ya el torpe ahullido
de las pasiones locas,
á tu conciencia mueve
guerra feroz en íntima congoja;

¡dichoso tú en el puerto,
ya libre de zozobras!
¡dichoso tú en la tumba,
absorto en la verdad, firme en la gloria!

A SOLAS.

ELEGIA VII.

I.

¿La veis? de blanco viste
mi amada dulce y triste,
y de sus negros ojos
me brinda sin enojos
la luz radiosa y pura;
de amor y de ternura
herida el alma siento
y silencioso lloro;
no sabe que la adoro;
jamás de mi tormento
comprenderá el arcano
aterrador, sombrío......
así cumple al tirano
fatal destino mío.

II.

Entre celajes arde
el sol; su adios la tarde
doliente al alma envía;
letal melancolía,
insólita amargura
mi corazón tortura;

¿por qué del pensamiento
su imagen seductora
las soledades llena?
¿Por qué? si de honda pena,
si de íntimo tormento
el ansia me devora!

III.

Herid, hados traidores,
heridme; de las flores
que en mi verjel guardara,
robadme la más cara....!
Velad si os place un día
de la esperanza mía
la hermosa luz postrera;
cual mártir Prometeo,
mi soñador deseo
salvando lo accesible
en lo infinito impera;
yo adoro un imposible,
persigo una quimera.

ELEGIA VIII.

EN UN ÁLBUM.

De mis dolientes versos
la huella fugitiva,
¿quereis que en este libro
os deje, hermosa niña,
y que en sus blancas hojas
divaguen confundidas
con vuestras ilusiones
las desventuras mías?
¿Por qué si en dulce encanto
sus rosas purpurinas
de embriagador perfume
la primavera os brinda,
del aterido invierno
la niebla adusta y fría
buscais, y de los cardos
las flores amarillas?
¿Por qué de las serenas
regiones de la dicha
así apartais los ojos
á la ventura esquiva?

Tened, tened el paso
y eterna el alma os ría;
que de la triste tarde
las flores ya marchitas,
¡ay! sólo en mi alma dejen
su punsadora espina.

A LIDIA.

ELEGIA IX.

Sé qué aún me ocultan mis adversos hados
de indecible ansiedad el trance duro;
que del hondo pesar que me devora
el cáliz aún no apuro.

Sé que implacables, en perpetua lidia,
por extinguir nuestra amorosa creencia,
entre los dos derramarán las sombras
del tiempo y de la ausencia.

Sé que insidiosa vibrará en tu oido
su vil encono la calumnia artera,
y que mi fe reputarán locura,
y tu virtud quimera.

Pero adorando en tí mientras viviere
todos mis sueños de ambición y gloria,
te daré por altar mi amante pecho;
por templo mi memoria.

Si te dijeren que olvidarte puedo,
díles que sufran lo que yo he sufrido;
y si pueden vivir sin esperanza,
den su ídolo al olvido.

Díles si juzgan mi pasión mudable,
por despertar en tí punzante duda,
que lo que el alma con delirio ha amado
jamás el tiempo muda.

Díles que sabes de mi aciaga vida
los íntimos dolores; que un tesoro
de ilusiones y dulces desvaríos
en tí perdido lloro.

Díles....mas no; no sepan de tus labios
nuestro imposible amor: de nuestra suerte,
de los tormentos que callando sufro,
mejor hable mi muerte.

CARTA A UN ANGEL.

ELEGIA X.

¿Dices que sufres, que jamás me olvidas?
De tu palabra el poderoso encanto
llega á mi corazón enfermo y triste
cual bienhechor rocío á la agostada
flor, que sin jugo en el desierto muere.
Dime mil veces que en eterna cuita
piensas en mí, que me idolatras ciega
y la inmensa amargura de mi vida
con la fe ardiente de tu amor endulza.
Yo por tí moriré; tú la postrera,
la más cara ilusión del alma mía,
las soledades de mi angustia llenas.
¿Quién me diera romper del hado adverso
el férreo yugo que de tí me aparta,
libre volar á tus amantes brazos,
y el ideal de dicha que persigo
anhelante y feliz buscar en ellos?
¡Anhelante y feliz! triste quien sueña,
quien de imposible en imposible vaga
y en los transportes del delirio cae......
Alienta tú mi espíritu abatido,
su inconstrastable aspiración conforta,
y pueda de la injusta suerte mía
los designios torcer; dime que me amas,

que guardas para mí de tus encantos
el codiciado bien, y tu firmeza
la muerte sólo quebrantar podría.
¡Aliéntame á luchar! las negras sombras
pueda vencer del infortunio airado,
y al colmo de mis íntimos anhelos
jubiloso y feliz llegar un día.
Inundado en la luz de tu mirada,
absorto en tu belleza incomparable,
mi adoración recibirás, eterna;
¡oh de mi vida la ilusión más dulce!
En el veneno inagotable y puro
de tus hechizos, apagar pudiera
la sed de amor que me devora el alma.

A MI BELLO IDEAL.

ELEGIA XI.

I.

Adios, de mi esperanza
dulce embeleso,
aspiración eterna,
dichoso anhelo;
en los oscuros
antros te invoco
del infortunio.

II.

¡No te verán mis ojos....!
No, que no vieran
lo que el turbado espíritu
despierto sueña;
ni en tu inefable
visión, sensual mirada
logró extasiarse.

III.

Te dió vida el delirio
de mi alma enferma,
de mi dolor surgiste
radiante y bella,

y entre insondables
abismos de amargura
guardé tu imagen.

IV.

Ilusión que acaricia
loco el deseo,
torturador suplicio
del pensamiento,
ansia que finge
la realidad hermosa
de un imposible....

V.

Adios....! cuando de oculto
pesar vencido,
á los llorosos sauces
demande asilo;
sobre mi tumba
vele al fin silenciosa
tu sombra augusta.

ELEGIA XII.

I.

No me pidais que cante;
no habitan juntos
la parlera alegría
y el dolor mudo;
por compañeros
dió á mi vida el destino,
pena y silencio.

II.

Persiguiendo la dicha
que el alma sueña,
el cáliz he apurado
de hondas tristezas;
porque en el mundo
no hallaré ni la sombra
del bien que busco.

III.

Dejad que en mis dolores
mi fe se abisme;
que ambicione quimeras,
que ame imposibles;
que en la amargura,
el bien que el alma sueña
busque en la tumba.

IV.

¡Ay de las tiernas flores
del amor mío!
Adorables emblemas
de mi cariño!
¿Qué os habeis hecho?.
Adios, flores del alma,
por siempre os pierdo.

V.

Coronadas de espinas,
la tierra ingrata
abandonen por siempre
mis esperanzas;
busquen del cielo,
en la región serena,
paz al deseo.

A LIDIA

(DE MI ÁLBUM ÍNTIMO.)

I.

Cuando la tarde vaporosa y triste
inunda en rojas tintas
la azul inmensidad donde mi espíritu
te sueña ó te adivina,
todo á mi enfermo corazón infunde
letal melancolía;
todo me habla de tí, dulce amor mío,
y tú tal vez me olvidas....!

II.

En la serena luz de tu mirada
está mi alma cautiva;
mi razón avasalla el invencible
poder de tu sonrisa,
y de tu voz en el secreto encanto
mi sér todo se abisma....
Y quieren separarnos para siempre!
y que de tí prescinda....!
¡necios! pedidme que de mí me olvide,
pedidme que no exista....!

III.

Dí á los verdugos que de mí te apartan
y así me martirizan,
que es imposible que tu dulce imagen
no guarde el alma mía.
Díles que hieran en mi pecho inerme,
aquí donde palpita
por tí mi corazón enamorado!
que acaben con mi vida!

IV.

Yo no sé qué fatal desasosiego
mi corazón tortura;
algo como un presagio doloroso,
como una amarga duda;
algo que me sonroja, que me humilla,
que á mi lealtad acusa
de necia candidez: ¿cómo dichosa,
ajena á mis angustias,
vives lejos de mí? pérfida, ingrata!
tú no me amaste nunca..!

V.

De todos los tormentos de mi vida
no es el mayor la ausencia;
porque vives en mi alma y el recuerdo
á la esperanza alienta;
no el imposible cuya negra cima
entre los dos se eleva;
ni de tu olvido el doloroso dardo
que mi lealtad recela....
no! lo que oprime en matadora angustia
mi corazón sin tregua,
es que jamás mis infortunios mires,
que nunca me comprendas!

VI.

¿Cuándo descansarás, pobre alma mía,
que amando lo imposible
vas tras la imagen de tus dulces sueños,
enamorada y triste....!
¿Cuándo la dicha alcanzarás que anhelas
y que tenaz persigues?
¿quién te dará lo que en el mundo buscas?
Lo que insensata finges,
¿en dónde encontrarás? ¡mísera! en vano
los poderosos diques
romper intentas que á tu bien te apartan!
¡ay, nunca serás libre!
¿Cómo hallarás lo que en el cielo esperas?
sigue soñando, sigue....
¡aún puedes delirar, pobre alma mía,
enamorada y triste!

A NISE.

Pues eres rubia,
donosa y linda,
rival del alba,
del cielo envidia;
y hay en tus ojos
que al sol eclipsan,
tan inefable
melancolía,
y hay en tus labios
tan dulce risa:
¿quién no te adora?
¿quién no te admira?
¿quién en el alma
de acerba cuita
la hiel no apura
sin tus caricias?
¡Ay de mí, triste!
la peregrina
visión hermosa
de mi alegría,
murió á tus plantas;
de honda desdicha
la imagen pálida
cerca mi vida.
¡Mujer funesta!
la inmensa dicha,
¡quién no gozara

que ansia infinita
y llanto eterno
y muerte abriga!
¡Quién no te viera!
en paz tranquila,
¡quién te ignorara!
Mas no, bendita,
bendita angustia,
la del que mira
tu dulce imagen,
y en agonía
de amor, las horas
pasa, y suspira
por tí, y los goces
y el mundo olvida,
y ama el martirio
y en tí se abisma.
Que á quien tu magia
falaz domina,
en los tormentos
su encanto cifra;
y cual la incauta
mariposilla
vuela á la llama
y en ella espira;
te busca ansioso,
su fe te brinda,
y en tus altares
se sacrifica....
¡Ay! que á los tristes
que tú fascinas,
sin la esperanza
la muerte es vida!

A MI DESCONOCIDA.

Esta es la última vez que delirando
á tu lado me miro, prenda mía;
esta es la última vez que me extasía
el eco de tu voz sentido y blando.

Te apartas de mis brazos, sollozando
al espirar el ruido de la orgía,
y me hablas de un edén, de un bello día
que vivo entre congojas aguardando.

Mas si es todo mentira cuanto veo,
si todo es sueño de falaz ventura,
engañosa ilusión de mi deseo,
que finge un ángel que delicia augura;
despierte de este hermoso devaneo
al dintel de mi triste sepultura!

A LA SEÑORA

LIZARDI DE ROSADO.

EN LA SENSIBLE MUERTE DE SU HIJA MARIA.

Si en la triste expresión de tu semblante
pude el quebranto interpretar, señora,
y la secreta angustia que devora
en ansia cruel tu corazón amante;

si pude perseguir tu delirante
pensamiento, vagando hora tras hora,
cabe la tierna imagen seductora
del caro bien perdido aún palpitante;

deja que al menos de tu suerte impía
mi pobre musa temple los rigores,
tu acerba pena haciendo propia mía.

Y porque en tanta soledad no llores,
permite que consagre á tu María
dulce ofrenda de lágrimas y flores.

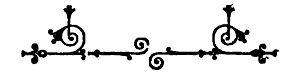
A DELFINA.

Oprime diestra el mórbido teclado
tu blanca mano, angelical Delfina;
y yo me siento á la mansión divina
en vehemente delirio arrebatado.

¿Qué magia hay en la voz de ese acordado
dulce instrumento que al vibrar fascina?
¿Por qué bajo tu influencia me domina,
y siento palpitar mi pecho helado?

¡Oh mujer celestial, gloria del arte,
que así rindes el alma á tus antojos,
feliz quien puede oirte y admirarte!

Yo lo sòy junto á tí, libre de enojos,
si por cada armonía puedo darte
una lágrima triste de mis ojos!



D. PABLO PENICHE.

MONOLOGO DE SAFO.

ESCRITO PARA LA SRITA. MANUELA PÉREZ.

(La escena: el promontorio de Léucade
á la hora del crepúsculo. Safo aparece en lo alto del peñón, coronada de laurel
y con la lira en las manos.)

Aquí fué, frente al mar; sobre estos riscos
á cuyo pié se agita el Ponto airado.
¡Qué negras son las ondas, (*Asomándose al precipicio.*)
y qué profundo el fondo del barranco!
¡Ese es el bosque, aquel el templo augusto
del dios Apolo; este es el sitio. ¡Oh Safo....!

Aquí por vez primera
le ví y le amé ¡cuán dulce es ser amado!
Aquí juróme amor, aquí el perjuro
juróme amor en falso....
aquí vengo á morir, entre esas olas
que saben su traición y ven mi engaño.

¡Qué negro está el abismo! (*Volviendo á asomarse á él.*)
¡Qué crüel debe ser la muerte abajo!
¡Oh Faón, tus desdenes y tu olvido
son más crüeles que la muerte, ingrato!....

Todo se muestra lúgubre y sombrío:
la tierra, el mar, el cielo encapotado
parece que de mi alma
reflejan la tristeza y el quebranto.
La noche va á caer; sombras de duelo
tiñen de oscuro el horizonte vago.
Has hecho bien ¡oh sol! en ocultarte
para no ver mi fin desesperado.

Desciende, oh negra noche,
y escóndeme en tu manto:
no salgas, casta luna,
ni vosotros brilleis, celestes astros.
Pero no; sed testigos
de mi muerte infeliz, brillad más claro;
sed las antorchas fúnebres y pálidas
que alumbren mi cadáver destrozado;
presenciad mi suplicio; y cuando él venga,
si os pregunta por Safo,
contadle mi agonía
y mostradle este risco ensangrentado.
Decidle que le amaba,
que le amé hasta morir, que, ciega, aún le amo
con atroz sufrimiento,
como se ama el dolor desventurado,
como se ama la duda,
como se ama al ingrato!

¡Oh Faón, si mi amor te importunaba,
mi recuerdo tal vez te sea amargo!
Acaso cuando sepas mi infortunio
te desgarre el pesar y viertas llanto
y ames inconsolable mi memoria,
ya que crüel mi pecho has desgarrado.
¡Ah! yo fuera feliz, aun en la tumba,
con sólo ese de amor póstumo halago!

¡Qué pavura! ¡Oh Faón!—Tiemblo y vacilo
al asomarme á ese antro... (*Luchando con la indecisión.*)
Las negras aguas chocan y se estrellan
con horrible fragor contra el peñasco.
Infundidme valor, piadosos Númenes!
(*Transición.*)

¡Ah! no os he dicho adios, objetos caros,
los que en la vida amé ¡con qué amargura
vuestro recuerdo á mi memoria traigo!—
Costas de Lesbia, do nací dichosa,
allá os diviso en el confín lejano;
lleguen junto á vosotras mis reliquias
y hallen allí la paz que anhelo tanto.
Yo quiero la quietud, quiero el reposo,
mas no el olvido ingrato;
vosotras guardareis con mis canciones
mi memoria y mi nombre infortunados.—
Playas del Helesponto á cuya orilla
mil veces con la lira me he sentado,
brisas que habeis llevado en vuestras alas
los ecos de mis cantos,
ya no oireis mis acentos.—Altos riscós,
agreste, oscuro bosque, verdes campos,
ya no resonareis con mis cantares;
pronto ahogará mi voz ese oceano.—
Ilusiones, ¡mentiras!
esperanzas, ¡engaños!
deliquios de ventura,
imágenes de gloria, ¡ensueños vanos!
ya no revivireis mis alegrías.
Dudas, temores, fieros desengaños,
celos, luchas del alma,
ya no redoblareis mi desencanto;
vais á acabar conmigo para siempre
y por siempre conmigo á sepultaros.—

Flores, prendas de amor que en otro tiempo
recibí de sus manos, *(Quitándose las que lleva prendidas en el seno.)*
id al fondo del mar, mustias y tristes,
á adornar mi sepulcro solitario.—[*Las arroja al mar.*]
Rama de verdes hojas *(Quitándose la corona de laurel.)*
que has ceñido mi sién, glorioso lauro
que para él conquisté, muere marchito
junto á mi cuerpo helado. *(Arroja también la corona al mar.)*
Y tú, lira de amor, dulce arpa mía
que acompañaste mis dolientes cantos,
tú que endulzaste mis amargas penas
plañendo amores y llorando agravios,
tú que también para gemir viviste,
muere, muere también rota en pedazos.
(Arroja también la lira después de romperla y se lanza ella en pos.)

LA ELEGIA DEL POETA.

En medio de la noche,
símbolo eterno del dolor humano,
y al través de un erial triste y sombrío,
marcha, solo y errante, como el genio
de aquella muda soledad, un hombre;
lleva en el alma la punzante espina
del mártir del dolor, y entre sus manos,
la lira plañidera del poeta.
Jadeante y con los piés ensangrentados
murmura alguna queja y se detiene
á descansar sobre las duras peñas
que cubren aquel yermo desolado.
Lleva la mano á su abrasada frente
de pensamientos dolorosos llena,
y evoca en su memoria los recuerdos
de su primera juventud perdida.
¡Cuánta ilusión fugaz! ¡cuántos delirios
rozaron esa frente con sus alas!
Piensa en su infancia, y á su mente acuden
de aquella edad las tiernas remembranzas,
como un tropel de mágicas visiones;
retorna á sus primeras ansiedades,
á la primera vibración de su alma,
á su primer latido, á sus primeros
impulsos de pasión, á aquellas horas
en que su virgen corazón se abría

á las primeras dulces emociones,
como se abren las flores
á las primeras gotas del rocío;
y dejando vagar su fantasía
por los recuerdos de esa edad dichosa
cuya pérdida llora,
coje su lira y sus tristezas canta:

"Mi espíritu era huérfano:
era muy niño aún y ya sentía
en el fondo más íntimo del alma,
ese vago deseo indefinible
de algo desconocido
que se sueña y que se ama.
No conocía el seductor halago
del corazón, pero ¡ay! lo presentía.
En las nubes del cielo vagarosas,
tal vez me figuraba
ver flotar mis ensueños indecisos;
las brisas me embriagaban
con aromas tomados á las flores,
y las aves y el ruido de las hojas
me hablaban un lenguaje misterioso
que yo no comprendía,
pero que impresionaba mis sentidos.
Gustábame estar solo
para entregarme al éxtasis del alma
y envolver mi ardorosa fantasía
en la atmósfera suave y voluptuosa
de los sueños de nácar.
¡Cuántas veces
imaginé subir hasta las nubes
y recorrer alígero sobre ellas,
como sobre un bajel aéreo y flotante,
el océano de luz de los espacios!
¡Cómo se dilataba mi mirada
por la infinita inmensidad del cielo,

y con cuánta amplitud se derramaba
en la naturaleza rebosante
el desbordado pensamiento mío!
Amaba los lugares más desiertos,
porque impregnaban mi alma
de esa melancolía dulce y grata
que la callada soledad respira;
acaso presentía mis pesares,
y era que el alma mía,
al sufrimiento ya predestinada,
debía desde entonces prepararse
á la tristeza y al dolor y al llanto.
Las fieras tempestades tropicales
mi ánimo enardecían,
y á las detonaciones de las nubes,
y á los bramidos hórridos del viento,
mi corazón latía y se ensanchaba,
como para habituarse á las borrascas.
¡Ah! y cuán presto debían desatarse
en el fondo de mi alma otras tormentas.....!

¿Por qué te amé? ¿por qué tan seductora
te mostraste á mis ojos, oh Poesía?
Yo descubrí tus mágicos encantos
en las reales y espléndidas bellezas
de la tierra y el cielo,
te he sentido latir, llena de vida,
en la naturaleza palpitante,
y he visto tus miradas
irradiar en la luz de las auroras
y en los tranquilos rayos de la luna;
yo he recibido en mi ardorosa frente
el beso cariñoso de tu boca,
he aspirado tu aliento en los perfumes
y he escuchado tu voz y tus suspiros
en las músicas eólicas del bosque
y en las notas del agua de la fuente.

Y te amé, hija del cielo,
divina, encantadora Poësía;
te amé por tu belleza, por tu forma,
tal vez por tus caricias,
antes de comprenderte,
antes de leer tu amor y tus deseos
escritos con miradas de relámpagos
en unos ojos de mujer ó de ángel.
Yo he visto á las ondinas
bañarse en los cristales de las fuentes,
he jugado con ellas y las náyades
á orillas de los ríos
y me he mecido con los silfos y hadas
en las flexibles ramas de los sauces;
he hablado con las ninfas de los bosques
y he sorprendido un día á los tritones
en el fondo del mar con las nereidas....
¿Quién lanzó mi dormida fantasía
á ese mundo quimérico de ensueños?
¿quién puso esas imágenes ardientes
delante de mi espíritu inflamable?
¿quién despertó mis ansias?
¿quién encendió la fiebre en mis deseos?
¿quién me enseñó á sentir?
Tú, Poësía;
tú forjaste en mi mente esos delirios
hijos de la locura y del engaño,
llenaste de ilusiones mi cabeza,
mi corazón de vanas esperanzas
y me hiciste sensible á tus halagos
para hacerme sentir más hondamente
con redoblada fuerza mis dolores.

¡Y te amo, te amo, hermosa despiadada,
causa de mi infortunio y de mis penas,
desgarradora y triste Poësía!

te amo con mis tristezas y mis lágrimas,
como se ama la duda,
como se ama á una ingrata,
como se ama la vida
desde el fondo de todas sus miserias.

¿Que te amo? No, mentira; te detesto,
causa de mis torturas y quebrantos,
enemiga crüel de mis venturas,
Poesía fementida;
hay en tí los encantos del abismo,
atraes y das vértigos al alma;
tu filtro es aunque dulce, venenoso,
tu belleza fascina pero engaña,
tu diabólico influjo magnetiza
pero trastorna la razón y mata......

¿Por qué me sedujiste, oh Poësía?
¿Por qué con el hechizo de tus gracias
alucinaste mis sentidos todos?
¿Por qué me prometiste verdes palmas
y rosas y laurel para mis sienes,
si es tu corona de punzantes cardos?
¡Ah! yo tal vez, sin conocerte, hubiera
sido feliz en mi apacible calma;
sin tus halagos pérfidos, acaso
yo hubiera hallado la soñada dicha
en los tranquilos brazos de mi suerte....

¡Mi suerte! ¡ah! no; perdóname,
piadosa compañera
de mis melancolías, luz bendita
de mis insomnes noches,
benigna hija del cielo,
consoladora y dulce Poësía;
sin tí ¿qué hubiera sido
de mi pobre razón y de mi vida

en medio de las luchas
y de la agitación de mis pasiones?
¡Cuántas veces, piadosa,
has calmado mis ánsias y pesares,
y cuántas has salvado mi conciencia
de la duda mortal y del delito!
Tú pusiste en mis manos esta lira
y me enseñaste acentos y armonías
para endulzar mis penas y amarguras;
tú elevaste en mi alma el sentimiento,
tú, con tu gran virtud, dignificaste
mis dolores y ungiste mi cabeza
con el óleo sagrado del martirio;
tú infundiste en mis creencias ofuscadas
la fe, las esperanzas,
y con tu luz bendita
iluminaste el interior de mi alma.
Como el carro de fuego de la Biblia
me arrebataste un día de improviso,
y como al grande Elías
me trasportasste al cielo.
¡Bendita tú, bendita tú mil veces,
hija de Dios, divina Poësía!"

Así cantó el poeta, y al perderse
en el espacio mudo
la última vibración, tomó su lira
como el mártir su cruz, y sacudiendo
su frente soñadora,
como para ahuyentar de ella la duda,
se irguió de pié y, errante,
siguió su incierta y fatigosa marcha
al través de aquel páramo sombrío.

ANTE LA TUMBA

DEL DOCTOR

GUSTAVO RUIZ SANDOVAL. (1)

FRAGMENTOS.

Hélo, allí está, bajo la yerta losa
de ese sepulcro lóbrego y sombrío
donde reina el silencio, allí reposa.
El Hado inexorable, cruel é impío,
arrebató su vida á la existencia
dejando en su lugar duelo y vacío.
. . . .
. . . .
. . . .
¡Murió Ruiz Sandoval! Llorad conmigo
sobre esta tumba silenciosa y triste
la pérdida del sabio y del amigo.

He querido conservar estos tercetos, compuestos en medio de las luchas de mi espíritu y á pesar de la duda filosófica que en ellos resalta, en honor del hombre benévolo cuyo recuerdo evocan; mas no porque subsista en mi ánimo la incertidumbre que fundaba esa duda.

También he suprimido, y declaro que por el mismo motivo que hago la advertencia anterior, varias estrofas personales, si es propio llamarlas así, en que dejando desbordar mi sentimiento, lamentaba la pérdida del que fué á la vez mi maestro y mi benefactor cuando vivía.—*(Nota del autor.)*

II.

Ya no le hemos de ver, no, ya no existe..!
La Primavera pasa, pero vuelve
y de nuevo verdor los campos viste;
no así el alma del hombre, que resuelve
el difícil problema de la vida
y que en la eterna oscuridad se envuelve.
La llama de la vida, ya extinguida,
no vuelve á iluminar nuestra existencia
para siempre jamás oscurecida.

***

¿Por qué no nos revelas ¡oh conciencia!
esos hondos misterios del destino
que no ha podido esclarecer la ciencia?
Revélale al espíritu mezquino
el ciego impulso del destino humano
y los designios del Poder divino.
¿En dónde está la clave de ese arcano
que contiene el secreto de la vida
y que, afanoso, el hombre busca en vano?
¿A dónde vuela el alma desprendida
cuando de la materia se desnuda?
¿Qué cosa es esa muerte tan temida?
¡Ah! la conciencia permanece muda
y el espíritu cae anonadado
en los negros abismos de la duda!

¡Jamás, jamás al hombre será dado
romper el denso impenetrable velo
tras que se esconde misterioso el hado,
y obligado á arrastrarse por el suelo,
en vano intentará, cual Prometeo,
subir y arrebatar su lumbre al cielo!

¡No, que impotente, encadenado y reo,
en castigo á su loco desvarío,
le roerá las entrañas el deseo!

III.

Esclavo el hombre del destino impío,
no puede contrastar la adversa suerte
ni sacudir su yugo á su albedrío,
y á los impulsos del destino, inerte,
atraviesa las nieblas de la vida
para hundirse en las sombras de la muerte.

***

¿Qué implacable deidad desconocida
nos arrebata, ciega y despiadada,
desde el albor primero de la vida?
¿Qué fuerza superior nos anonada?
¿Qué poder invisible nos domina
y nos reduce al polvo de la nada?

¿La nada....! No. La lumbre purpurina
del astro-rey, desde la excelsa altura
el orbe llena de su luz divina;
al calor de esa luz la gran natura
se despierta y anima y vive y crece
del universo en la infinita anchura:
por todas partes la creación se ofrece
con su existencia real, y hasta el vacío
al paso de los mundos se estremece.

***

¿Pudo el acaso incógnito y sombrío
armonizar la vida, el movimiento
y las leyes del mundo? ¡Desvarío!

Sólo en el insensato entendimiento
de la soberbia humana caber pudo
tan absurdo é impío pensamiento.
Cuando la duda me combate y dudo
y me rindo al temor, en vano, en vano
á la impiedad y á la soberbia acudo;
mi miedo agranda el formidable arcano,
y en vano lucho, exasperado y ciego,
por arrancar el velo con mi mano.
Inútilmente á mi dolor me entrego:
sólo la dulce fe calma y mitiga
la horrible incertidumbre en que me anego.



Porque en el alma que la duda hostiga,
nunca llega á borrarse totalmente
la blanca luz de la esperanza amiga.
El cielo azul brillante y trasparente
en la sombría tempestad se empaña
pero no se oscurece enteramente,
porque á través de la tiniebla extraña
del espeso nublado, el sol fulgura,
y alumbra el cielo y los espacios baña.

¿Quién tiembla ante la horrible sepultura,
si en su negra existencia la fe brilla
como un faro de luz en noche oscura?
¿Quién no bota á la mar su frágil quilla
si ve, aunque lejos, la risueña playa
que le seduce desde la otra orilla?
¿Quién en la vida su valor no ensaya?
y ¿quién, si le sostiene la esperanza,
en la lucha fatal cede y desmaya?

¡Felíz el hombre que confiado avanza
y en la visión del porvenir incierto
á las regiones de la luz se lanza!
Ese hombre vivirá después de muerto;
él hallará, tras de la losa fría
de la cerrada tumba, el cielo abierto.

IV.

....
Doliente humanidad, gime y solloza,
que el sabio que á tus males consagraba
su existencia y su afán, bajó á la fosa.
Viviendo para tí, no recelaba
que el contagio mortal que combatía
su preciosa existencia amenazaba;
y, firme en su benéfica porfía,
sacerdote del bien, con fe sincera
su misión filantrópica cumplía.
....
....
Allá vas, alma noble; allá te veo
pasar sobre el Estigio envenenado
sin beber de las aguas del Leteo;
dirijete al Elíseo reservado,
que el negro Flegetón está vacío
y el pavoroso Tártaro cerrado.

No has muerto, no; la muerte con sombrío
imperioso ademán te ha señalado
el duro lecho del sepulcro frío;
en él duerme tu cuerpo inanimado;
mas tu espíritu vivo está en el cielo
de la luz de los astros circundado.

⁂

. . . .

No, yo no puedo creer que tú hayas muerto
y que tu alma, cual llama transitoria,
se haya apagado; ¡nunca! eso no es cierto.
Aquí sólo has dejado tu memoria
y tus restos mortales y terrenos;
pero tu alma inmortal vive en la gloria
donde moran las almas de los buenos.

MUSICA SALVAJE.

A MI AMIGO Y CONDISCÍPULO, EL INSPIRADO PIANISTA

BENITO ROBLES.

Ya se hunde el sol tras el vecino monte
y la medrosa noche se aproxima
ennegreciendo el fúnebre horizonte.
Estoy solo, perdido en las entrañas
fragosas y sombrías
de inaccesibles y ásperas montañas,
en lo más intrincado de la selva
y á la margen musgosa de un torrente
que á mis piés, despeñado, se desata
en furiosa, rugiente,
indescriptible y rauda catarata.

Del bosque umbroso las espesas frondas
me impiden ver el golfo alborotado
que ofrece al sol un lecho entre sus ondas;
pero escucho el rüido
del agitado oleaje embravecido
que llega á mis oidos, imponente,
como el eco perdido
del fragoroso estruendo del torrente.

De pronto el huracán se desenfrena,
y á su violento y formidable empuje
el mar lejano ensordecido truena
y el bosque tiembla y se doblega y cruje.

Agoniza el crepúsculo y, en tanto,
como un oscuro funerario velo,
la noche extiende su enlutado manto
bajo la inmensa bóveda del cielo;
y el moribundo sol, allá á lo lejos,
desde su lecho ecuóreo triste envía,
con apagados lánguidos reflejos,
los resplandores últimos del día.

....

....

Un mar de oscuridad la selva inunda.
Quiero ver en la sombra y sólo veo
la densa lobreguez que me circunda.
Me afano por mirar......¡vano deseo!
la tiniebla profunda
anubla mi mirada y nada veo.
Tiendo la vista y la revuelvo en busca
de alguna luz perdida, pero ¡nada!
no acierto á atravesar con la mirada
la impenetrable sombra que me ofusca.
Alzo los ojos, y el espeso velo
de la tiniebla oscura
nubla mis ojos y me oculta el cielo.
Y solo y lleno de mortal pavura,
perdido en las entrañas
fragosas y sombrías
de estas enhiestas y ásperas montañas,
en medio del espanto redoblado
de una noche horrorosa
y de tinieblas lóbregas rodeado,

oigo el mugido horrísono y salvaje
del huracán airado
que sacude frenético el ramaje;
y en concierto estruendoso y compasado
completan la espantosa sinfonía
el eco ronco de la mar bravía
y el fragor del torrente despeñado.

Arrecia el huracán y, sacudidas
por gigante impulsión, ruedan al suelo,
del seno de las nubes desprendidas,
las cataratas bíblicas del cielo.

Todo es horror y confusión y espanto:
al ruido de la hirviente catarata,
al ronco mar y al huracán tremendo
se mezcla el sordo estruendo
del furioso turbión que se desata.

Súbitamente el cielo resplandece,
la atmósfera se enciende, el éter vibra
y el aire conmovido se estremece.
La atmósfera se apaga,
y en medio de la noche tenebrosa
en cuyo caos tormentoso vaga,
oigo á lo lejos retumbar el trueno
que parece crecer, desvanecerse,
morir y al fin perderse
del negro espacio en el profundo seno.

La tempestad avanza
y el espanto redobla y se acrecienta:

al horror de la noche aterradora
viene á añadirse ahora
el sin igual horror de la tormenta.

Un relámpago y otro el negro velo
de la tiniebla rasgan
intensamente iluminando el cielo;
y cien truenos retumban
y tiemblan las montañas
y se conmueve el suelo
en sus profundas cóncavas entrañas.
Y yo, junto á la margen del torrente
que con furioso estrépito resuena
pavoroso, imponente,
oyendo los bramidos
de la lluvia y el viento confundidos
y del lejano tumultuoso oleaje
los formidables hórridos rugidos
y de la selva el estridor salvaje,
al cárdeno fulgor no interrumpido
que alumbra aquella escena
que sublime á mis ojos se presenta,
de pie sobre el abismo engrandecido,
escucho estremecido
el horrendo fragor de la tormenta.
Y atónito, azorado,
lleno de espanto, con la vista incierta,
el cabello erizado
y el alma casi muerta,
del terror en el mudo paroxismo,
paréceme asistir al iracundo
tremendo cataclismo
que ha de romper y desquiciar el mundo.
. . . .
. . . .

Poco á poco la noche se serena,
calma la tempestad, la lluvia pasa,
y el huracán sus ímpetus refrena.
Las sombras se disipan
y con las sombras la inquietud de mi alma;
astros mil en el cielo resplandecen,
y los ecos del bosque se adormecen
y vuelve el mar á su tranquila calma.

Un instante después, sobre la duna
que borda el valle en el confín lejano,
majestuosa y gentil se alza la luna;
la espléndida, la hermosa luna llena
que brilla en el follaje, en la hojarasca,
en la cascada que incesante atruena,
iluminando con su luz la escena
que ennegreció poco antes la borrasca.



D. EUCARIO VILLAMIL.

D. EUCARIO VILLAMIL.

PAGINAS NEGRAS

—PROLOGO.—

Ideas, pensamientos que nacisteis
en los antros sin luz de mi cerebro;
id á rodar al mundo como ruedan
sin amparo ni amor los pobres huérfanos.

Rodad! rodad! llevando con vosotros
los girones de mi alma al desprenderos;
rodad! rodad! sin formas y al capricho
mendigos del amor mis pobres versos.

Si haraposos estais, si no os reviste
con dorados ropajes el talento,
para que no os rechacen por desnudos
id con el manto del dolor envueltos.

I

Como un pasaje más para la historia
que contarás de mí,
este libro yo dejo á tu memoria
escrito con el alma para tí.

II

Sé que al leer estas hojas
de mis versos te reirás;

mas no importa, que algún día
llorando en la soledad,
sobre estas páginas negras
tus lágrimas correrán.

III

Girón de espuma que flota
á impulsos del vendaval,
y de las ondas azules
se pierde en la inmensidad;

nave que surca perdida
del golfo el ancho cristal,
y sin timón es llevada
en alas del huracán;

nube que se alza y produce
brillante electricidad,
y se deshace en la niebla
para no volver jamás;

ave que abandona el nido
sin fuerzas para volar......
Eso es mi alma que anhelando
algo de la eternidad,
flota, surca, se alza y vuela
sin saber á dónde va.

IV

Lo que el cisne en la laguna
siente al último reflejo
de la luz, si moribundo
alza su canto postrero;

Lo que la flor de los prados
siente al purísimo beso
del sol que en ondas de oro
hasta ella baja del cielo;

lo que el pájaro en su nido
siente al cubrir con su pecho
al pajarillo que duerme,
soñando en alzar el vuelo;

eso es lo que enamorada
siente en medio de sus sueños
mi alma cuando su alma tierna
la despierta con un beso.

V

Cuando en las verdes copas de los árboles
miro flotar los vaporosos nidos,
y á las aves cruzar como saetas
el manto azul del piélago infinito;

quiero alzarme como ellas y deseo
abandonar la vida de la tierra,
formar un nido en las plateadas hojas
y volar! y volar! siempre como ellas.

VI

Quiero llevarte en alas de mi espíritu
al Niágara soberbio,
y allí sobre el abismo contemplarte,
y allí decirte lo que en mi alma siento.

Quiero llevarte, ven! entre las ondas,
de espumas formaremos nuestro lecho,
y estrechados los dos ardientemente
rodaremos atraidos por el vértigo.

Quiero llevarte, ven! pronto, muy pronto,
nuestras almas allí desposaremos,
por tálamo teniendo el hondo abismo
del Niágara soberbio.

VII

Chispa eléctrica que baja
del cerebro al corazón,
y en las entrañas produce
violento, extraño temblor;

volcán que estalla, se inflama
y en su rápida ignición
deshace la roca dura
con su fuego abrazador;

eso es la llama que llevo
dentro de mi corazón;
eso, mi ansiedad eterna,
eso, todo eso, mi amor.

VIII

Yo he visto en las mañanas
levantarse la niebla cuando ansiosa
del balcón del Oriente abre las puertas
la nacarada mano de la aurora.

Yo he visto entre sus gotas trasparentes
agitarse una vida voluptuosa,
y mundos invisibles
y espíritus que flotan,
se rodean, se besan, se contemplan
y se enlazan en formas caprichosas.

Yo morir los he visto cuando ardiendo
abre el sol las pupilas y se asoma
y han vuelto á renacer al otro día
al contacto de un beso de la aurora.

Y he deseado esos mundos, esa vida
eterna, ideal, sublime, misteriosa,
y morir ante el fuego de unos ojos,
y nacer al contacto de una boca.

IX

—¿Qué es el beso?
—El beso, mi alma,
muy difícil decirlo me fuera
si no hubiera sentido tus labios
palpitar cuando trémulos besan.
—¿Qué es el beso?..
—¿Tu beso?..Es la aurora
que se eleva entre nubes ligera;
—Es....?
—La estrofa que cantan las aves;
—Es....?
—La nota que gime el poeta;
—Es....?
—El beso que Adán dió temblando
en la frente purísima de Eva;
—Es....?
—¡El roce del ala de un ángel
en el rayo de luz de una estrella!

X

Si hay oro en las entrañas de la tierra,
si de oro el sol esmalta los reflejos
que ciñen los azules horizontes
en temblorosos cercos;

si hay oro en las arenas de los ríos,
oro en las chispas del ardiente fuego,
oro en el fondo del abismo oscuro,
oro en la luz, el mar, la tierra, el cielo....

Al mirar la ondulante cabellera
que magnífica rueda por su cuello,
¡no hay oro como el oro
con que suele esmaltar sus rizos negros!

XI

Oid! oid! la música del cielo
se desborda en torrentes de armonía:
¿Qué pasa en este instante? ¿Qué sucede?
¡Es que su alma se junta con la mía!

XII

A veces pienso que el amarte tanto,
causa será de que me muera pronto,
y tengo miedo y tiemblo y un instante
paso febril y delirante y loco.

Y pienso con tristeza que algún día
me dejarás abandonado y solo,
y siento que mi alma se desgarra
y me estremezco suspirando y lloro.

Pero al ver las sonrisas de tus labios
y al sentir las miradas de tus ojos,
vuelvo á vivir y olvido lo pasado,
vuelvo á vivir y se me olvida todo.

XIII

Negros son los cabellos de mi amada,
ardientes de sus ojos los destellos;
cuando celosa está mi apasionada,
¡nubes de tempestad son sus cabellos!
¡rayo de tempestad es su mirada!

XIV

Era la noche, el rocío
hasta la flor descendió;
rodó entre sus blancas hojas
y triste gimió la flor....

Fué la noche, aquella noche
en que mi alma te adoró,
y fué el rocío mi llanto,
y la flor tu corazón.

XV

No quiero que las aves que te cantan
se acerquen mucho á tí,
temo que me arrebaten tu cariño,
y, ¿qué será de mí?
No quiero que las flores que cultivas
pongas sobre tu sién,
temo que te enamoren, vida mía;
me dan celos también!

XVI

Abriendo tus dulces labios
esa noche—¿la recuerdas?—
Me preguntaste: "¿por qué
brillan tanto las estrellas,
si en otras noches tan claras
apenas brillan, apenas?"
yo responderte no pude,
—¿Recuerdas?—en el momento,
pero al ver tus grandes ojos
lanzando vivos destellos,
sobre aquel cielo, muy fijos,
contemplando los luceros;
te dije, entonces, te dije:
"¡Es porque miras al cielo!"

XVII

Se abren los cielos y las hojas se abren
á recibir las gotas de rocío;
si el cielo de sus ojos vierte llanto
á recibirle se abre el labio mío!

XVIII

Deja que pasen lentos los años
con sus engaños
y su traición;
que nuestra vida
será querida
mientras formemos un corazón.

Deja que pasen los otros seres
entre placeres
y entre pesar,
miéntras guardemos llenos de flores
nuestros amores
en un altar.

Vivamos solos en dicha y calma
léjos del mundo fascinador;
mientras formemos una sola alma,
mientras formemos un corazón.

XIX

Auras, brisas y céfiros, ¡silencio!
ella es que viene ya;
no susurreis las hojas, acallaos,
miradla nada más!
No interrumpais la música sonora
que ella deja al pasar;
id en silencio á acariciar su frente;
¡mirad cuán bella está!

XX

No quiero que te vayas de mi lado,
no te apartes de mí;
si te llevas mi alma entre tu pecho,
¿cómo podré vivir?

No quiero que te vayas, no te alejes,
mi ser lo debo á tí;
si te fueras con mi alma, moriría,
y no quiero morir!

XXI

Que es voluble y altiva y orgullosa,
me dicen sin cesar;
¿quién me priva creer que por envidia
tal vez me lo dirán?

"Es voluble, orgullosa," me repiten;
¡qué gran contradicción!
¿Ser altiva y voluble al mismo tiempo?
es imposible. ¡No!

Mas cuando esto riendo satisfechas
las amigas me dicen sin cesar,
les vuelvo las espaldas y respondo:
"sed lindas, como ella, y bastará."

XXII

Dios decretó el amor que por tí siento
aquí en mi corazón:
¿cómo podré olvidarte, vida mía,
si es decreto de Dios....?

XXIII

Era la oscuridad que presagiaba
desatarse en horrible tempestad;
desde mi lecho el cielo contemplaba,
y cerrando los ojos exclamaba:
¡negro, muy negro como mi alma está!

XXIV

Sin cantos y suspiros para darte,
sólo puedo ofrecerte
mis lamentos de fúnebre pasión,
y no puedo olvidarte
ni dejar de quererte,
que es de amor inmortal mi corazón.

XXV

Aquella blanca aurora iluminaba
con su radiante luz;
vino la tempestad, cambió la aurora
en fúnebre capuz.
Con luz de su pupila brilladora
sus ojos me alumbraron;
pero ay! tan negros eran
que sombras me dejaron!

XXVI

Es verdad! es verdad! me lo decían
y creerlo no quise;
cuánto lloran mis ojos, pero cuánto
mis labios la maldicen!

XXVII

Cuarteado templo
que se derrumba
al fuerte soplo
del aquilón,
ráfaga de aire
y sombra y nada
eso es mi alma,
eso mi amor.

Dórico templo
que se levanta,
lámpara de oro
que arde ante Dios,
vapor de incienso,
santuario místico,
eso es tu alma,
eso tu amor....

Templo y santuario caerán por tierra,
incienso y lámpara se extinguirán,
y ruinas y aire, y sombra y nada,
como mi alma, tu alma será!

XXVIII

Yo sé, pues me lo han dicho,
quién fué la causa;
mejor hubiera sido
que un puñal sepultara en mis entrañas.

De su facilidad yo no me admiro,
ni el que me olvide la atención me llama;
mucho más me admirara su cariño
no pudiendo saber lo que es mi alma.

XXIX

Dicen que la alegría va fingiendo;
¡costumbre de usar máscara!
pero no puede hacer lo que yo hago;
reir con lágrimas!

XXX

Niega mejor al cielo su hermosura,
al mar su majestad;
niega al tiempo su marcha progresiva,
y será natural.

Niega que existe el alma, no me importa,
así creerás cual yo;
pero no niegues, no, que me has herido
y....¡cobarde!....á traición.

XXXI

Que te quiero y te amo
como al rayo de sol ama la luz,
como te amas tú misma,
lo sabes tú.

Que me quieres, que me amas
como á su luz el sol,
como me amo á mí mismo,
lo ignoro yo.

Que tu amor es inmenso, verdadero,
inmortal como el alma de un querub,
como un astro del cielo
lo dices tú.

Que mi amor infinito es imposible
que lo destruya Dios,
y que otro igual no encontrará tu alma,
lo afirmo yo!

XXXII

"Dame un beso,—te dije—y al instante
en las mejillas el rubor sentiste,
y apartando sin verme, tu semblante,
"tengo miedo," temblando me dijiste.

¡Tengo miedo! mas luego dulcemente
con tus labios mis labios comprimías......
me viste y al sentir mi beso ardiente,
"¡tengo miedo!" llorando repetías.

XXXIII

Después de aquella escena inolvidable
se pasaron dos años;
llevaba todavía en sus mejillas
el sello de unos labios....

Y aún pasa junto á mí como si nunca
hubiéramos hablado;
pero el sello lo lleva todavía;
no ha podido borrarlo.

XXXIV

De espaldas me encontraba
á la puerta del templo,
cuando oí el rumor acompasado
de unos pasos ligeros....
Era ella; iba vestida
con traje negro.

Volví los ojos y exclamé al mirarla:
¡es muy hermosa! pero....
lástima da que el corazón y el traje
lleve tan negros.

XXXV

"Imbécil"—me decía un buen amigo,—
"no la quieres y lloras."
¡Oh corazón, lo que mis labios dicen,
desmintiéndolo estás á todas horas!

XXXVI

Despierto....? la miro siempre,
y aunque mirarla no quiero,
se aparece ante mis ojos
y á cada instante la veo.

Dormido....? sueño con ella,
y multitud de recuerdos
en tropel unos tras otros
se vienen á mi cerebro.

Muerto....? tal vez de la tumba
cuando descanse en el seno
la miraré con el alma
ó con mis ojos de muerto......

Sí; tal vez hasta la tumba
me seguirá su recuerdo;
¿cómo quieren que la olvide,
si en la eternidad la veo!

XXXVII

En la luz que revienta en chispas de oro,
del sol ardiente en los dorados hilos,
en la espuma que tiembla y se dilata,
en la onda azul del lago cristalino,

en la brisa que llora entre las flores,
en las espesas frondas de los álamos,
en los nidos que flotan recogidos
bajo las anchas hojas de los plátanos;

en el rumor de un beso que se apaga,
en el rayo de luz de una pupila,
en la nota que se abre, que se abre
lanzada como el ay de una armonía;

te ha buscado mi alma, y con asombro
he visto y por desdicha,
que no puedes hallarte donde ella,
ideal te suponía.

XXXVIII.

Navego y sin timón flota mi barca;
dadle aire y luz y espacio que no acabe,
aunque al rugir la tempestad, sin velas
en el mar del dolor se hunda la nave.

XXXIX

No sé aún en qué tiempo,
—tal vez mientras dormía—
quité el polvo del arpa
y empecé á coordinar sus armonías.

Sólo sé que una noche
vino á hablar á mis oidos la poesía,
y la vi.... ¡qué hermosa era!
Recuerdo que me dijo: "¡resucita!"
Y aún no he resucitado,
y aún duermo todavía.

XL

Los codos apoyados en la mesa
y en las manos la barba,
leía una novela; era "María,"
aquel poema del alma!

El quinqué que al extremo de la mesa
vertía su luz diáfana,
el rostro virginal de aquella niña
en claridad bañaba.

Contemplé largo tiempo aquellos ojos
que el libro devoraban;
dobló la última hoja, y en silencio
permaneció inclinada,

sobre el libro, poema de ternura;
yo creia que lloraba;
pero al alzar el rostro, la ví alegre,
y dije: ¡ni una lágrima....!

XLI

Eres el todo tú, en tí se guarda
bajo toda su forma el universo;
lo material lo tienes de la tierra,
lo inmaterial, del cielo.

Del cielo; el santuario en que se forja
oculto el pensamiento;
de la tierra; las formas que enloquecen,
—lo único verdadero.—
Hasta en tu corazón existe un algo
de ese todo, el infierno!

XLII

Y por qué—digo yo—no he de quererla
si me ama? ¡qué sarcasmo!
¡cómo puede querer la que no tiene
una gota de llanto?

Pero sus bellas formas, su hermosura,
sus negros ojos me fascinan tanto,
que quisiera besarla aunque sintiese
al darle el beso, que besaba un mármol.

XLIII

Yo no pude brindarte más que amores,
por eso en vez de amar...aborreciste;
yo no pude brindarte más que flores;
de ellas, dime, ¿qué hiciste?

XLIV

Si una roca sufriera lo que sufro,
si una roca sintiera mi pesar,
tornárase tan débil como el aire,
frágil como el cristal.

XLV

Era mi vida un cielo
        lleno de luz,
terso, sereno, claro,
        limpio y azul;
era mi vida un cielo
        deslumbrador,
flotaba en él, sereno
        de amor un sol;
ni una nube empañaba
        su claridad;
cuando te ví....la sombra
        se empezó á alzar.

XLVI

Se va la golondrina
que triste y solitaria
ansiando primavera
buscó tu corazón;
se va la que dejando
la niebla funeraria
voló porque era tiempo
de alzarse á otra región.

Se va la golondrina,
la pobre enamorada
que un nido no encontrando
de amor para vivir,

al verse por el mundo
viajera abandonada,
las plumas de sus alas
plegó cerca de tí.

Se va la golondrina
que herida por los hielos
creyó que era un abrigo
tu pecho de mujer;
se va la golondrina!
la noche entre sus velos
la envuelve, y ya se aleja..
y nunca ha de volver..!

Se va la golondrina!
sus alas tiende al viento....
el soplo de las nieves
sintió también en tí....
ay! pobre golondrina
que cruza el firmamento,
¡quién sabe á dónde, á dónde
se va para morir....!

XLVII.

Poema de ternura,
de ternura infinita
entre mi alma llevo
en esta triste vida;

tú no le has comprendido,
porque del alma mía
no puedes ver las ansias
de sed en que se agita.

Triste es cuando en el mundo
tan lleno de mentiras,
se pasa la existencia
mintiendo con la risa.

y más cuando cruzando
por esta triste vida,
es un poema el alma
de ternura infinita.

XLVIII

Safo, de amor está sobre el abismo
y en el abismo á sepultarse va;
tiene su triste lira entre las manos
y el Leúcade le forma pedestal;
va á morir con *su* amor porque *él* lo quiso,
será su tumba el anchuroso mar......!

Se halla mi corazón sobre un abismo
y en ese abismo á sepultarse va;
tiene el dolor impreso entre sus fibras
y tú de pedestal le servirás;
va á morir con su amor pues *tú* lo quieres,
ay! la tumba en que duerma, ¿cuál será....?

XLIX

Otro ser hallarás en este mundo
que te pueda brindar oro, riquezas,
brillantes y placeres sin igual;
pero ternura, amor y sentimiento
cual yo te puedo dar,
¡egoista es el mundo, no has de hallarlo!
imposible, jamás!

L

Una vez el engaño puede darse,
pero dos veces, no;
"le amo," decían los ojos y los labios,
y, "no le amo" gritaba el corazón.

LI

¿Por qué será que cuando muere el día,
en esas tibias tardes,
extraña y melancólica tristeza
nuestro espíritu invade;

Y se piensa y se sueña en otros mundos
eternos, insondables,
y ansia de lo infinito nos domina
y se llora sin lágrimas....? quién sabe....!

Si hay algo de misterio incomprensible
que fascina y atrae,
yo no sé; pero á veces he deseado,
morir en esas tardes!

LII

Cuando nuestros amores concluyeron,
yo busqué á sus amigas
que por cariño ó interés, ¡quién sabe!
entonces lo eran mías.

Les pregunté lo que de mí pensaba,
si algo les decía,
si de mí, procuraba en las reuniones,
que le dieran noticias....

Y cuando me dijeron que estaba ella
como nunca, tranquila,
que no pensaba en mí, que ni una lágrima
por mí vertido había,

Disimulé el dolor, en mi despecho
sentí mi alma rebosando en ira,
y entonces comprendí lo que la amaba,
lo mucho que la amaba todavía!

LIII

Esos días de otoño en que el crepúsculo
temprano anuncia que la noche llega,
y el cierzo helado arranca de los árboles
la pobre vestidura amarillenta;

ese triste silencio de sus noches,
el son eterno de las hojas secas,
el ruido monótono y constante
de la lluvia al caer en la arboleda;

¿por qué de melancólicos recuerdos
el pensamiento pueblan?
¿Por qué hablan un lenguaje que hasta el fondo
del corazón penetra?

¿Por qué hacen ¡ay! que nuble mis pupilas
un llanto que no rueda?
¿Por qué entristecen mi alma?
¿Por qué me la recuerdan....!

LIV

Me espera en puerto la nave,
y se impacienta el barquero,
y me dice que no vuelve
á dar fondo en este puerto....

Con una cuerda sujeta
tienen dos hombres la nave
sobre el abismo horroroso
que á sus piés hambriento se abre.

Sueltan la cuerda....la dejan,
y de allí saltan al punto....;
mar sin olas ni riberas
mar insondable y profundo....!

Voy á embarcarme; si quieres,
juntos iremos tú y yo;
es algo estrecha la nave
pero cabemos los dos.

LV

Quisiera tener alas
para poderte llevar allá, muy léjos,
allá donde las blancas nebulosas
se acarician y besan con el cielo;
y allá vivir los dos en las estrellas,
formar de luz nuestros flotantes lechos,
sintiendo á nuestros piés rodar los mundos
y llevando en la frente el firmamento.
Pero pensar en cosas imposibles
y hablarte á tí de eso
es,—perdona, lo digó con franqueza—
perder en necedades nuestro tiempo.

LVI

Era aquella estación tan negra y fría,
de inmensa soledad....
al pensar que mi vida concluiría
me puse á meditar,
que era triste vivir entre los muertos,
pero era mucho más
sentir el corazón yerto y vacío,
el alma muerta ya.

LVII

Cómo cambiar en horas de placer
mis horas de pesar..?
¿Amando á otra mujer?
Ay! amando una vez,
cómo volver á amar, cómo olvidar?....

LVIII

Cuando juntas dos aves en el nido
modulan su canción,
hay algo que nos dice al sentimiento
que su canto es amor.

Cuanda una ave perdida entre los montes
entona su cantar,
hay algo que nos dice con tristeza:
su canto es de pesar....

Cuando unida tu alma con mi alma
entonaban su canto de placer,
una voz dulce y clara me decía:
¡cuán tierno el canto es!

Hoy que mi alma perdida en sus dolores
ha empezado á llorar,
una voz de consuelo no me dice:
¡canta y no llores más!

LIX

Páginas blancas ha dicho
que forman mi historia cierta,
y que no se encuentra alguna
con una sombra siquiera....

Tal vez será! pero sabe
que basta con que las lea,
para que al punto se tornen
todas en "Páginas Negras."

LX

Alza un templo el creyente,
y llenándolo de oro y de perfumes,
se postra reverente

á elevar á su Dios pobre oración,
y ese Dios compasivo,
en cambio de aquel oro y del incienso
le da su bendición.

. . . .

No como ese creyente; yo elevaba
pobre templo á su amor,
ella al ver en sus aras sólo flores
de suavísimo olor,
no encontrando sn orgullo satisfecho,
maldijo mi oración!

LXI

Cómo quieren que diga que eres buena
si no lo puedes ser,
si has causado á mi pecho tanta pena....
imposible! mujer.

LXII

Yo he gozado y mis labios
he visto con placer reir de todo,
y he hallado quien celebre mi alegría
y han formado á mi risa alegre coro.

Yo he sufrido y mis lágrimas
he mirado rodar por mis mejillas,
y caer las he visto sin que nadie
á secarlas acuda en mis pupilas.

LXIII

Ay! si supieras cómo tengo el alma
no te burlaras, no, de mi dolor....
es verdad que me han dicho que tú tienes
en veneno bañado el corazón!

LXIV

Tus ojos me engañaron porque en ellos
vi algo celestial;
ángel me pareciste, y era cierto......
ángel eras del mal!

Perdóname, mi bien, tanto delirio....!
¡Perdóname, mi amor....!
Yo no sé lo que digo....en mil pedazos
siento que se me rompe el corazón!

LXV

Tú eras la luz en el supremo instante,
yo era la oscuridad;
tenía la luz que hundirse entre la sombra,
ó la sombra tornarse en claridad.

Estar sola la luz sí puede darse,
ó la sombra no más;
pero unidas á un tiempo luz y sombra
imposible! jamás!

LXVI

Cuando vuelva la alegre primavera
con sus hermosas flores,
y vuelvan á cantar en los jardines
los tristes ruiseñores;
cuando vuelvan tambien las golondrinas
á fabricar sus nidos,
y entonar sus tristísimos cantares,
sus lánguidos gemidos;
tal vez mientras yo sufro silencioso,
olvidarás los días
en que con dulce voz, tierna, muy tierna,
llorando me decías:

"como ese ruiseñor que triste canta,
así quiero cantar;
como esa golondrina que tanto ama,
así te quiero amar;
como esa flor que para el aura vive
así quiero vivir,
cargada de perfumes y rocío
tan solo para tí....!"
Olvidarás tal vez otras escenas
que ya no volverán,
y que sufro y que te amo todavía
tal vez olvidarás!

LXVII

Yo quiero como *Verne*,
emprender algún viaje subterráneo,
y llegar á las fraguas donde activos
forjando están la vida de la tierra
los genios del abismo.

y ver si ellos me forman
con el ardiente fuego de sus lavas,
una mujer que me ame, aunque sea
un abismo con alma.

LXVIII

¿Por qué tu voz que tanto me llama
no me vuelve á llamar?
¿por qué tus ojos que me veían tanto
me dejan de mirar?

¿Por qué si en otro tiempo suspirabas
estando junto á tí,
hoy que me encuentro lejos de tu lado
no suspiras por mí?

¿Por qué si en otro tiempo me arrancaste
del pecho el corazón,
hoy al dejarme abandonado y solo,
no me lo vuelves, no?

¿En dónde estás que el llanto de mis ojos
no vienes á enjugar?
¿Por qué te alejas si te llamo tanto?
Mi amor! en dónde estás....?

LXIX

Cuando recuerdo el tiempo que ha pasado
tan lleno de esperanza y poesía,
y aquel tiempo comparo
con el presente día,
siento en el corazón tanta amargura,
que el pensamiento mío
vuela á esconderse fúnebre y sombrío
al fondo de una negra sepultura.

LXX

Qué crueldad, qué crueldad es ir soñando
en elevar el alma hacia otro mundo,
y elevarse y llegar....pero al tocarlo,
de un abismo caer en lo profundo.

LXXI

Pálido está mi rostro y demacrado;
¿sabes, mi bien, por qué?
De tanto meditar cómo es posible
la maldad en una alma de mujer.

La duda me destroza, nada creo;
¿sabes, mi bien, por qué....?
Porque tú me enseñastes el engaño,
y ya no tengo corazón ni fe....!

LXXII

Sabe: si en otro tiempo dulcemente
te besaba la aurora nacarada,
al despuntar su luz por el Oriente;
que mañana al nacer con la alborada,
no irá el beso de luz sobre tu frente
porque tu frente la hallará manchada!

LXXIII

Cuando miro su artística cabeza,
la perfección divina de su cara,
y contemplo sus ojos adormidos
y su boca entreabierta, me arrebata.....
es una hermosa estátua de la Grecia
por inspirado artista modelada.

Y me digo en silencio y á mí solo:
si es hermosa la estátua,
más hermosa sería si pudiera
amar y tener lágrimas.

LXXIV

Loco dices que soy porque mis versos
tienen esa ansiedad en que me agito,
porque dejo correr como el relámpago
el volador corcel del genio mío....?

Loco soy, es verdad; mas la locura
me arrastra hasta el delirio
cuando veo espantado que solo eres
figura de granito!

LXXV

Ya no quiero escuchar las dulces notas
que en un tiempo mejor,

escuché contemplando aquellos ojos,
latiendo el corazón!
Antes llenaban mi alma enamorada
de ternura y amor,
hoy la llenan de angustia y desengaño,
de sufrimiento atroz!

El ritmo melodioso de aquel tiempo,
¡tiempo de bendición!
no era tan melancólico y tan triste
como el que oyendo estoy;
algo había de placer y de ternura
en sus notas de amor,
algo que el corazón estremecía
sin comprenderlo yo!

Hoy la música es triste y melancólica,
su ritmo es funeral;
hoy no miro sus ojos, esos ojos
que herían al mirar.....!
Todo ha cambiado, todo, desde que ella
sin escucharme más,
me abandonó sin ver que desgarraba
mi alma, sin piedad!

....

En este mismo instante en que hoy escucho
la música tocar,
recuerdo aquellos tiempos de ventura
que nunca volverán....
En este mismo sitio en que la hallaba,
la estoy viendo cruzar!....
Y no puedo sufrir tantos dolores;
de este sitio arrancadme por piedad!

LXXVI

¿Ves esa nube solitaria y negra
que se alza en el zenit

y que crece al embate de los vientos
enlutando el zafir?

Sabes tú lo que anuncia al extenderse
esa nube fatal......?
anuncia que en horribles tempestades
los cielos romperán.

Pues bien; como esa nube, entre mi alma
se alza y crece el dolor,
y anuncia tempestades que muy pronto
han de romper aquí en mi corazón.

LXXVII

Quereis saber quién es aquella dama
que en traje negro va?
Preguntadlo á una noche tempestuosa
y ella os responderá:

"Pedazo de mi manto desprendido
es la que veis cruzar,
sombra de mis entrañas arrancada
que arrastra el huracán."

Y si quereis creer lo que ella os diga
venidme á preguntar,
que ya os responderé como la noche,
en mi sombra fatal:
"Es cadáver que marcha por el mundo,
es sombra de mujer y nada más!"

LXXVIII

Tal vez mañana al verte abandanada
te acordarás de mí;
tal vez me llamarás con la mirada,
y yo, al verte llorando abandonada,
me acercaré hacia tí.

Tal vez tu corazón mudo, sombrío,
sin fé, sin ilusión,
marchito ya por el destino impío,
vuelva á unirse cadáver con el mío,
después de aquel adios!

LXXIX

Oye: es la última vez, vengo á decirte
que me mata el dolor,
que la herida que hicistes en mi pecho
y al corazón tocó,
aun gotea la sangre todavía
que vierte el corazón....

Te lo vengo á decir, porque pudiera
en mi horrible dolor,
con esta sangre salpicarte el rostro
como duro castigo á tu traición!

LXXX

Vendrán de aquellos tiempos venturosos
los días otra vez,
se desharán las nieves del invierno,
y de esencias y flores tus jardines
se adornarán también.

Vendrán de aquellos días de ternura
las horas otra vez;
indiferente, fría y sin memoria
proseguirás impávida la senda
que te trazaste ayer.

Vendrán de aquellas noches misteriosas
la sombras otra vez;
y como entonces velaré á tu lado,
y como entonces buscaré tu imagen,
y no la encontraré.

Vendrán de nuestra dicha aquellas horas
otra vez y otra vez;
y mientras tú sonrias placentera,
yo en la desierta soledad del mundo
en mi retiro lloraré....¿por qué....?
porque la muerte el alma no me arranca,
Dios mío! de una vez!

LXXXI

Las lágrimas ardientes mis mejillas
quemaban al tocar;
estaba yo á tu lado y me dijiste
¿por qué llorando estás?

Ahora lloro y el llanto de mis ojos
me quema al resbalar;
¿por qué no vienes á enjugar mi llanto?
mujer, ¿en dónde estás?

LXXXII

Yo no sé, pero siento
A veces que me agito aquí en la tierra
sin rumbo y sin camino
pensando sin ideas,
sin sentidos sintiendo
á merced nada más de la materia;
y siento que mi espíritu
cabalgando en una águila altanera
se remonta al espacio,
cruza esferas y esferas,
surca mundos y mundos,
baja y vuelve á subir, se agita, vuela,
llega á las nebulosas
trepándose por soles y planetas,
y loco y atrevido,
allí....arranca una estrella,

allá....rompe una luz, cruza las nubes
y volviendo á montar su alada fiera,
burlándose de todo cuanto mira,
vuelve al sucio ropón de la materia!

LXXXIII

Cuando sepan que he venido
al mundo para sufrir,
y sea huérfano y pobre;
habrá quien se acerque á mí....?

Cuando vean los harapos
que entonces he de vestir,
y mendigue una limosna;
habrá quien no huya de mí....?

Cuando sepan que ya he muerto,
y me vean conducir
á enterrar al campo-santo;
quién se acordará de mí....?

Quién se acordará de mí!
cuando sé que á los que mueren,
aunque ricos los olvidan
porque saben que no vuelven!

LXXXIV

La he visto el otro día
al cruzar el jardín;
con una amiga suya
estaba allí......

Pude disimular aunque sentía
mi corazón latir,
y pasé indiferente, y ella entonces
se fijó mucho en mí;

estaba flaca, pálida, ojerosa,
sus labios sin carmín;
parecía decir con la mirada,
más, no puedo sufrir....!

Vacilé, quise hablarla, pero al punto
de hacerlo me detuve, y dije al fin:
después de lo pasado entre nosotros,
si sufre, no es por mí!

LXXXV

Siento á veces que mi alma arrebatada
abandona mi cuerpo
y va buscando un mundo que ha soñado.
¿Dónde estará ese mundo que no encuentro?
Decidle por piedad en dónde se halla;
decidlo por piedad, porque yo quiero
que el alma al encontrar ese otro mundo
deje en la tierra descansar el cuerpo.

LXXXVI

Cuando veas llevar algún cadáver
en un pobre ataud negro y sombrío,
no preguntes á nadie ¿quién será?
Guarda silencio y ruega
por el que ha muerto ya;
á nadie le preguntes de ese muerto
que puede tu conciencia contestar,
levantando su voz para decirte:
vé quién es; ¡criminal!

LXXXVII

En el rincón de una ciudad ruinosa
olvidada y oscura,
me he encontrado en un templo

de gigantesca cúpula;
he visto sus ojivas de colores,
los altos monumentos de sus tumbas;
he visto sus altares adornados
con lámparas y cruces y figuras,
una vírgen cubierta
tras los rotos cristales de una urna,
y de un altar al pié, arrodillada
una triste mujer pálida y muda,
levantando la losa
de una humilde, olvidada sepultura!

LXXXVIII

De mi amoroso hogar pobre proscrito
camino y voy llorando
sin ver el porvenir.
Quién es le causa de que viva errante?
quién es la causa de que llore así....?

LXXXIX

Ya no lloraba cuando oí un gemido
fúnebre, aterrador;
después un llanto lastimero y triste
que heló mi corazón;
y estaba solo, solo abandonado
en aquella ocasión.
Quién pudo sus lamentos y su llanto
unir á mi dolor!

XC

El nido está sin aves,
el huerto está sin flores,
la virgen solitaria
solloza de dolor;
del sol de la esperanza

perdidos los fulgores,
de funeraria noche
muy cerca los negrores,
del corazón que amaba
muy lejos el amor....!

De aquel santuario inmenso
¡que ni las ruinas queden!
á nuestro amor ya muerto
¡formemos el panteón!
y ya que nuestras almas
unirse nunca pueden,
dejémoslas que solas
hasta el abismo rueden,
y al borde del abismo
digámonos adios!

XCI

Donde exista el imposible
más difícil de vencer;
donde no exista el presente,
ni el mañana ni el ayer;

donde no haya amor y ruido
que turben la soledad,
donde no exista ese sueño
que el alma viene á turbar;

donde todo esté vacío,
donde no exista la luz,
donde no exista ese lazo
que ata la cuna al ataud;

donde halle límite el cielo
que mida la inmensidad,
donde no exista el misterio
que envuelve la eternidad;

donde termine tocando
el horizonte á su fin,
donde no exista la vida,
allí me verás á mí....!

LCII

Dime hoy adios; por un momento solo
me apartaré de tí,
mañana en otro mundo diferente
me encontrarás á mí.

Tu alma, pobre esqueleto carcomido
á mi alma se unirá;
nuestros cuerpos al verlas tan unidas,
también se estrecharán.

Sí; nuestros cuerpos, esqueletos fríos
se juntarán también,
y rodarán unidos á la tumba
para jamás volver!

XCIII

Ayer en el templo
postrada de hinojos
lloraba una virgen
tal vez de dolor!
Miraba una tumba
y alzando los ojos
al cielo pedía
tal vez su perdón!

Después tristemente
sus labios besaron
la losa sombría
que guarda el panteón;

doblóse su llanto....
sus manos temblaron....
y un grito del alma
su pecho exhaló....

....

Mañana otra tumba
verán tristemente
de un ángel de piedra
abrirse á los piés....
¿Habrá en este mundo
quien triste y doliente
se acerque á mirarla
llorando después ...?

XCIV

Cediendo al fin á mi dolor intenso,
el sueño hasta mis ojos descendió;
pero soñé al dormirme que muy cerca
de aquella habitación,
cavaban un sepulcro lentamente,
y temblando de horror,
veía un cadáver rígido, enclavado
al dintel del panteón....
Exclamé entre mi sueño, ¿quién sería?
Dí un grito de terror,
y desperté muy triste, pues soñaba,
que aquel muerto era yo!

XCV

Soñé morir! espíritus errantes,
sentí flotar sobre mi frente helada,
y triste como el eco de las tumbas,
oí batir sus impalpables alas.

Soñé anoche al dormirme que había muerto;
oí en mi derredor voces extrañas;
y entre el llanto y los gritos,
los ayes, los sollozos y las lágrimas,
oí que me llamaban por mi nombre,
alguien como una voz confusa y vaga....

Desperté de aquel sueño tan hermoso,
corría de mis ojos una lágrima,
y sentí que mi llanto
como otras veces empapó la almohada....

Si hubiera sido realidad mi sueño,
si de mi sueño la ficción lejana
verdad hubiera sido,
¡ qué feliz fuera mi alma,

¡ Ay! qué feliz sin esperanza alguna
entre la tierra convertida en nada!
¡Qué feliz en el fondo del sepulcro
durmiendo el sueño que jamás acaba!

XCVI

Virgen! ¿Qué lloras? tu semblante pálido
¿por qué tan triste está?....
¿Por qué ese llanto tus pupilas lánguidas
empaña sin cesar....?

No llores más! en vano son tus lágrimas;
virgen! no llores más....!
¡ Duerme tranquilo entre sus sombras fúnebres;
no le despiertes ya....!

XCVII

¿Qué sentimiento funeral y tétrico
te causa ese dolor?

si un corazón te ha deshechado pérfido,
ven á mi corazón!

Pero es en vano, en vano que tus lágrimas
rueden hoy sobre mí!
mi corazón como la tumba lúgubre,
oscuro está, cerrado para tí....!

XCVII

Golpean, á la puerta están llamando,
á abrirla puedes ir;
mañana que se cierre para siempre,
no la podrás abrir!

XCVIII

Llevarán mi cadáver por las calles
que tantas veces transité por tí;
asomada al cristal de tu ventana
podrás llorar ó reir.

Verás en fila á los amigos todos,
—si los amigos van—
acompañando el féretro hasta el sitio
donde todos al fin van á parar.

Yo desde el fondo de la caja fúnebre
no podré verte, no;
pero de las almohadas, mi cabeza
levantaré para decirte: ¡adios!

XCIX

El cielo está muy negro....
las aves ya no cantan....
solo en silencio cruzan
fantasma, tras fantasma.

Gemidos sepulcrales
entre la sombra se alzan,
que débiles se escuchan
y luego se dilatan....

La luz de las antorchas
chisporrotea....se apaga....!
Una mujer doliente
se acerca, llora y....pasa....!

Después! aquí una tumba
para encerrar la nada....
Después! allá un misterio
para envolver el alma....!

C

Cubierta en negros crespones
y con un velo en la cara,
triste la frente inclinando
te encaminas solitaria......
¿A dónde vás? ¿Vas al templo....?
¿vas á rogar por su alma?....
¿Oyes....? me parece que es el rezo
que á los difuntos se canta....
A funeral toca el templo,
¿por quién doblan las campanas?

CI

Morir! cuando se mira ante los ojos
un mundo de ilusión y poesía;
morir! cuando la vida es en la tierra
alborada de luz, rayo del día;
morir! cuando se siente
que se empieza á vivir;
morir cuando se vive con el alma,
ah! qué triste es morir!

Pero. morir! cuando se ve delante
el abismo más negro y más horrible;
morir! cuando alimenta nuestro pecho
algo de un imposible;
morir! cuando se ve casi extinguida
la luz del porvenir,
cuando se siente el alma desgarrada
ah! qué bello es morir!

CII

—Están abiertas las puertas
del sombrío cementerio
y entre los tristes cipreses
gime suspirando el viento;
en un rincón solitario
oculto entre el musgo seco,
hay una tumba cavada
y un ataud entreabierto;
velada por los crespones
y como tranquila en sueños,
algo hacia el pecho inclinada
se ve la cara del muerto;
el cementerio está cerca;
vamos allí, te lo ruego.
¿Lloras y tiemblas....? ¿por qué....?
¡Es tan común un entierro....!
Ven! acércate, no temas
que se levante, está muerto....!
—Tengo miedo! no lo ves....!
sus ojos están abiertos,
y hay llanto entre sus pestañas....
¡Quiero llorar, tengo miedo!
—Y por qué, si antes veías
sin temblar tantos espectros,
hoy al mirar esa tumba,
hoy al mirar ese muerto,

me dices llena de espanto,
¡quiero llorar, tengo miedo....!
—Por piedad, no me preguntes,
es mi dolor tan intenso
que el llanto acude á mis ojos
y responderte no puedo....!
—Así me dijo, y llorando
se retiró de aquel muerto....

....

Después, la sombra, la noche
se extendió en el cementerio,
tapóse la sepultura,
se alejó el sepulturero,
gimió la reja al cerrarse
y todo quedó en silencio......!

EPILOGO.

Han pasado algunos años:
es el día de difuntos
y ella con su esposo está
visitando los sepulcros.
Viste con un traje rojo
en vez de vestir de luto,
y entre la alegre algazara
del bullicioso tumulto,
celebra los epitafios
que es la costumbre y el uso....
Pasa cerca de una tumba,
sus pasos detiene al punto,
ve un nombre escrito en la piedra
casi cubierta de musgo,
y cambiando una sonrisa
con el hombre dueño suyo,
sin pintarse una emoción
en aquel semblante rudo,
indiferente prosigue
su marcha entre los sepulcros....
....
Es de tarde y ya la noche
la va anunciando el crepúsculo,
ya termina la algazara
y el bullicioso tumulto
del panteón por la puerta
se aleja en tropel confuso,

ya se van quedando solos
y en silencio los difuntos......
en tanto del triste cielo
bajo el fondo azul-oscuro,
batiendo sus alas negras
cruzan graznando los buhos....!



Pbro. D. FRANCISCO VADILLO ARGÜELLES.

IDILIO.

I

"En vano por los valles he buscado
la deliciosa paz que el alma ansía;
en vano con las flores deleitado
estuve, y en cuidarlas me placía,
que el centro de ventura codiciado
mi pecho no encontró, ni en la alegría
del verde prado cuyas rosas pinta
el rubio sol con su variada tinta."

II

"Siempre buscando la ventura estuve,
creyéndola encontrar en este suelo;
tras vanos bienes presuroso anduve;
mas al correr el tiempo el triste velo
que mis ojos cubrió, de llorar hube
con no poco dolor y desconsuelo,
el mucho esfuerzo que perdido había
en un bien que ninguno merecía."

III

"Muchas veces debajo de un ameno
pomposo roble, mis canciones daba
á las auras de Abril, mientras el heno
á mi blanco ganado apacentaba;

de regocijo y gozo estaba lleno;
mas ¡ay! tan sólo mi placer duraba
lo que en librar la miel dulce y sabrosa,
tarda la abeja en la encendida rosa."

IV

"Y pues hallar cumplida mi ventura
tal cual exige mi anheloso pecho
es ahora necedad y gran locura;
no pondré ya mi amor en el estrecho
cercado terrenal, cuya hermosura
mi vista deslumbró, sino el derecho
sendero seguiré donde apacienta
su grey el Bien por quien mi pecho alienta."

V

"Y cuando ya la muerte tan temida
de este cuerpo me hubiere despojado,
en el Eterno manantial de vida
seré en gozo perpetuo y fiel bañado;
y viendo la hermosura apetecida
del apacible rostro de mi Amado,
de amor derretirase el pecho mío,
cual blanda cera en el calor de estío."

VI

"Ni el manzano gentil que en los cristales
del arroyuelo límpido retrata
sus pomas olorosas y ramales,
es tan hermoso; ni tan bella y grata
la luz que el claro sol vierte á raudales
á las nubes tiñendo de escarlata,
cual á mis ojos es El que yo ansío
del alma Eterno Bien y Dueño mío."

VII

"En el soto entraré donde El sestea,
y á su rebaño da pasto sabroso,
que cuanto más le goza le desea.
Veré cómo condúcele amoroso
por entre el verde prado y le recrea
con el sonido suave y deleitoso
de su rabel divino, y él en tanto
alegre bala al escuchar el canto."

VIII

"Y mientras que del aire el blando aliento
las hojas de los árboles menea
con apacible y manso movimiento,
y el azahar los sentidos lisonjea
con aroma oloroso, yo el acento
que á la grey escogida y fiel recrea
escucharé, más dulce á mis oídos
que del laúd armonioso los sonidos."

IX

"Allí no guardaré manso ganado
de guedejas blanquísimas vestido,
ni en el huerto de árboles sembrado
el ramo podaré ya envejecido.
Será mi anhelo amar sólo á mi Amado,
oír con El en el verjel florido
del arroyuelo el ruido rumoroso
y el canto de la alondra melodioso."

X

"Allí el venado salta placentero
por entre la espesura silenciosa,
del tigre sin temer ser prisionero.

La mansa oveja á su placer reposa
ó alegre trisca, sin que lobo fiero
la arrebate con planta cautelosa;
y notas da con íntima alegría
el pajarillo en la arboleda umbría."

XI

"Allí jamás marchita la corola
de la fragante flor el sol ardiente,
ni arrastra á la espadaña y amapola
del arroyuelo la fugaz corriente.
Allí en eterno asiento reina sola
pródiga primavera, ornando riente
el verde valle de variadas flores,
y esparciendo perfumes y colores."

XII

"Allí recibiré la eterna palma;
se acabarán mis penas y mis males;
nada del pecho turbará la calma,
ni fin tendrán mis gustos celestiales."
Así cantó entre incultos matorrales,
el fondo descubriendo de su alma,
un garrido zagal, cuando en Oriente
mostraba el sol su disco refulgente.

A LA POESIA.

AL SR. LIC. D. BERNARDO PONCE Y FONT.

Mirad....! verdes retoños
ostentan ya nuestros amenos prados!
Surgen del seno de la madre tierra
nuevos arbustos y menuda grama,
en cuyas tersas hojas,
cual relucientes perlas, deposita
la rubia aurora, gotas de rocío!
Abre el clavel sus pétalos graciosos,
y el jazmín, azucena y malva rosa,
que adornan y embellecen
de mi humilde tugurio los umbrales,
el ambiente perfuman
con gratos y suavísimos olores;
y en las trémulas ramas
saltando alegres las canoras aves,
exhalan sus canciones no aprendidas!
Las delicadas fibras de mi pecho
de gozo se extremecen......
Siento vago deseo
de cantar con la lira un himno mío.
Mas, ¿á quién en mis versos
daré digna alabanza?
No á tí, feroz guerrero,
que con invicto brazo

terror entre las huestes enemigas
difundes pavoroso!
Ni á tí que en áurea cuna
viste por vez primera
del claro sol la refulgente lumbre,
y de riquezas lleno
en real alcázar opulento moras!
Ni á tí, flotante leño
que surcos de esmeralda
entre las ondas abres,
ora apacible brisa
suave te mesa con aliento blando;
ora, cual débil pluma,
de la tormenta al poderoso embate,
sobre montañas líquidas te encumbres,
y de nuevo al abismo entumecido
con ímpetu mayor te precipites,
que la traciana, voladora flecha!

Sino á tí, don del cielo,
manantial de delicias inefables,
gloria del hombre, celestial Poesía!
Te miro cual si fueras
doncella pudorosa,
de aire gentil y decoroso porte,
ardiendo en tu mirada
de juventud el apacible fuego,
y en tus mejillas la purpúrea tinta
de la rosa, princesa de las flores.

¿Quién me diera cantar tus alabanzas
en inmortales y sonoros versos?
Oigo que se estremecen
ya de tu lira las flexibles cuerdas....
y voz, más dulce y blanda
que el murmullo de arroyo, desprendido
de alto monte, resuena cadenciosa.

Canta....! pláceme siempre
escuchar tus acentos;
ora, adornada de silvestres flores
en tierno *Idilio* de natura ensalces
la pompa y gala y juventud lozana,
la suave brisa que la huerta orea,
y los blandos y dulces pasatiempos
de pastores y cándidos zagales.
Ora, suelto el cabello,
la mejilla bañada en triste llanto
con flébil voz deplores,
tal como suele la torcaz paloma
en escondida selva querellarse,
del bello Adonis la temprana muerte,
ó la del dulce Bien cuyas canciones
el ruiseñor embelesado oía,
y el pasto las ovejas olvidaban
de su zampoña al melodioso acento!
O bien reluzca en tu gentil semblante
festivo ingenio ó maliciosa gracia,
ó en tus labios de púrpura bañados,
sonrisa cruel retoce;
ó bien en tiernos delicados versos
del ingenioso *Madrigal* ostentes
la noble gracia y el gentil donaire;
ó en sencillo romance inmortalices
las justas, los combates y torneos
de la morisca y castellana gente;
ó de la Alhambra el gótico recinto,
donde en gallarda, majestuosa forma,
encarnóse el artista pensamiento!

Pláceme el escucharte cuando erguida
con noble majestad llevas la frente,
y en tus claras pupilas centellea
de inspiración el encendido rayo,
y cuando de tu lira, vigorosos

resuenan los acordes,
como suele de inmensa catarata
precipitarse el agua con estruendo!

(1) Al oir tu canto desplegarse veo
ante mi vista hermoso panorama....
del ancho mar la superficie tersa....
las naves devoradas por el fuego....
al bizarro Cortés con noble brío
romper del tlaxcalteca las legiones,
penetrar valeroso, devastando
chozas, palacios, pórticos y plazas,
en la bella ciudad de Moctezuma;
y por fin, al valiente Cuauhtemótzin
último rey azteca; noble y fiero,
su cetro defendiendo y su corona!

¡Oh celestial Poesía!
Feliz seré si alcanzo
que á mi lira le dés las cuerdas de oro
que á los vates divinos concediste
de la Grecia gentil!....si mi memoria
por el orbe dilatas,
inspirándome un canto que recuerde,
en no mortales versos,
las ciudades que fueron admiradas
por su poder, sus ciencias y sus artes,
las armas de guerreros invencibles,
las ibéricas naves vencedoras
en las cerúleas aguas de Lepanto;
y de Colón la frágil carabela,
que en no surcado mar sigue camino
hasta encontrar un mundo cuyas conchas
son perlas y zafiros relucientes,
sus montes plata y sus arenas oro!

---

(1) Alúdese á la Oda *Hernán Cortés*, de nuestro inspirado compatriota D. José Peón y Contreras.—(*Nota del autor.*)

ELEGIA.

A LA MEMORIA DEL EMINENTE POETA YUCATECO

D. RAMON ALDANA.

Lauros tiene la tierra
para honrar al talento;
mas para la virtud es vano intento
buscar el galardón, que no lo encierra
ni en sus vetas auríferas el mundo,
ni en su lecho de arena el mar profundo.

Necesario es que el alma
quebrante la cadena,
que á vivir desterrada le condena;
para que pueda conquistar la palma
que Dios en su bondad le ha preparado,
de gloria eterna, en el Edén preciado.

¡Oh, qué premio cumplido
recibirá el que emplea,
el tiempo de su vida, en la tarea
de acrecentar el don que ha recibido!
¡Oh, qué hermoso lugar tendrá el que sabio
vindicó la verdad de injusto agravio!

No importa que la muerte
tu vida haya cortado;
porque tu acento dulce y delicado

apetecida miel y leche vierte.
Tu voz resonará más armoniosa
al través de la tumba silenciosa.

Pero si ya alcanzaste
las eternas mansiones,
no volverán á oirse las canciones
que en el sonoro plectro modulaste.
La Comedia y el Foro mexicano
no sentirán tu aliento soberano.

Si huérfanas dejaste
á las auras y flores,
á las vegas y dulces ruiseñores,
los timbres de tu gloria les legaste;
y eternos para siempre los hiciste
cuando en verso su idioma tradujiste.

El plectro aquí tañido,
por otro lo has trocado
de sonido más suave y regalado;
y del cielo á los ángeles unido,
himnos preludias é inefable canto,
en honor del Señor tres veces santo.

Si este canto piadoso
de tu memoria digno
lo juzgases, acéptalo benigno:
tu virtud y tu ingenio esplendoroso
hicieron que mi labio indocto, al viento
diera este débil inacorde acento.

D. JOSÉ I. NOVELO.

EN EL BOSQUE.

IDILIO.

A ROBERTO CASELLAS RIVAS.

Si el aliento abrasado
del sofocante estío
te es enojoso, ven; deja el poblado,
abandona su ingrato caserío,
y del bosque en la plácida verdura
busquemos dulce paz, grata frescura.

No aquí las oleadas
de luz incandescente
cruzan el aire en vivas llamaradas,
tuestan el suelo y queman el ambiente.
A través de las hojas se tamiza
la luz; y ya no agosta, fecundiza.

Aquí favonio blando
llega en busca de abrigo;
aquí discurre alegre murmurando,
y de las flores cariñoso amigo,
entre ellas muellemente se pasea
y con aliento amable las menea.

Aquí un rumor se alza
que llena el Universo.
¡Es el himno inmortal que á Dios ensalza!

¡De inmensa lira voluptuoso verso!
¡Es inefable y elocuente coro
del bosque, el nido y el raudal sonoro!

¡Es la trova encendida
que elevan á la altura
los palpitantes gérmenes de vida
desde el fecundo seno de Natura!
Es la voz del Amor que rige, absorbe
en cuanto existe en la extensión del orbe!

Enlázase en la fronda
la rama con la rama;
la onda rueda besándose con la onda
y en explosión de espumas se derrama.
Y en los nidos, de amor rico trofeo,
todo es arruyo y dulce cuchicheo.

Un vago encantamiento
trasciende en cuanto anima
esta apartada soledad. El viento
tiernos idilios con las hojas rima.
Y, al romperse en la roca que blanquea,
la cascada gentil gorgoritea.

No la voz del vaquero
rige el ganado manso
que sin tropel el árido sestero
deja indolente en busca del remanso.
Tal parece que Pan en la sombría
copa del vino, oculto, es quien lo guía.

Fué muy hábil y diestro
flautista, y es sabido
que fué de los pastores el maestro
y de zagalas amador rendido;
y que, por restañar llagas de amores,
le honraron las zagalas y pastores.

Esta mansión serena
de tiempos que se han ido
por siempre—¡cruel verdad!—el alma llena.
Espíritu de la égloga que ha sido,
aquí su aroma virginal exhala......
¡Quiero ser tu pastor!....¡Ven, mi zagala!

Si el agua cristalina
te agrada, dueño mío,
te lavarán la náyade y la ondina
que viven en las ondas de ese río....
Y cuidaré del tuyo y mi rebaño
mientras tú retozares en el baño.

Ya verás cómo gana
en frescor tu mejilla
que vencerá á la espléndida manzana
en el matiz pomposo con que brilla.
Y su encendida púrpura la fresa
en tu boca de miel dejará impresa.

¡Oh, ven! En la escondida
tienda del campo, pasa
sin desazones ásperas la vida......
En la inquieta ciudad la fiebre abrasa....
Aquí, lejos del mundo y de su ruido,
nuestro amor hallará santuario y nido!

ESTROFAS.

Á JAVIER SANTA-MARÍA.

I

Incendio de oro, de esmeralda y rosa!
Y el genio, el triste genio del ocaso,
oculto entre las nubes del poniente,
decora y pinta con pincel de mago,
asombro y maravilla de los ojos,
paisajes encantados......
¡Así, espléndida y triste, es la agonía
cuando mueren los astros!

II

Eso que siente el deudo cuando torna
del triste cementerio,
y en el sombrío hogar no halla siquiera
ni los despojos pálidos del muerto;
eso que no se expresa con palabras
y aturde el pensamiento,
¡gime en mi corazón sus elegías
y llora sus tristezas en mi plectro!

III

Pasaron ya los días
en que á través de sus dormidos ojos
en mis éxtasis mudos
lo adivinaba todo;

como á través de las lucientes gasas
de los dorados ortos,
el gran desbordamiento se adivina
del torrente de luz que inunda el globo.

IV

Envidioso y aleve
el destino crüel, trunca mi dicha:
¡ya no veré entreabrirse
su boca, guarnecida
de púrpura y rubíes, al halago
de la amable sonrisa
que en sus labios retoza
cuando el ideal su espíritu ilumina!

V

Sobre columnas de marfil luciente,
símbolo de mi fé, puse el santuario;
ante él ardió la antorcha
y la plegaria se elevó cantando.
Está la urna vacía......
Se fué la virgen....¡pero el fuego sacro,
nueva vestal, mi alma
mantendrá flameando!

VI

¡Qué triste está el alero!
¡Adios! la golondrina
huye el invierno aleve,
busca luz y calor en otro clima......
Cuando broten las flores,
y Primavera ría,
¿tornarás? y si tornas,
¿volverás á tu nido, golondrina?

VII

Yo no pongo crespones
ni flores amarillas en el ara.
Con violetas y mirtos
tejeré la guirnalda.
Está desierto el templo......
¡pero otra vez recobrará sus galas
cuando oficien con pompa en sus altares,
ungidas del amor, su alma y mi alma!

A LA NOCHE.

Á MANUEL HEREDIA ARGÜELLES.

La agitación tremenda de la vida
con el sol que se va, calma, sosiega:
¡oh, noche suspirada: ¡bien venida!
Con tu sombra profunda, llega, llega!

Los que en ruda labor el dorso ofrecen
al sol, y empuñan el sencillo arado,
soterran la simiente y enriquecen
con su ruda labor al potentado;

los que en el yunque su vigor agotan,
los que en la fragua ardiente se caldean,
los que la espiga contra el suelo azotan,
los magos del trabajo, los que crean;

rendidos en la brega enardecida,
claman al fin de la fecunda brega:
¡oh noche suspirada, ¡bien venida!
¡Con tu calma profunda, llega, llega!

Los que en la mente poderosa abarcan
el Infinito que los mundos crea,
y en el espacio y en el tiempo marcan
sus huellas con fulgores de la idea;

los tristes, errabundos soñadores,
que ante la sombra del ideal se postran,
y, hollando abrojos y regando flores,
del hado adverso la inclemencia arrostran;

los que imprimen perfiles soberanos
á las creaciones de su mente loca,
y desgarran el cielo con sus manos,
y proscriben al águila en la roca;

los videntes del más hermoso sueño,
heraldos del honor y la victoria;
los que hacen grande lo que fué pequeño,
y ofician en el templo de la gloria;

rendidos en la lucha enardecida,
al mirar que tu manto se despliega,
prorrumpen: virgen negra, bien venida!
Con tu calma profunda, llega, llega!

BOCETO.

A ALONSO AZNAR G. G.

Rige en ella la curva voluptuosa:
gloria en la nieve de los hombros tiene:
¡son dos arcos de triunfo en que sostiene
regocijada su cerviz la diosa!

En el seno, sutil y luminosa,
en jugar con las gracias se entretiene;
en la breve cintura á morir viene
y resurge después bella y airosa!

En la doble columna á quien oprime
un dulce peso, temblorosa ondula....
¡La línea recta desterrada gime!

Su triunfante rival muelle circula..
¡Besa los piés de la beldad sublime,
y el hossana inmortal Venus modula!

ESTIO.

A José Gamboa Guzmán.

El idílico cuadro me recrea:
la intensa luz canicular esplende,
veloz el aire abrillantado hiende
y en las arenas del ramblar chispea.

La mugidora grey tarde pastea
ó perezosa en el sestil se tiende;
en las cortezas la cigarra prende
y sus nervosos élitros cimbrea.

Convida á reposar limpio, sonoro
y músico raudal, linde del huerto....
Y allí reposa la beldad que adoro,

el labio, rojo y húmedo, entreabierto..
Y en él blancas libélulas en coro
hallan de rica miel nectario cierto.

OTRA VEZ.

Torne á lucir la hermosa
claridad de tu espíritu en el mío:
en su cárcel estrecha y tenebrosa
mi infeliz corazón muere de frío.

Cuanto eres tú me falta:
que eres tú en mi existencia combatida
raudal que bulle, resplandor que esmalta
el desierto horizonte de mi vida.

Sé el ritmo que solloza y gime y ruega
en mis trovas de amor, cuando reclaman
al corazón ingrato que lo niega
el mendrugo de amor de los que aman.

Sé la luz que me alumbre,
el fulgor soberano que enderece
mi incierto paso á la radiosa cumbre
do está el trofeo que mi amor te ofrece.

¿Y cómo? tú lo sabes, prenda mía,
mi encanto, mi ventura:
tú sabes que mi amor tan sólo ansía
la regalada miel de tu ternura.

AL PARTIR.

Pero es verdad? ¿La brisa vagarosa
hincha las lonas del bajel ligero,
y en él mi bien, por quien de amores muero,
prueba á surcar la linfa procelosa?

¡Oh cisnes que á la más esplendorosa
hermosura, marcásteis el sendero!
A traves de las sirtes, á quien quiero
sin penas conducid y victoriosa!

Ella es también de la belleza suma
dechado fiel, cual la deidad ciprina
que surgió vaporosa de la espuma!

¡Céfiro manso, trasparente ondina:
guardad la senda de traidora bruma,
amparo sed de su beldad divina!

EL NACIMIENTO DE DEA.

Más bella fué aquel alba: despedía
sus tibias flechas de cristal lumbroso
rompiendo el cortinaje nebuloso
que la sombra en oriente suspendía.

Más linda aquella aurora: sonreía
con amable pudor; era glorioso
marfil su frente; manto esplendoroso
la crencha que sus formas envolvía.

Más fúlgido aquel sol: su faz luciente
animaba al poder de su destello
repuesto campo y cristalina fuente....

Por eso en mi adorada todo es bello:
regio sol, su beldad; alba, su frente;
crencha sutil de aurora, su cabello.

EL MONSTRUO.

Allí está, allí está.... ¡Siniestro, torvo,
fatídico el mirar! Desencajada,
seca y mustia la faz! En sus convulsos
lívidos labios, la sonrisa grata
jamás se dibujó... ! El cieno inmundo,
la inmunda escoria que le llena el alma
le humedecen tan sólo........
Es el monstruo
que llora, gime y se retuerce y brama
cuando luce un fulgor, ó cuando suena
la rítmica cadencia de algún arpa!

⁂

Sombra! La sombra si perfiles.... ¡negra!
La que mora en las simas, en los antros....
La que rasga siniestro con su globo
de fatídica luz el fuego fatuo....!
La sombra del abismo donde hierven
los gérmenes inmundos del pantano....
Esa es la sombra que apetece el monstruo
que se retuerce convulsivo y pálido!

Estrellas que lucís cual puntos de oro
en el zafir espléndido....¡apagaos!
que al vibrar vuestros cándidos fulgores
[illegible] hieren como agudos dardos!

Vuestra luz apacible
fuego es que quema sus siniestros párpados....!
Ocultad vuestras luces! Que la noche
sin un fulgor se extienda en los espacios!....
Brindad la sombra que apetece el monstruo
que se retuerce convulsivo y pálido!

***

Silencio!..El de las tumbas!..El que anhela
con fervor el misántropo!
El que reina en los tristes cementerios
y en los sombríos páramos,
cuando la cofia de la noche oscura
oculta el parpadeo de los astros!
Ese que no interrumpen
ni una armonía, ni un rumor, ni un canto!
Ni el eco del dolor que apiada al bueno
ni la alegre explosión del entusiasmo!
El que arrulla el reposo de los muertos
que duermen *ni envidiosos ni envidiados*......
Es el silencio que apetece el monstruo
que se retuerce convulsivo y pálido!

¡Parleras aves, que esperáis gozosas
del sol naciente los primeros lampos,
para entonar el mágico concierto
de vuestros dulces no aprendidos cantos!
Vuestras arpadas lenguas
de hoy más tened....¿A qué seguir cantando?
Dejad las frondas de esmeralda, frescas,
y las galas del prado....
Odiad el dia y esperad la noche
en las grietas del viejo campanario!
Allí está la lechuza ¡el ave negra!
la torva vista en derredor girando!....

***

Y vosotros los tristes, errabundos
amantes del ideal, sentidos bardos!
Dejad que en los bordones de la lira
el ritmo delicado
fenezca sin prestigio....¡que está el monstruo
con la espuma en los labios!
Y espera á que resuenen los acordes
de vuestros dulces cantos
para, artero y cobarde,
arrastrarse hacia vos, para ensuciaros!
Dejad sin homenaje la hermosura
y la belleza del florido campo,
y la aromosa flor, astro del suelo,
y las flores del cielo, hermosos astros!
Enjugad esa lágrima piadosa
que tiembla en vuestros párpados
al ver á la virtud y á la belleza
juguetes del dolor y sin amparo!
Que lo grande, lo noble, lo inefable,
lo inmortal y lo santo,
no encuentre un eco en vuestras liras de oro
sentidos, dulces, generosos bardos....
Pero no! que no muera la harmonía
ni el fulgor esplendente! Cantad bardos
para endulzar la vida! Desde el cielo,
lucid sin tregua tembladores astros!
Quede en la sombra oscura
retorciéndose sólo el monstruo airado!
Que sobre vos arroje
el lodo del pantano!
El lodo al suelo cae!
¡La harmonía y la luz van al espacio!

DESPERTANDO.

OBTUVO MENCIÓN HONORÍFICA EN EL CONCURSO DE SONETOS.

A VENANCIO CERVERA.

La gasa del crepúsculo incoloro (*)
al beso de la luz se desvanece,
y el gárrulo maizal que el aura mece
es verde mar con oleaje de oro.

De su pico de miel vierte el tesoro
la turba alada, y por doquier parece
que al nuevo sol la tierra se estremece
y alza á los cielos su inefable coro.

¡Qué alegre y remozado el nuevo día!
¿Cuándo será que al despuntar no vea
la pobre humanidad, en guerra impía,

al error que entre sombras merodea,
á la calumnia desalmada y fría
y á la duda, suplicio de la idea?......

(*) El ilustre poeta D. Ramón Aldana y Puerto, escribió: *La gasa del crepúsculo incolora.*

PSIQUE.

En la alcoba silente derrama
su medroso fulgor roja llama,
que tiembla y vacila,
desde un tosco bufete de roble
que proyecta en el muro una doble
silueta que oscila.

—

Chirria el grillo en el ángulo oscuro;
zumba afuera con hálito duro
el Noto que llega;
y en el limpio tapiz, oro y rosa,
la agorera, la gris mariposa
sus alas despliega.

—

Luce su óvalo fino y gracioso
sobre jaspe bruñido y hermoso
la esbelta consola
que se yergue en la estancia, risueña,
y sostiene una caja pequeña
que el raso arrebola.

—

¿Por qué oprime nervioso su frente
el poeta inspirado y sonriente
que llora sin calma?

¿Qué secreto pesar le hubo herido?
¿Por qué surcan su rostro encendido
las fuentes de su alma?

—

Del zafir en las lóbregas salas
Noto extiende sus húmedas alas.
El rayo serpea,
chirria el grillo en el ángulo oscuro,
la "agorera" abandona su muro,
la luz parpadea.

—

De indecible dolor el cruel dardo
punza el pecho sensible del bardo:
y, trémulo y mudo,
se dirige á la esbelta consola,
y del mueble que el raso arrebola,
febril rompe el nudo.

—

Y es de ver entre blondas y tules
margaritas con lazos azules
ya mustias y yertas;
y es de ver las blanquísimas sartas
de aromosas, ternísimas cartas
plegadas y abiertas.

—

Es de ver cómo salta á sus ojos,
por el llanto preñados y rojos,
la lágrima ardiente,
cuando presa de tierno arrebato
mira y mira tenaz el retrato
de la eterna ausente.

Y es de ver cuál,—perdida la calma,
condensada en un ósculo su alma
que el duelo lacera,—
al besar á la imagen querida
va á posarse en su frente abatida
la parda agorera.

—

¡Oh, bendita la psique gloriosa
que triunfó de la muerte impiadosa!
Cuando el grave peso
del dolor nos abruma y lacera,
con la fiel, con la parda agorera
nos manda su beso.

D. FRANCISCO PENICHE LOPEZ.

QUINCE AÑOS.

A MI DISTINGUIDA PRIMA, LA SEÑORITA

Juana López Peniche.

Quince años acarician
tu blanca frente,
quince años te contemplan
bella y sonriente:
es ya una rosa
de ardiente primavera
tu faz hermosa.

Es como sueño de ángel
tu pensamiento,
cual perfume de lirio
tu suave aliento;
y es tu conciencia
emanación purísima
de la inocencia.

Son soles esplendentes
tus lindos ojos,
son copa de ambrosía
tus labios rojos;
y ¡ay! tú no sabes
que tus dulces palabras
son himnos suaves.

Hay en tu andar garboso
gracia y soltura;
y es de ver de tus plantas
la donosura
cuando el batista
las descubre indiscreto
á nuestra vista.

De admiración poseido
me he dicho al verte:
Después de sus caricias,
venga la muerte;
y es mi esperanza
entonar estos cantos
en tu alabanza.

....
....

Gloria que el hombre busque
es transitoria,
si no busca de amarte
la noble gloria;
por eso el hombre
tendrá con quien te cases
dichas sin nombre.

⁂

Amor es cielo hermoso
donde hay estrellas
que esparcen en las almas
sus luces bellas;
y hacia ese cielo
las vírgenes elevan
su raudo vuelo.

La dicha constituyen
castos amores;

un nido en donde cantan
dos ruiseñores;
gruta escondida
de misteriosa clave
halla la vida.

Quince años son el punto
de donde parte
ese nido sencillo
que no hace el arte.
Quince años bellos
son de otras existencias
albos destellos.

. . . .

¡Adios! las celestiales,
dulces canciones
que tú á escuchar comienzas
en tus balcones,
dirante al oido
lo que valen quince años
que ya has cumplido.

DE UN DIA.

Al ver una hermosa flor
con avidez la cogí;
y aspirando con amor
su perfume embriagador,
dueño de la flor me ví.

Vino un viento arrebatado
y aquel clavel delicado
de mis manos desprendió;
y ¡ay! el simun despiadado
muy lejos se lo llevó!

Busco el clavel peregrino
pero ¿quién de su destino
darme noticias podrá?
¡ay! mi clavel purpurino
Dios sabe en dónde estará!

Mi amor se llevó la flor
cuando arrastrada la ví
por el viento abrasador
y ¡cuán grande es, ay de mí,
la intensidad de mi amor!

¡Cuán leve es el fundamento
del más preciado contento!
Damos nuestro amor profundo
á una flor que ofrece el mundo
y nos la arrebata el viento!

SOÑANDO.

Vino al jardín la reina
de mi albedrío,
tomó asiento en el césped
al lado mío;
y traidor sueño
en tan supremo instante
rindió á mi dueño.

Y era de verse el ángel
de mis amores;
parecía ser una
de tantas flores;
yo la miraba;
la sonrisa en sus labios
se dibujaba.

Revoloteaban cerca
los pajarillos
dándole á mi adorada
cantos sencillos.
Yo lo veía;
ella soñando siempre
se sonreía.

La acariciaba en tanto
el aura leve;
se posaban las aves
en su pié breve;

yo ni un instante
aparté de la niña
mi vista amante.

Aquel sueño tranquilo
de la inocencia,
era de su alma pura
la trasparencia.
¡Virtud fecunda,
tu adoración suprema
mi pecho inunda!

Mil sentimientos nobles
en mí infundía
la escena que en el huerto
lugar tenía;
mi amante dueño
seguía siendo víctima
de traidor sueño.

Llegó el sol á su ocaso:
la amada mía
quedó envuelta en las nieblas
de noche umbría;
ya no miraba
al ángel que en las sombras
me acompañaba.

En el silencio augusto
de aquel retiro
se exhaló de su pecho
hondo suspiro.
En ese instante,
¿soñaría conmigo
la niña amante?

. . . .

Si mi hechicera hermosa
me vé en su sueño,
nada importa que duerma
mi dulce dueño.
Yo velaría
cuantos sueños tuviese
la amada mía.

D. DELIO MORENO CANTON.

CUAUHTEMOC.

Hoy que propaga sin cesar el viento
los himnos con que atruena
la adulación, y la temida historia
de falsos héroes sus anales llena,
¡oh genio soberano de la gloria!
¿dejarás que los ínclitos varones,
que desde augusta trípode presides,
con faz turbada y ademán severo
contemplen al que grande se presume,
gozar también del místico perfume
que brota del sagrado pebetero?

***

¡Nunca será! Que la dorada puerta
de la excelsa mansión, siempre cerrada,
cuanto más codiciada,
al egregio varón sólo fué abierta;
al que ilumina el piélago profundo
y nuevos seres y horizontes crea,
y llega á ser dominador del mundo
en el campo infinito de la idea;
al que salvó su nombre de la muerte
moviendo los humanos corazones
al mágico compás de sus canciones;
al que con brazo fuerte

supo en la lid con ánimo sereno
luchar como invencible y como bueno;
esos no más trasponen los umbrales
del templo de la fama sin desdoro,
y pueden con los otros inmortales
tomar asiento en el triclinio de oro!

⁂

¡Oh Cuauhtemoc! Tu veneranda sombra
con secular prestigio ante mi mente
surgiendo está y el labio que te nombra
recogido pavor ante ella siente!
¡Nadie cual tú indomable!
Allí el potente Aquiles que castigo
y estrago invulnerable
de Troya fué, te admira respetuoso,
y sus hazañas al medir contigo
te encuentra más grandioso;
que tú nunca en la Estigia
aseguraste el cuerpo de la muerte,
ni le cubriste de acerada cota
como Cortés á combatirte llega;
y fuiste incontrastable en la refriega,
y grande fuiste en la nefanda rota!



¡Eterno luminar del claro día!
Rompe la espesa bruma de los siglos
y déjame que vea
al que es orgullo de la patria mía
irguiéndose gigante en la pelea.
Renazca ante mis ojos avarientos
Tenochxtitlán, de Anáhuac la presea;
corra en sus calles la pasada vida,

y mire los suntuosos monumentos,
los templos atrevidos,
el lago azul y la nevada sierra
temblando ante el estrago de la guerra.

***

¡Fiero Cortés! Viniste al nuevo mundo
de la remota España,
con tu inmensa ambición y con tu arrojo,
como fuego fatal que todo daña;
y que lo mismo abrasa el vil rastrojo,
que abrasa el cedro secular que un día
sin rival ostentó su gallardía!
Entre matanza, ruina y exterminio,
en la vasta extensión del suelo azteca
asientas tu dominio.
Ya tu fatal hazaña se consuma,
ya puedes dictar leyes
que es tuyo con su imperio Moctezuma.

***

¡Anáhuac infeliz! ¿Finó tu historia?
¿A dónde tus temidos hijos fueron
que llevados ayer por la victoria
el poder de tus armas extendieron?
¿En dónde están los dioses que gozaron
con la sangre de horrendos sacrificios
y á tu ofrenda y tus súplicas propicios
la gloria de tu nombre pregonaron?
¡Ay de tí! que tus bravos,
inermes y vencidos,
al invasor se entregan como esclavos;
tus profanados dioses
medrosos abandonan los altares,
y viéndote después, sobrecogidos

en fuga van de tus sagrados lares
lanzando clamorosos alaridos.
En vano tú, desgarrador lamento
del corazón exhalas,
porque nadie en tu mal piadoso advierte;
y en tu horizonte las siniestras alas
cierne voraz el ángel de la muerte!

***

Mas no ha de ser; que Cuauhtemoc alienta,
y su altivez sublime nunca supo
dejar impune vergonzosa afrenta.
Ya á los suyos convoca
y á morir por la patria los provoca;
ya poderoso se le ve empuñando
la macana terrible
que miedo diera al enemigo bando,
y hace sonar el caracol guerrero
que ronco mensajero
va ¡venganza! en los aires pregonando.

***

"¡A la lid! á la lid!" avanza y grita
y con la voz y el belicoso ejemplo
el dormido furor del pueblo irrita.
"¡A la lid! ¡á la lid! si al Sol le plugo
"armados con el rayo
"á sus hijos mandar, no el abandono
"cobarde nos asalte y contra el yugo
"la lucha encuentren y el viril encono.
"Cien veces ví admirado
"á pesar de la flecha matadora
"crecer vuestra pujanza arrolladora.
"No porque el Sol sus iras nos desata
"enerve el pecho femenil desmayo;

"y recordemos que lo mismo mata
"la aguda flecha que el ardiente rayo!"

***

Calló la voz; la airada muchedumbre
á morir ó vencer se lanza fiera,
y el águila de Anáhuac altanera
levanta el vuelo de vecina cumbre.
Silvan los dardos al cortar el viento;
la honda incesante el proyectil arroja,
y aquí un grito de guerra, allá un lamento,
se escuchan entre el hórrido estampido
con que el cañón advierte
que de su seno vomitó la muerte.
Ni un instante se amengua el rudo brío
con que el azteca al invasor se lanza
haciéndole cejar; en ancho río
mira correr su sangre, pero avanza,
avanza temerario,
y rompiendo en las filas del contrario
hasta el jefe español su mano alcanza.

***

Pero ¿de dónde brota
la falanje que ayuda y acrecienta
y hace venir por la pasada afrenta
á los que ayer corrieron en derrota?
No temais; que á su número y ventaja
el ánimo viril no se rebaja.
Aprenderán los fuertes invasores,
aliados de cobardes y traidores,
que no hay valor como el valor que enciende
al que á su patria y á su hogar defiende!

***

Mas inútil afán: sigue el combate
contrario siempre al valeroso azteca,
y tras tanto rigor, aun más le abate
el aire infecto por la muerte insano
y el hambre y sus horrores:
y no deja las armas de la mano!
¡Que aun ardiente se escucha
la voz de Cuauhtemoc que no desmaya
en el sangriento estrago de la lucha;
y cuando á doblegarse le convida
la seducción taimada y lisonjera,
él sabe responder con voz entera
que para resistir le sobra vida!
Sacude la macana aterradora
y matar y matar sólo es su anhelo;
y al oir la metralla que revienta,
alza los ojos con furor al cielo
cual si pidiera del estrago cuenta!

***

¡Oh palacios suntuosos
de la reina del nuevo continente!
Más que á los golpes de enemiga gente,
vuestros muros de encajes primorosos
cayendo están, para cubrir piadosos
los cuerpos insepultos
de los bravos guerreros sin ventura,
que mueren de su patria en la defensa,
sin encontrar en su extensión inmensa
un rincón que les brinde sepultura!
Con vuestras nobles ruinas
formareis peregrino monumento
al valor indomable del azteca
que antes que sumisión, rindió el aliento!
Y á los siglos venturos
ha de contarles la asombrada historia

de unos héroes temidos
que supieron burlar á la victoria
dejando á vencedores sin vencidos;
pues cuando ya triunfantes penetraron
á la ciudad, hallaron un desierto
que parecía decirles
"ya podeis penetrar; todos han muerto!"

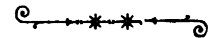
***

Tú no más, Cuauhtemoc, como un gigante
sobre las ruinas de tu vasto imperio
quedas de pié vibrando amenazante
la formidable mano
que hizo temblar al invasor tirano!
¡Ya todo se perdió! Tú sólo quedas
entre escombros, cadáveres y ruinas
para testigo de tan triste historia;
y á la temible muerte airado clamas
que te arranque una vida
que no impidió de Anáhuac la caida;
y ni ese bien te concedió la suerte;
que al mirar tu grandeza
quedó pasmada sin herir la muerte!

EN LA TREGUA.

De la ruda contienda de la vida
cansado vengo de luchar, señora,
en busca de vigor y nuevos bríos,
no huyendo del estrago y la derrota.
En mis primeros juveniles años
por mis venas corrió la sangre ansiosa,
y audaz aliento me infundió en el alma,
y fuerte me juzgué para la gloria,
y la teñida arena del estadio
holló también mi planta valerosa.
¡Cómo al recuerdo de tu casta imagen
sus ánimos mi espíritu redobla!
Viérasme entonces luchador resuelto,
libre el alma de tímidas zozobras,
entrar donde más cruda la pelea
cadáveres sangrientos amontona!
Viérasme luego presentar el pecho,
no defendido de acerada cota,
y pronunciando tu sagrado nombre
sus lauros arrancar á la victoria.
Aun pocos son los que á tus plantas rindo;
pero las manchas de sus verdes hojas,
son de la sangre que al herir la suerte
saltó violenta de mis venas rotas.
Las troqué por doradas ilusiones;
precio son de esperanzas cariñosas
que otros tiempos felices me halagaron

y por sus dones me exigió la gloria.
Hoy al sentir que en la feral refriega
mis combatidas fuerzas se aminoran,
dando tregua al espíritu cansado,
tu amparo busco y tu favor, señora;
no porque tejas de enervante oliva
para mis sienes femenil corona,
que sólo debe tu amador ceñirse
las que en la lid con sus esfuerzos cobra.
En los reveses el varón constante
sus ánimos quilata y avigora;
quede la paz á quien la paz ansía,
yo amo la lucha que el descanso roba.
Ya escucho su fragor; por vez postrera
déjame contemplar la linda rosa
realzada en tus mejillas y la púrpura
que al favor de tus labios se mejora.
Mírame tú también; mas como sabes;
radiantes las pupilas con que ahondas
los pliegues más arcanos de mi pecho
y engendras la dulzura y la zozobra.
Que su tibio calor penetre al alma;
la verás á tu influencia bienhechora,
á pesar del cansancio que la rinde,
sacudir las prisiones que la estorban,
esparcirse otra vez con nuevos bríos
alentando en mi pecho vigorosa;
y al fuego que tus ojos resuciten,
entraré con la suerte en lucha ansiosa
arrebatando lauros y despojos
que serán á tus pies humilde alfombra.



A CINTIA.

Cuando rendido el cuerpo á los ardores
del sol canicular al fin se siente
de la labor al peso fatigado,
dulce es ¡oh Cintia mía!

Buscar entre los árboles del bosque
el más ramoso, y sobre fresca grama
ahogar la sed en los colmados bordes
de cristalina copa.

Al trabajo mental yo también siento
agotarse mis fuerzas y abrasada
al hervir sin descanso de la idea
mi frente doblegarse.

Ven, Cintia, ven! Cual Hebe escanciadora
preséntame la copa de tus labios
y hazme probar el néctar que codicio
y á mi regalo guardas.

Más que el aura son gratas tus caricias;
y más que blando césped es la almohada
que con amor me brindas á la sombra
de tus soltadas crenchas.

AL CAER LA TARDE.

Y otra vez en tu manto de escarlata
envuelto, oh sol, desciendes al abismo,
y la falange de la sombra ingrata,
ya libre de tu imperio
sobre la triste tierra se desata.
Y otra vez de mortal melancolía
mi espíritu se llena
contemplando en tu faz agonizante
los estertores últimos del día;
y con dolor profundo
después miro anhelante,
que de tí ya no hay más que resplandores
del incendio en que abrasas otro mundo.

Mas volverás! Mañana la creatura
saludará con gozo
tu aparición en la celeste altura
difundiendo la luz y el alborozo.
Sólo á las sombras de mi amargo duelo
no has de llegar jamás. Alzo los ojos
y busco en vano en la extensión del cielo;
no encuentro todavía
una piadosa luz aunque lejana,
que me anuncie el mañana
en que he de ver el sol de un nuevo día!

SU PAÑUELO.

Blanco lino que puso entre mis manos
la suya temblorosa; ¡quién me diera
en la inquietud que así me desespera
penetrar tus dulcísimos arcanos!

Cuéntame si sus ojos soberanos
han llorado por mí; díme siquiera,
si al pensar en su imagen hechicera
no son mi anhelo y mis suspiros vanos.

Pero ¡ay de mí! que mudo oyes al triste
á quien la ausencia con rigor acosa.
Rompe el silencio que á mi afán resiste,
y cuéntale, pañuelo, á mi alma ansiosa
las íntimas fruiciones que sentiste
al suave rose de su faz de diosa!

A UN DEMENTE.

Díme, infeliz, qué misterioso encanto
sus alegres visiones dió á tu mente
y dibuja en tu faz eternamente
esa sonrisa que provoca á llanto!

¿Hallas gozo en tu mal, ó tal vez tanto
y profundo dolor tu pecho siente,
que agotó de tus lágrimas la fuente
y lloras con sonrisas tu quebranto?

Yo no sé si sentir el alma herida
ó alegrarme de tanta desventura;
porque dudo al mirar tan combatida
la suerte en este valle de amargura,
si es mejor la locura de la vida,
¡ó la vida mejor es la locura!

HISTORIA DE AMOR.

Tú, Arturo, conociste á mi Lucinda;
tú sabes como yo, que en la comarca,
á moza más gallarda ni más linda,
que se sepa hasta ahora,
desde el Oriente contempló la Aurora.
Frontera á mi heredad está la suya.
Al fin de mi terreno
y muy cerca también de su morada
crece un naranjo de verdura lleno,
bajo el cual se placía
en pasar algún tiempo mi adorada
poco después de comenzar el día.

Mucho antes que viniera,
oculto entre unas hojas la esperaba.
Por fin la contemplaba
suelta al aire la hermosa cabellera,
preparada á trenzar, y en una mano
la cesta de labor, bajar al llano.
Si tú la hubieras visto
como yo tantas veces la veía
caminar con gracioso movimiento,
¡oh Arturo! parecía
gentil pimpollo que acaricia el viento!
Sobre la verde grama
se sentaba después, y ¡cuán hermosa
sacudía con donaire la cabeza,

y luego comenzaba
á entrelazar sus dedos con los rizos
que en dos crenchas magníficas trenzaba!
¡Ah! Mi pobre naranjo,
cual si también sintiera sus hechizos,
galante se agitaba
doblándose á brindarle el rico fruto,
ó desprendiendo en la estación de flores
una lluvia de azahares en tributo.

Yo entonces disponía
la arrulladora flauta con que á veces
mi agreste soledad entretenía;
y en tanto se inclinaba
á seguir la labor, herían el viento
notas para ella, con tan dulce acento,
que yo mismo admiraba mi destreza,
aunque amor siempre habló con sentimiento.
Ella al oirme, no alzaba la cabeza;
pero su faz risueña y ruborosa,
derramaba en mi pecho
mezcla de miel y de ansiedad sabrosa.

De feliz emoción el alma llena,
mi escondite por fin abandonaba.
¿Cómo pintar la escena
que pasaba después? ¡Tiempos dichosos!
¿por qué tan presurosos?
¿por qué hicieron probar al pecho mío
su encanto y su ilusión desconocida,
para amargar las horas de mi vida
con esta soledad y este vacío?
No te extrañe, ¡oh Arturo!
si cual débil mujer suspiro y lloro.
Sé que no hay bien para el mortal seguro
y los designios del Señor adoro;

pero ¿cómo podré jamás en calma
remover los escombros de mi alma?

Al oirme venir, mintiendo asombro,
cual se prepara á huir liebre medrosa,
poniéndose de pié con ligereza
me dejaba admirar la niña hermosa
su apuesta majestad y gentileza.
Después de una mirada y un saludo,
mientras su faz la púrpura teñía
se sentaba otra vez sobre la grama;
luego extender la saya pretendía
una mano más blanca que la nieve;
pero avivando del rubor la llama,
el vestido indiscreto
denunciaba á mis ojos el pie breve.

¿Qué hablábamos entonces? Todo y nada;
una que otra palabra indiferente
y á veces un suspiro, una mirada.
¡Cuán rápidas volar miré las horas
y cómo lo veloz me sorprendía
conque el sol, dominando la alta sierra,
en sus llamas las más abrasadoras
bajaba á fecundar la madre tierra!
El temido momento
venía por mi mal á separarnos,
hasta la otra mañana
en que loco de amor y de contento
bajaba á nuestra cita cotidiana.

Un día, sin embargo,
el primero en mi vida tan amargo,
Lucinda no acudió como solía
al árbol de mi dicha confidente.
Ví pasar como siglos los instantes;
ví pasar con dolor y con anhelo
aquellas horas tan felices antes.

Inútil fué mi afán; por largo tiempo,
con la vista clavada en el camino,
yo la esperé ¡ay de mí! pero no vino.
Herido el corazón profundamente,
á mi morada dirigí los pasos
con un volcán de dudas en la mente.

Tras horrible vigilia,
tres mañanas constante bajé al llano;
pero todo fué en vano.
Tú viste, sol ardiente,
cómo fuí indiferente
al caldeante rigor de tus enojos,
mirando con anhelo inquebrantable
la senda do solía
aparecer la niña de mis ojos!
¡Ay de mí! Tú me viste
con mi dolor á solas,
cuando un mar de encontrados pensamientos
me ahogaba con sus olas!
Al fin no pude más con tan duda.
Pensando en un pretexto indiferente
de su morada continué el camino
y entré resueltamente.
¡Oh, nunca hubiera entrado!

Allí inocente presa
de fiebre pertinaz, yacía en el lecho
con la mirada vaga y encendida,
los labios temblorosos
y fatigado el pecho
á impulso de la ardiente calentura
que sus núbiles miembros consumía.
Sobre la blanca almohada,
y entre la nube de sus negros rizos,
la aurora de su faz resplandecía;
mas ¡ay! ¡cómo cambiada!

y cuán veloz al soplo de la muerte
en pálida la rosa se convierte!

Llegó después un día
en que á nadie la enferma conocía;
pero jamás en medio del delirio,
acreciendo de mi alma la tormenta,
dejaron de nombrarme aquellos labios
de la púrpura afrenta!
Compitieron cuidados con cuidados;
mas todas las plegarias,
el llanto y las congojas maternales,
mis amargos suspiros,
la ciencia y sus conquistas inmortales,
sólo sirvieron á aumentar la gloria
que adquirió la enemiga en su victoria.
La flor que orgullo fuera
de la feraz pradera;
aquella en cuyo cáliz puso el cielo
la copia de las gracias virginales,
marchita quedó al fin y rodó al suelo.

¡Angel de la aflicción! Ya que inhumano
en herirme te gozas, hoy te invoco.
Colmar aun puedes tu furor impío
mientras exista del vivir la fuente;
ven, y envuelto en tu fúnebre atavío,
hiéreme sin piedad, bate mi frente!

⁂

Mi vida desde entonces
de infinita amargura se alimenta,
y un secreto placer el alma alienta
cuando en mi afán presumo
que al rigor de las penas me consumo.
Todo lo miro triste

y todo me disgusta. Salí un día
con el hacha en el hombro y con mi flauta,
y me fuí hacia el naranjo que solía
protejer con su sombra mis amores.
Dejé á sus pies el hacha, y "Caiga, dije,
coronado de flores,
el que aun existe para ser memoria
y fiel padrón de mi pasada gloria.
Perezca con mi dueño,
y su tronco y sus ramas
aviven del hogar las rojas llamas.
El respeto á Lucinda no consiente
que estas flores coronen otra frente;
vuelen dispersas á merced del viento,
y en postrimer tributo
al coro angelical su esencia eleven,
que allí tiene mi bien seguro asiento."

Después tomé la flauta,
y anublados los ojos,
pues llanto acerbo á mi pesar vertía,
á la muerte del fiel y añoso amigo
modulé quejumbrosa melodía;
y cuando hiriendo con dolor el aire
se desprendió por fin la última nota,
el hacha levanté con nuevo brío;
pero el naranjo conmovió sus ramas;
en mi marchita faz cayó una gota,
de cándido rocío,
y pareció llorar el árbol mío!



Desde entonces, á la hora
en que al reclamo de mi amor llegaba
la niña encantadora,
es el único alivio de mis penas

recoger los azahares
que el naranjo me brinda,
y enlazados con lirios y azucenas
voy á adornar la tumba de Lucinda.



D. MIGUEL RIVERO TRAVA.

ACENTOS.

I.

Si las ondas del mar felices fueron
al ver de sus espumas
surgir la diosa que en el alto Olimpo
de belleza y amor el cetro empuña;
más feliz me miré cuando surgiste
con majestad augusta
de las ondas fugaces de la vida
como diosa también de la hermosura.

II.

Corre hacia el mar con resonante brío
entre césped y guijas el torrente
y en un lecho de nácar y de perlas
la verde inmensidad cáuce le ofrece;
pero yo que anhelante voy buscando
en tu pecho el amor que mi alma enciende,
solo sé que he pasado por las guijas,
sin saber si aquel cáuce perlas tiene.

III.

Quisiera ser la linfa
que retrate tu rostro peregrino;
quisiera ser el aura
que recoja anhelosa tus suspiros,

ó el rayo de la luna
de tu constante soledad amigo.
Y cuánto desearía
ser el ave que halague tus oidos!

IV.

Todo cede del tiempo á la corriente
destructora y fugaz;
todo corre veloz hacia el pasado
donde mi dicha está;
mas la emoción primera que dejara
en mi alma tu beldad,
aun la siento latir dentro del pecho
sin amenguar jamás.

V.

Volad, acentos mios,
latidos de mi pecho;
llegad á donde mora
la niña de mis sueños.
Volad; que no detengan
vuestro correr lijero
el ábrego importuno
ni los erguidos cerros.
Que las canoras aves
os den suspiros tiernos,
las flores su perfume,
las selvas su misterio.
Que os cedan sus rumores
los mansos arroyuelos,
su sombra los arbustos,
su dulce son el céfiro.
Que la amorosa alondra
con no aprendido metro
os dé de sus canciones

los más sentidos ecos.
Si la callada noche
asoma á vuestro encuentro,
que os brinden sus fulgores
radiantes los luceros,
las auras sus caricias,
la luna sus reflejos.
Que el poeta enamorado
desprenda de su plectro
la cántiga más dulce
con que interrumpe el sueño.
Volad, ecos del alma,
latidos de mi pecho,
llegad hasta la alcoba
de mi adorado dueño.
Que sois parte de mi alma,
alados sentimientos,
relámpagos que forja
la llama de mi anhelo.
Viajeras golondrinas
ansiosas de hallar puerto,
volad, que nada turbe
vuestro correr lijero;
llegad á donde mora
la niña de mis sueños......
Pero volved suspiros,
volved, dulces acentos,
trayendo de mi amada
siquiera un pensamiento.

EL SOLDADO MEXICANO.

(EN LA GUERRA NORTE-AMERICANA.)

"Tras rudo combatir me siento herido
sin que mire á la Patria vencedora.
No importa; que la hueste usurpadora
antes me huelle muerto que vencido."

"De mis venas exangües el latido
con el dardo se agita y avigora.
No me brindes la paz, muerte traidora,
cuando batalla México ofendido."

"Ya asalta la trinchera el *yankee* odioso
y aprehende la bandera hecha girones
que sirvió de sudario á un valeroso...."

"Triunfará; mas los patrios escuadrones,
por tomar su pendón siempre glorioso,
á Washington irán con sus cañones."

AMANECE.

Con raudales de luz anuncia el alba
en el azul espacio sol sereno;
nuevos perfumes los capullos vierten,
el ave cantos nuevos.

—

Vuelve á sonar de la inexhausta fuente
el dormido rumor más alhagüeño;
las auras salen de las verdes hojas,
del césped los insectos.

—

La vieja torre al labrador sencillo
fácil despierta con alegres ecos
y la diurna maniobra le recuerda
con vario clamoreo.

—

Balan gozosas las ovejas mansas
del pastoril reclamo al dulce acento
y el ruido se percibe en la ancha vega
de su pacer inquieto.

—

Vése brillar sobre la endeble yerba
el llanto que la noche vertió huyendo
y que antes de rodar para ser savia
ofrece al sol su espejo.

—

Enhiesta surge de la madre tierra
germen fecundo que abrigó en su seno,
y de nuevas alfombras se engalana
el dilatado suelo.

—

La nueva vida palpitar se siente
en cada ser con redoblado aliento;
todos buscan del astro luminoso
el encendido beso.

—

Todo fermenta al generoso impulso
de incontrastable ley del universo;
todo respira primavera eterna
al alborear del cielo.

MADRIGAL.

DEL FRANCÉS.

Me siento herido profundamente....
Amor ó Celia, ¿quién de vosotros
me ha dirigido la aguda flecha
con tal acierto que infunde asombro?
Amor, tú llevas carcaj colmado
pero no tienes libres los ojos;
Celia, no llevas dardos punzantes
pero dos ojos claros y hermosos.
¡Ah! ya comprendo, dueño adorado,
el mútuo acuerdo que hay en vosotros....
Me siento herido profundamente
por esas flechas, con esos ojos.

ENDECHAS.

EN LA SENTIDA MUERTE DEL MALOGRADO POETA PBRO. D.

FRANCISCO VADILLO ARGÜELLES.

Ya moran tus despojos
en la urna del silencio.
La muerte despiadada
apagó para siempre tus acentos.

Ya del rabel divino
el dulce son oyendo
al Aprisco sagrado
te condujo por fúlgidos senderos;

y en la región serena
tu espíritu, ya lejos
del mundo, se dilata
de gloria henchido y de esplendores lleno.

¡Feliz, que conseguiste
ceñir el lauro eterno
que hará que tu memoria
se salve del naufragio de los tiempos!

D. ANTONIO ESPINOSA.

EN EL ABLUM DE LA SRITA. C. R.

Muchas flores, muchos versos
en tu libro encuentro, niña,
y no debiera entre flores
poner yo ninguna espina.
Jilguero fuí cuyo trino
que los aires repetían,
cantó amores y esperanzas,
cantó esperanzas y dichas.
Hoy que declina la tarde
en el cielo de mi vida,
son las notas de mi canto
notas lúgubres y frías.
Niña de la trenza negra
y de las negras pupilas,
niña más bella y más pura
que de tus ojos las niñas,
dí á los muchos amadores
como tus gracias publican,
que al declinar de tu tarde,
que al agostarse tu vida
quieres que sus trovas sean
de tu virtud siempre dignas.

EN EL JONOTAL...

A LA SEÑORITA ANITA OLIVER.

Jonotal, hermoso y rico,
veracruzana campiña,
lugar de venturas lleno
donde se alberga la dicha;
¡cómo enamoran tus campos,
cuál deleitan tus colinas,
cómo aterran tus barrancos,
cómo tus llanos fascinan!
Deja que en tu seno admire
belleza tanta reunida,
y guarde en mi pensamiento
la memoria de este día.
Que en tu morada contemple
esa atalaya infinita
que se eleva hasta las nubes
y guarda la nieve fría;
el pico del Orizaba
que en tus quebradas se mira,
centinela del pasado
que á nuestra patria vigila.
Tus extensos cafetales
que el verde follaje inclinan
al peso de hermoso grano
del rojo coral envidia;

tus mangos, tus platanares,
tu claro cielo y tu clima,
hacen de tí un paraíso
donde es hermosa la vida.
Quiera Dios que contemplarte
pueda otra vez, por mi dicha,
y otra vez aquí me encuentre
con los que tu llano habitan.
Que disfrute las bellezas
que tu recinto me brinda,
y amor y paz y ventura
me dé tu sombra benigna.
Yo que paso por tu suelo,
cual hoja seca impelida
de recio huracán al soplo,
sin saber á do la envían,
guardaré en mi pensamiento
tu memoria bendecida,
y tu selva y tus montañas
irán siempre en mis pupilas.

INDICE.

EXCMO. SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

D. RAMON ALDANA PUERTO.

D. JOAQUIN CASTILLO PERAZA.

D. BERNARDO PONCE Y FONT.

D. OVIDIO ZORRILLA.

D. PABLO PENICHE.

D. EUCARIO VILLAMIL.

PBRO. D. FRANCISCO VADILLO ARGUELLES.

D. JOSE I. NOVELO.

D. FRANCISCO PENICHE LOPEZ.

D. DELIO MORENO CANTON.

D. MIGUEL RIVERO TRAVA.

D. ANTONIO ESPINOSA.

